

**PRESIÓN Y DISTENSIÓN CORPORAL EN
EL MERCADO DE TRABAJO Y
TRASTORNOS ALIMENTARIOS:
UN ESTUDIO SOBRE TRABAJADORAS**

**PRESIÓN Y DISTENSIÓN CORPORAL EN
EL MERCADO DE TRABAJO Y
TRASTORNOS ALIMENTARIOS:
UN ESTUDIO SOBRE TRABAJADORAS**



MORENO PESTAÑA, José Luis

Presión y distensión corporal en el mercado de trabajo y trastornos alimentarios [Recurso electrónico] : un estudio sobre trabajadoras / autores, José Luis Moreno Pestaña (coordinador), Francisco Manuel Carballo Rodríguez ; con el apoyo de Carlos Bruquetas Callejo ... [et al.]. -- [Sevilla] : Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales, 2014

Texto electrónico (pdf), 158 p.

1. Imagen corporal 2. Estética 3. Mercado de trabajo 4. Trastornos de la conducta alimentaria
I. Carballo Rodríguez, Francisco Manuel II. Bruquetas Callejo, Carlos III. Andalucía. Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales IV. Título
WM 175

Autores

Jose Luis Moreno Pestaña, coordinador del equipo de investigación

Francisco Manuel Carballo Rodríguez

Con el apoyo de:

Carlos Bruquetas Callejo

Margarita Huete Gallardo

Adriana Razquin Mangado

Francisco Vázquez García



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons [Reconocimiento-NoComercial-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/)

Edita: Junta de Andalucía. Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales, 2014

Maquetación: Mónica Padial Espinosa. Subdirección de Promoción de la Salud.

Secretaría General de Calidad, Innovación y Salud Pública.

Índice

Introducción	5
Primera dimensión:.....	5
el reclutamiento de los cuerpos.....	5
Segunda dimensión: enclavar el trabajo en la vida cotidiana.....	6
Tercera dimensión: las ambigüedades del capital erótico en el mercado de trabajo.....	14
Cuarta dimensión: establecer una relación compleja entre el capital erótico en el mercado de trabajo y los trastornos alimentarios.....	16
Capítulo I. El futuro profesional y la biografía estética	20
Una pequeña nota sobre cuerpo y sociología de la familia	20
Huida del destino de clase.....	25
Un desplazamiento lateral en el espacio social y su impacto estético.....	27
La “torcedura estética del bastón” se extiende más allá de las elites.....	32
La unidad del capital cultural y capital erótico llega a las clases medias y populares.....	36
El modelo corporal no se corresponde con las prácticas.....	41
Un esfuerzo más: crece el capital erótico en la alta cultura.....	44
Conclusión	47
Capítulo II. El requisito de belleza profesional y la dominación simbólica	48
Los juegos estéticos en el trabajo.....	50
El capital erótico y las formas de poder.....	54
Evitar la reducción brutal al aspecto físico	57
Los costes económicos y psicológicos de asimilarse al ambiente.....	60
Un lugar como especialista en la cadena de la moda	64
Indeterminación de funciones y cualificación estética.....	68
Las antinomias del capital erótico y la degradación de la identidad como trabajadora	71
Menos canon estético y más identidad laboral: el modelo de H&M.....	78
Conclusión	85
Capítulo III: Cualificación técnica y cualificación corporal.....	87
Sobre la relación entre profesiones sanitarias y trastornos alimentarios	89
La cualificación reduce el valor del atractivo	92
Capital corporal e intelectual: universo de análisis y supuestos teóricos	97
Un paisaje de delgadez constante: la experiencia universitaria	100
Carne y trabajo: una relación conflictiva	103
Conflictos entre la corrección y el capital estético	108
El capital erótico, la intimidad y la identidad profesional.....	114
Conclusión	121
Capítulo IV. Salidas del control corporal.....	123
La acción terapéutica.....	124
La experiencia amorosa.....	127
El autocontrol se convierte en actividad.....	130
Liberar el trabajo del capital estético.....	135
La crítica política	141
Conclusión	144
Conclusión general: el mercado de trabajo y los trastornos alimentarios.....	151
Bibliografía	154
Apéndice metodológico	156

Nota aclaratoria

Las páginas que siguen contienen los resultados del trabajo de investigación encargado por la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía. Se han realizado 28 entrevistas y tres grupos de discusión según las líneas avanzadas en el proyecto.

La incapacidad para acceder a la red pública de Salud (de la que sólo se ha conseguido un contacto) se ha entrevistado a un número menor de personas con trastornos alimentarios.

El apéndice metodológico contiene las referencias principales de todas las personas entrevistadas o participantes en grupos, cuyo testimonio se utiliza.

Una buena parte del material empírico no se cita por su carácter reiterativo. Se han referido sólo aquellos procesos que no nos parecían episódicos, sino referentes de otros más generales -siempre según las normas del trabajo cualitativo en sociología. En ocasiones puntuales se cita varias veces un mismo testimonio, pues permite comprender procesos emparentados aunque distintos.

Introducción

Primera dimensión:

el reclutamiento de los cuerpos

¿Qué posición ocupa el cuerpo en el mercado de trabajo? Recurramos a un clásico, tal y como lo expone Harvey (2007: 119-144). Marx diferenciaba entre un capital que no aporta nuevo valor al proceso productivo (los medios de producción y que llamó capital constante) y el capital que introduce nuevo valor y que no es sino el resultado del trabajo obrero (capital variable). En este estudio nos concentraremos en cómo el mercado de trabajo convoca tipos específicos de cuerpo como condición para la producción de riqueza, es decir, para lograr que las operaciones productivas sean más rentables. Pero antes de explicar cómo lo haremos, conviene recapitular brevemente la relación entre el cuerpo y el capital variable.

¿Cómo influye el capital variable en el cuerpo del trabajador? Para responder habría que considerar varias dimensiones: las habilidades incorporadas en los procesos de cualificación, la cultura adquirida en el comportamiento cotidiano en el trabajo, el efecto de las tareas en el cuerpo, los deseos subjetivos que el trabajo despierta o apaga, el modo en que el cuerpo responde o se adapta a los procesos jerárquicos, el efecto conjunto de tareas mentales y manuales. En este informe abordaremos todas esas cuestiones: las cualificaciones “corporales” exigidas en ciertas áreas del mercado de trabajo, cómo los trabajos inciden en los cuerpos de las trabajadoras, qué reacciones subjetivas se generan y cuánto tienden a despertar la rebelión o la conformidad.

Por tanto, las empresas necesitan asegurarse ciertas morfologías corporales y también la adaptación de las mismas a ciertas funciones. Como veremos, existen los conflictos, las adaptaciones resignadas pero también las identificaciones apasionadas. En ese proceso de reclutamiento, amaestramiento y disfrute de los cuerpos, surgen trastornos alimentarios. No es que, como se verá, esos procesos causen trastornos alimentarios de manera unívoca, como una relación lineal de causa a efecto (algo que también puede suceder). No: para adaptarse a las morfologías corporales demandadas, para mantener los ritmos de trabajo sin alimentarse copiosamente -o sin perder tiempo y dinero en procurarse una alimentación dietética-, para progresar en entornos de fuerte valoración de los recursos estéticos y corporales, las personas necesitan someterse a regímenes muy severos. La sumisión productiva, sin embargo, permitirá una libertad enorme en la esfera de las relaciones exteriores al trabajo. Los trabajos que exigen alta cualificación corporal pueden ser penosos y estar mal pagados pero, sin embargo, proporcionan un refuerzo enorme en la experiencia extralaboral. En otras ocasiones, se verá cuando se muestren las formas de salida de los trastornos alimentarios, el trabajo permitirá protegerse contra las exigencias corporales excesivas y permitirá pactos más racionales del individuo con su cuerpo.

Segunda dimensión: enclavar el trabajo en la vida cotidiana

Entrando de lleno en la presión estética, objetivo de este trabajo, ésta se ha teorizado explícitamente. Según la socióloga Catherine Hakim (2012) existe un tipo de capital, el erótico, que no puede reducirse a la tríada de Bourdieu (capital económico, capital cultural y capital social), aunque se relaciona con ellos y los potencia. Para Bourdieu, los tipos de capital pueden convertirse entre sí con más o menos dificultad: así, el dinero puede invertirse en estudios o lecturas, en arte

y en bibliotecas y producir capital cultural; las redes sociales, pueden acabar siendo útiles para los negocios. Hakim (2012: 32) considera que el capital erótico, dependiente en buena medida del azar biológico, no puede adquirirse con los otros capitales. El capital erótico desafía las jerarquías sociales y pueden poseerlo las personas con escasísimos recursos económicos, sociales y culturales. Por lo demás, ciertamente, el capital erótico puede permitir el acceso al resto de capitales y unido a cada uno de ellos (y a sus eventuales composiciones) los potencia y se potencia.

El capital erótico puede ser masculino y femenino, pero existe una ventaja comparativa para el segundo. Un déficit sexual masculino permanente (explorado por la autora en el capítulo III y apoyado en presupuestos naturalistas muy poco convincentes) hace que los bienes de consumo eróticos jamás sean suficientes para los hombres. Conscientes de ese déficit, los hombres estigmatizan a las mujeres que se benefician de su belleza corporal sin dar nada a cambio. En esa empresa de dominación han encontrado el apoyo del feminismo radical (fundamentalmente, según la autora, de procedencia norteamericana y animado por una minoría elitista y lésbica) y su fobia a la belleza (Hakim, 2012: 98). Esas presiones impiden que las mujeres tomen conciencia de su potencial en el mercado erótico y del uso instrumental de su cuerpo. Debido a que las elites sociales no pueden acapararlo, el desdén por el capital erótico es patriarcal (colaboración involuntaria del feminismo radical incluida) y clasista (pues impide que mujeres de clases populares se promocionen por medio de su belleza).

Veamos en qué consiste el capital erótico: tiene, según Hakim, seis elementos (o siete, si se le añade la fertilidad, apreciada en algunas culturas y periodos históricos). El capital erótico no es idéntico a la belleza física (primer elemento), aunque puede ser una parte integrante del mismo. Con ciertos límites,

ésta varía con las culturas y los periodos históricos. Pero la existencia de “feas atractivas” muestra que el esfuerzo permite escapar a la maldición de la naturaleza: de ahí la posibilidad y la legitimidad del trabajo estético. Un segundo elemento consiste en el atractivo sexual. Mientras la belleza es fotogénica, el atractivo sexual es cinematográfico, ya que nace del aura que desprende el cuerpo en movimiento, de la personalidad en su conjunto. El tercer elemento deriva de la capacidad para atraer a los demás con nuestro comportamiento por medio del don de gentes. El cuarto elemento procede de la vitalidad y, sobre todo, del tono corporal y la buena forma física. El quinto elemento deriva de la inversión en ropa y abalorios. Observa bien la autora, que los símbolos de estatus (uniformes, ropa de clase) determinan cada vez menos esta dimensión debido a la exposición cada vez mayor del cuerpo en la moda. En cualquier caso, dominar los contextos y las distintas maneras de presentarse ayuda a revalorizar el capital erótico. El sexto componente es la habilidad sexual propiamente dicha algo que, según las encuestas, depende de un número restringido de personas. Este componente también resulta susceptible de investigación, trabajo y mejora, aunque en este punto la autora se muestra algo circunspecta. En cualquier caso, sólo los cinco primeros componentes intervienen en nuestro estudio.

Dependiendo de las culturas, de los contextos laborales (diversos en una geisha y un informático), el capital erótico juega un papel mayor o menor aunque en conjunto potencia el resto de los capitales. La industria del espectáculo intensifica el capital erótico. En nuestras sociedades, la importancia del capital erótico contribuye a individualizar cada vez más las trayectorias sociales por lo cual, según la autora, debe romperse todo tabú y trabajar el capital erótico desde la infancia. Como el capital humano, requiere una dotación natural determinada, pero con ejercicio, resulta posible, con más o menos éxito, acumularlo. Por supuesto, a mayor intensidad en la exposición, mayor concentración

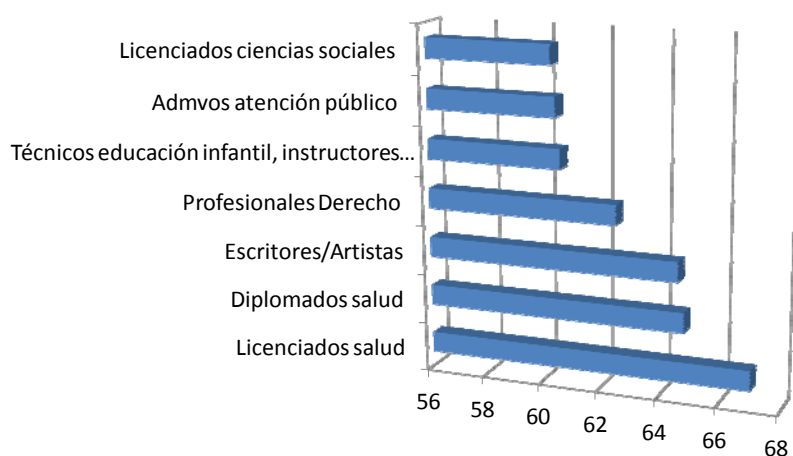
del individuo en el capital erótico. El espacio de los intercambios sexuales gays, terriblemente penalizador de la molición corporal, es un excelente ejemplo. En ese, y en espacios similares, reina el moralismo capitalista y erótico de Helena Rubinstein, citada por la autora: "No existen mujeres feas, solo perezosas". Más generalmente, en nuestra sociedad, el capital erótico es central en todos aquellos espacios donde se funden la vida pública y la privada y donde el cuerpo se muestra a menudo. Los entornos laborales que describiremos (camareras, vendedoras de ropa, profesoras, artistas) contienen ambos ingredientes.

El capital erótico se expande con la economía de servicios, lo que da lugar a un problema de justicia en la retribución de la fuerza de trabajo. Para la autora, muchas mujeres (y muchos hombres) progresan económicamente tanto por sus recursos eróticos como por sus competencias técnicas: por lo segundo les pagan, por lo primero no. Las aptitudes sociales (en las cuales el capital erótico juega un papel) son un componente esencial de la economía de servicios. La competencia técnica no puede degradarse por la asunción consciente de las competencias sociales: lo que sucede es que éstas son partes de aquella. Bourdieu hablaba de la doble verdad del trabajo: lugar de alienación (si se miraba uno de forma objetivista, haciendo el cálculo de la plusvalía) pero también de expansión cuanto más requería de la implicación personal. Estudiar esos lugares de trabajo es el objetivo de esta investigación.

¿Habría que objetivar y recompensar el gobierno de sí y las competencias comunicacionales y corporales como propone la autora? ¿Hay que dejarlas produciendo su evidente discriminación en la sombra? Parece, según Catherine Hakim, que lo último es peor. El capital erótico, como reconoce la autora, varía por sectores y ocupaciones pero en algunos, por ejemplo la hostelería, parece evidente que debería enseñarse de la forma más democrática existente: con una

pedagogía formal y reglada (Hakim, 2012: 213). Ciertamente, se trata de un sector donde la apariencia se encuentra en el centro del servicio prestado pese a que juegue un papel indirecto en las competencias del sujeto. No parece que deba enseñarse entre los pilotos de avión o los ingenieros de caminos.

Normopeso o peso insuficiente por encima del 60%



Un primer acercamiento provisional puede ofrecernos un mapa.¹ Determinadas categorías socioprofesionales, según la Encuesta Nacional de Salud de 2006, presentan normopeso o peso insuficiente (calculado según el Índice de Masa Corporal). Algunas de ellas, asociadas a la salud (médicos, odontólogos, veterinarios y farmacéuticos) y a titulaciones de segundo y tercer ciclo en ciencias naturales, presentan tasas de 66,99%. La estigmatización del sobrepeso juega sin duda un papel de primer orden en la morfología corporal predominante en este grupo, incluido en la clase social I.² Le siguen de cerca, incluidos en la misma clase social, el grupo de la Clasificación Nacional de Ocupaciones (C.N.O.)

¹ Los datos han sido preparados por Carlos Bruquetas Callejo.

² Directivos de la Administración Pública y de empresas de 10 o más asalariados. Profesiones asociadas a titulaciones de 2º y 3er ciclo universitario.

formado, entre otros, por escritores y artistas y archiveros y bibliotecarios (64,58% de normopeso o peso insuficiente): en ese caso, la cultura sanitaria no puede explicar la delgadez. Como mostraremos en los capítulos que siguen, el modelo corporal artístico impone fuertes restricciones corporales. Lo mismo sucede con los profesionales del derecho (62,50% en su caso), que reúnen la pertenencia a las clases altas con una fuerte exposición corporal. Un 14,58% de este grupo declara seguir una dieta sin razones médicas, siendo la segunda categoría después de los participantes en el poder ejecutivo y legislativo y la alta dirección de empresas (23,33%). Siempre dentro de la clase social I, los profesionales en organización y administración de empresas, los sociólogos, filósofos o psicólogos pertenecen a una categoría del C.N.O que aporta cifras de un 60,39%. Los profesores de universidad o de enseñanza secundaria, por su parte, pertenecen a un grupo que arroja un 57,05% de personas delgadas.

Ya dentro de la clase social II³, el grupo en el que se incluye a los sanitarios de primer ciclo arroja tasas de un 64,77%, seguidos con un 60,61 % por los Técnicos de educación infantil y de educación especial y con un 58,9 % por los profesores de enseñanza primaria, infantil y Formación profesional. La clase social III⁴ incluye un porcentaje de 65,88% en una profesión de intermediación (consignatarios y agentes de contratación de la mano de obra, dedicados a publicidad, representación de artistas, toreros, deportistas, escritores): el 10,9% de entre ellos declara dietas por razones no médicas. Los administrativos de atención al público con un 60,47% y, con una tarea similar, los empleados de información y recepcionistas de agencias de viajes, arrojan un porcentaje del 58,99%. El grupo sanitario (sin estudios universitarios) dentro de los empleados destaca con un

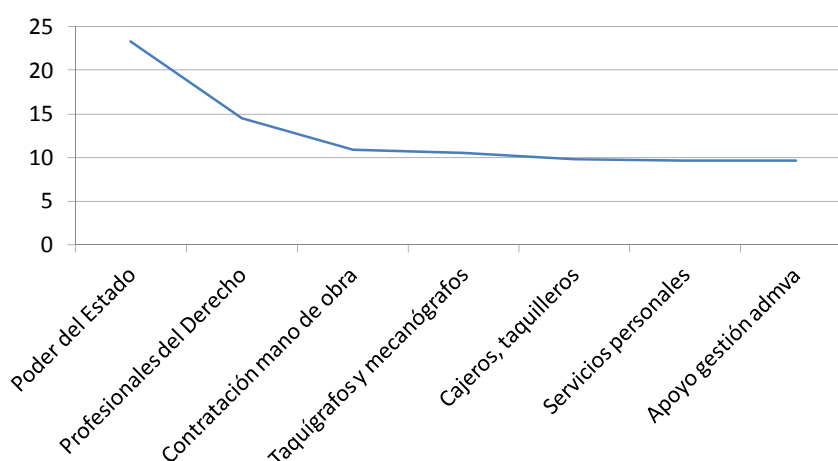
³ Directivos de empresas con menos de 10 asalariados. Profesiones asociadas a una titulación de 1^{er} ciclo universitario. Técnicos Superiores. Artistas y deportistas.

⁴ Empleados de tipo administrativo y profesionales de apoyo a la gestión administrativa y financiera. Trabajadores de los servicios personales y de seguridad. Trabajadores por cuenta propia. Supervisores de trabajadores manuales.

59,86% de normopeso o peso insuficiente. Define un normopeso importante a los empleados administrativos: los profesionales de la administración alcanzan un 58,02% (un 9,65% declara dietas no médicas) y los taquígrafos y mecanógrafos un 57,89 %: en estos, un 10,53% declara dietas por razones no médicas.

La clase social IVa (Trabajadores manuales cualificados) incluye un grupo de trato directo con el público (cajeros y taquilleros) que alcanza un 55,10% de personas delgadas. Entre ellos, un 9,8% declara dietas por razones no médicas. En la clase social IVb (Trabajadores manuales semicualificados) solo los dependientes de comercio o asimilados arrojan tasas idénticas del 55,1%. Con solo un 51,76% de normopeso o peso insuficiente, los auxiliares de enfermería y asimilados declaran significativamente (9,8%) seguir una dieta no médica. Ningún grupo profesional arroja porcentajes significativos ni en dietas ni en normopeso en la Clase social V (Trabajadores no cualificados).

Ocupaciones con mayor porcentaje de dietas no médicas



Por tanto, podemos llegar a tres conclusiones. Una, las profesiones más feminizadas y con tareas de presentación tienden a cuidar más su imagen corporal. La Encuesta Nacional de Salud lo confirma: entre 15-29 años, las proporciones de normopeso entre hombres y mujeres están próximas (66,4% frente a 69,5%) aunque hay una diferencia marcada en peso insuficiente (2,3% frente a 8,9% de mujeres). Las diferencias se amplían con la edad. Entre los 30-44 años, un 64,3% de las mujeres tiene peso normal por solo un 38,4% de los hombres.

Entre 45-64 un 64,3% de las mujeres y un 27,9% de los hombres. La dieta para perder peso la practican entre los 15-29 años un 28,7% de los hombres frente a un 56,4% de las mujeres. Entre 30-44 años, la realizan un 24,2% de los hombres frente a un 51,8% de las mujeres. Entre 45-64 años, la tensión corporal entre las mujeres se relaja pero arroja porcentajes superiores a los de los hombres: 25,7% de las mujeres hacen intentan adelgazar frente a un 16,1% de los hombres. Dos, el capital cultural, y fundamentalmente el ligado a las profesiones sanitarias, juega un papel de primer orden en la cultura estética. Tercera, la diferencia entre clases es importante: entre los empleados y las clases obreras (trabajadores cualificados y no cualificados) existe una frontera importante y dentro de estas últimas solo arrojan porcentajes similares -nunca comparables a los de la Clase Social I-II los trabajos de atención al público.

Así, dentro del conjunto de las categorías obreras (trabajadores cualificados, semicualificados y no cualificados) cuatro grupos profesionales de la C.N.O se encuentran por encima o muy próximos de 50 en normopeso o peso insuficiente: cajeros y taquilleros y dependientes de comercio (como se ha dicho con idéntico 55,1%), auxiliares de enfermería (51,76%) y trabajadores de los servicios de restauración (48,76%). El grupo profesional más cercano (montadores y ensambladores) en cuanto a delgadez reúne un 40,8%, seguido por los soldadores y chapistas con un 39,85%, es decir más de 10 puntos respecto de los auxiliares

de enfermería y casi 15 puntos de diferencia con cajeros y dependientes de comercio. La atención al público, sin lugar a dudas, impone una ruptura somática en el interior de las categorías obreras.

Tercera dimensión: las ambigüedades del capital erótico en el mercado de trabajo

Volveremos sobre este tema (el capital erótico o estético, ¿debe transmitirse en el sistema educativo?) en la conclusión de nuestro estudio. Para Hakim, no debiera diferenciarse el capital humano del erótico, sino que habría que promover ambos. Por el momento, la propuesta de Hakim no contempla cinco cuestiones importantes. La ausencia de una teoría diferenciada de los campos y de los espacios sociales le impide comprender que los campos especializados exigen recursos cada vez más puros como condición para la excelencia. Y eso vale tanto para el trabajador social, el policía o el matemático: lo veremos en la reconstrucción de los campos que exigen más capital cultural.⁵ Como mostrará nuestra investigación, determinados territorios exigen de quienes son guapos que justifiquen que además son competentes y que podrían estar allí aunque fueran poco agradados.

En segundo lugar, la autora ignora la parte oscura del capital erótico: su cultivo impide reforzarse en el ámbito cultural, el político y el social. Todos los capitales no son acumulables a la vez. Ya lo decía, con mucha gracia, Sócrates en *La república* (404a): el régimen de vida de los atletas es inútil incluso para los guerreros: “Se trata de un régimen apto para producir somnolencia y hacer la salud precaria. ¿No has observado que estos atletas se pasan la vida

⁵ En otros espacios, al contrario, por ejemplo las relaciones íntimas, parece igual de arbitrario escoger pareja exclusivamente por las cualidades profesionales e intuitivamente se considera una falta a los supuestos básicos del amor.

durmiendo y, a poco que se aparten de las normas que les han fijado sufren grandes y violentas enfermedades?” El sociólogo español Enrique Gil Calvo (2000: 299) lo explicaba en un magnífico libro: las mujeres pagan su relativa dominación en lo micro (debido a su inversión erótica) por su relativa subordinación en lo macro (debido a sus carencias en capital cultural o político).

En tercer lugar, la creencia de un cuerpo disponible a los manejos del sujeto, la creencia de que es un esclavo que responde a los mandatos es poco factible, a no ser que se pague un precio muy alto. El cuerpo no es un instrumento manipulable a voluntad. Aristóteles, por ejemplo, pensaba en el cuerpo como en un esclavo. Pero un esclavo se diferencia de un utensilio -que puede manipularse a voluntad (Aristóteles 1254a, 1255b)-: para que actúe el amo tiene que tener cierta amistad con él, lo mismo que el alma debe de considerar las exigencias del cuerpo si quiere servirse de él. A los esclavos hay que convencerlos amistosamente para que actúen como queremos y la edad y el desgaste ponen muchos límites. Un cuerpo esclavizado estéticamente también los pone y controlarlo completamente puede ser más difícil que intentar proezas físicas de un esclavo viejo, enfermo y levantisco.

En cuarto lugar, una cosa es negar el valor instrumental del cuerpo y otra cosa defender sin límites la acción instrumental. Si las mujeres controlan el sexo para que los hombres colaboren con ellas, se entra en una espiral de previsión maquiavélica en la que lo que se destruye es la posibilidad de relación: aún más, pero no solo, en el terreno íntimo. La acción desinteresada constituye el sustrato de cualquier relación que no sea exclusivamente mercantil. Sin el capital de confianza que proporciona el amor desinteresado, nadie permitiría negociaciones afectivas.

En quinto lugar, la autora es enemiga de la gordura e identifica arbitrariamente delgadez y belleza. Si no investigara con encuestas por cuestionario se daría cuenta que el valor erótico de la corpulencia cambia, en ocasiones, entre dos calles de una misma ciudad. Pese a que existe un trabajo enorme por unificar el capital erótico, también, la búsqueda de la distinción, propende en ocasiones a complejizarlo y diseminarlo. Pero la estadística no ayuda a ver la complejidad de mercados y contextos existentes en una sociedad, tampoco los corporales. Problema fundamental al que se volverá.

Cuarta dimensión: establecer una relación compleja entre el capital erótico en el mercado de trabajo y los trastornos alimentarios

El estudio de los trastornos alimentarios, en ciencias sociales, propone una cuádruple aportación (que he desarrollado en Moreno Pestaña, 2010). Veamos en qué:

En primer lugar, no asume como evidentes las diferencias entre salud y enfermedad: por la simple constatación de que lo que se considera sano en un contexto social, o en un momento histórico, puede ser considerado patológico en otro. La exploración sistemática de esos diversos umbrales de sensibilidad en el pasado o en el presente proporciona indicadores de cuáles son las acciones que provocan malestar en los sujetos y en su entorno. Para comprender esas acciones y qué en ellas resulta dañino, tanto para la persona como para quienes le rodean, deben reconstruirse: culturas corporales de clase, culturas corporales de género, diferencias corporales de generación, diferencias del significado de las edades y su aspecto físico legítimo en las distintas generaciones, manejo diferente de categorías expertas, efecto que las categorías expertas tienen sobre los sujetos.

Como veremos, por ejemplo, las diferencias de generación suponen umbrales muy diferentes desde los que detectar las exigencias corporales en el mercado de trabajo así como los trastornos alimentarios.

En segundo lugar, el estudio de los trastornos alimentarios no puede olvidar que los sistemas expertos e institucionales tienen un efecto sobre las personas con las que trabajan. Uno, porque el mundo experto y profesional es conflictivo: acerca de cuáles son las enfermedades, acerca de cómo tratarlas y acerca de quién es el mejor situado, por su saber y su posición institucional, para hacerlo. Dos, porque los sistemas de designación de los trastornos tienen efecto sobre esos trastornos: la romantización de la anorexia -frente a la bulimia- ha jugado algún papel en la estilización de la enfermedad y en la creación de una cultura autosatisfecha de personas afectadas; en otro orden: las prescripciones dietéticas sanas, utilizadas de manera dogmática (sin tener en cuenta los gustos, las costumbres y los contextos de vida de una persona), pueden ser -de hecho, son- el comienzo de un trastorno alimentario. Tres, porque las prácticas terapéuticas descoordinadas, con la cacofonía que producen en la persona, le impiden tener una idea clara de cómo salir de los trastornos alimentarios, de en qué consiste su trastorno e incluso de si merece la pena salir de los mismos. La existencia de una cronificación dulce, esto es, de una instalación en los trastornos alimentarios, recurriendo de manera puntual al sistema terapéutico, aparecerá en nuestro informe entre las trabajadoras con trayectorias más largas en la enfermedad.

En tercer lugar, los trastornos alimentarios no se producen porque las personas tengan problemas debidos a su equipamiento neurofisiológico (que pueden tenerlos también): se producen porque las estructuras sociales ponen a las personas en problemas. Porque las familias -que en muchas ocasiones son

entornos conflictivos por los que se transmite una herencia corporal- transmiten prototipos corporales muy ortodoxos a su progenie, porque el grupo de pares exige carreras de competición corporal muy tensas para ser reconocido, porque las formas de acceso al mercado sexual y matrimonial se basan en la exhibición corporal competitiva, porque ciertas áreas del mercado de trabajo imponen modelos corporales muy estrictos que no todo el mundo -por gustos, por tiempo, por morfología corporal- puede asumir y, porque existe una cultura de exhibición del sufrimiento y de la experiencia personal que generan un mercado: éste valora el capital de identidad de quien ha tenido un trastorno, lo cuenta y lo define. El punto en el que nos centraremos aquí, obviamente, es el penúltimo.

En cuarto lugar, también desde las ciencias sociales, podemos aprender mucho no sólo sobre cómo se entra, sino también sobre cómo se sale de los trastornos alimentarios. Y, al menos, la gente sale por cuatro razones, que sólo con los métodos de la sociología y la antropología, pueden describirse bien. Primera razón: porque se dan cuenta que existe un conflicto entre el cuerpo legítimo y el cuerpo del placer, entre el cuerpo que recibe aprobación en el mercado público de los cuerpos y el cuerpo que produce goce y compañía en la experiencia íntima; se trata aquí de reconstruir las razones del *amor* para suspender la inversión corporal dañina. Segunda razón: porque comprenden que si no logran tener un cuerpo como el que desean no se debe a ningún problema personal (por falta de esfuerzo o ganas), sino simple y llanamente porque esos cuerpos requieren una movilización de tiempo, esfuerzo y dinero que solo resultan accesibles a determinadas; reconstruyamos, entonces, las razones *sociológicas profanas* que permiten a las personas distanciarse de modelos corporales delirantes. Tercera razón, porque las personas se dan cuenta de cuán injusto es que la división sexual del trabajo y la dominación, obligue a las personas a ser solo su cuerpo: son *razones políticas*, ampliamente desarrolladas por el movimiento

feminista, las que permiten conquistar estados de paz corporal a muchas personas que estuvieron comprometidas con los trastornos alimentarios. Cuarta razón, evocada antes: la dinámica de competencia profesional por el control de los nichos de trabajo, la sordera autista de las diversas corrientes teóricas (y su lucha por cotizar al alza en un mercado de bienes terapéuticos) tiene un efecto nefasto en los dispositivos terapéuticos de intervención. La integración de los equipos de trabajo, la colaboración leal entre profesiones, la prudencia respecto a los propios paradigmas teóricos y la receptividad para con los ajenos, el énfasis en cómo hay que tratar a los afectados más que en quién debe dirigir el tratamiento y desde qué perspectiva teórica y la existencia de recursos públicos que no penalicen sanitariamente a las personas con menos recursos, son todas *razones organizativas* relevantes que ayudan a salir de la anorexia y la bulimia. En este informe dedicaremos una atención especial a las formas de salida de la anorexia y la bulimia: nos interesa cómo promueve u obstaculiza esa salida el mercado de trabajo y la actividad asalariada.

Capítulo I. El futuro profesional y la biografía estética

Una pequeña nota sobre cuerpo y sociología de la familia

El origen familiar de los trastornos alimentarios constituye una tesis fuerte del discurso psiquiátrico y psicológico, ya se trate de vertientes naturalistas o de aproximaciones biográficas como la que domina el psicoanálisis y otras terapias. En el presente capítulo ordenaremos sociológicamente las trayectorias de las personas entrevistadas atendiendo, fundamentalmente, a la relación entre entorno social y presión estética.

La relación entre presión estética y contexto social puede ser muy amplia: mercado sexual o matrimonial, cultura del grupo de pares o de las clases de edad, cultura alimentaria del grupo doméstico, todas y cada una de estas dimensiones de la experiencia pueden incidir en la inquietud por modificar la morfología corporal. A esas cuestiones se ha consagrado otro estudio (Moreno Pestaña, 2010). En este capítulo nos concentraremos en cómo la representación del futuro profesional determina la inversión corporal de los sujetos. En páginas anteriores, hemos mostrado la importancia del autocontrol corporal en ciertas ocupaciones (de clases medias-altas, pero también de empleados y trabajadores cualificados y semicualificados). Normalmente, pensamos que sólo el pasado causa, condiciona o determina los comportamientos presentes. Sin embargo, Pierre Bourdieu (1974: 3-42) hablaba de una causalidad de lo probable, refiriéndose a cómo la representación de nuestras posibilidades futuras determina nuestro presente. Esa estimación del porvenir raramente se realiza a través de un plan preconcebido, sino más bien como una apreciación, no siempre muy clara, de aquello a lo que estamos destinados o, por decirlo con palabras menos fuertes, a

lo que podemos acceder. Esa estimación se nutre de los signos, las sanciones, que los espacios sociales en los que nos desenvolvemos (la familia, el grupo de iguales, las parejas) nos lanzan. Por tanto, aunque no sea nuestro objeto central, para comprender la determinación del mercado de trabajo sobre el cuerpo, tenemos que realizar una mínima cartografía del mundo de nuestras entrevistadas.

Diferenciaremos dos tipos de entornos. En primer lugar, aquellos que podríamos atribuir a las clases populares y a las clases medias bajas (en términos estadísticos se suelen agrupar, así lo hace el CIS, como viejas clases medias) y que se caracterizan, en primer lugar, por una ausencia de presión estética constante y explícita y, en segundo lugar, por la falta de recursos económicos (para por ejemplo, servir alimentos dietéticos o pagar un gimnasio) y culturales (conocimiento de los modelos corporales legítimos, de la ropa o el maquillaje de moda) para cultivar sistemáticamente el capital erótico de la progenie. Lo cual no quiere decir que, en esos contextos, sólo se prepare a los hijos para una posibilidad (tener vigor para trabajar). Puede ser que se respete la decisión individual de los hijos, si estos, por razones diversas, deciden cultivar su físico. O puede ser que, por razones específicas (una enfermedad que cambia la cultura somática de la familia, el papel de la belleza en la trayectoria de un familiar), se trate de familias que, pese a disponer de recursos económicos y culturales modestos, fomenten el cuidado estético.

Pese a todo, no podemos adscribir estas familias a una exclusiva categoría socioprofesional pues la cultura estética se encuentra determinada por la posición en el mercado de trabajo de la familia, pero no sólo: las redes sociales y las costumbres alimentarias juegan un papel importante -aunque repetimos, no es nuestro tema central. Suelen ser familias más dedicadas a trabajos proletarios que de representación, más rurales que urbanas, con salarios reducidos más que altos.

Y lo que es muy importante: dada la extensión de la cultura estética a través del espacio social suelen ser familias (repito: obreras, campesinas, empleados con estudios breves) cuyos padres nacieron entre los años 50 y 60 del siglo pasado. De manera orientativa puede tomarse la década de los 80 como el momento en el que la presión estética hacia las mujeres se generalizó y se intensificó. Tal incremento de la preocupación por el peso y la apariencia sexual comenzó a extenderse a las niñas y a los niños dando lugar a un fenómeno conocido como el *backlash*, la torcedura de bastón tras la crítica feminista de los 60 y los 70 a la sexualización de la mujer (Chollet, 2012: 30).⁶ Como se comprobará en este estudio la erotización de los cuerpos comienza a edades cada vez más precoces lo que marcará las generaciones que acceden al mercado de trabajo: una diferencia muy pronunciada se vislumbra entre las empleadas de tiendas de moda que entran a trabajar en los 90 y aquellas que entran en la década del 2000.

¿Qué decir de las clases medias y dominantes o, según nuestro modelo, de aquellas en las cuales la presión estética sobre la progenie es sistemática y permanente y sin que medien restricciones económicas ni desconocimiento cultural de la moda, las dietas o los estilos estéticos adaptados a cada contexto? En principio, podemos decir lo contrario de las anteriores: son más urbanas que rurales, trabajan en oficios donde la presentación estética no puede esquivarse, aunque no puede ser la clave exclusiva, dado que son trabajos con un alto nivel de cualificación. ¿Por qué en esos entornos el capital erótico puede convertirse en un problema? ¿Por qué no se produce una conexión dulce entre el habitus corporal y el puesto de trabajo? En primer lugar, porque la herencia biológica, la morfología corporal, las pulsiones del cuerpo, puedan oponerse al proceso de normalización estética. En segundo lugar, porque la presión corporal se convierte

⁶ Previamente, durante los años 50, las mujeres estadounidenses fueron encerradas en el hogar tras la acceso al trabajo –situación de guerra obligaba- de los años 40.

en la referencia central de la socialización de los individuos y esta es demasiado intensa. Las clases altas no son homogéneas y entre un empresario de la construcción y su hija que puede ser abogada en un bufete de alcurnia puede haber diferencias fuertes de cultura somática. En tercer lugar, la anorexia y la bulimia, o la delgadez extremas pueden convertirse en la condición de entrada en ciertos espacios artísticos y culturales (Moreno Pestaña, 2010: 195-236).

Ordenemos ahora nuestras entrevistas con estos modelos como referencia. En primer lugar, nueve trayectorias surgen de familias centradas en lo que podríamos llamar reproducción de la fuerza de trabajo, donde la comida debe proporcionar vigor físico y relaciones compartidas sin que medien excesivas preocupaciones estéticas.⁷ Estadísticamente tales hogares suelen aparecer entre los agricultores, los empleados, los obreros cualificados y no cualificados y las viejas clases medias.⁸ Cinco fueron diagnosticadas con trastornos alimentarios, lo cual no resulta extraño dado que, como se verá, su cultura somática de origen sólo podía aclimatarse a la exigida por el puesto con transformaciones intensas. Nuestra hipótesis es que, en otros contextos (con más control de especialistas, por ejemplo), todas ellas podían, durante algún momento de sus vidas⁹, haber caído dentro de alguna subespecie de trastornos alimentarios. Hemos privilegiado tales informantes porque las trayectorias difíciles favorecen la reflexividad sociológica mientras que aquellos que siempre se sienten como en casa suelen ser malos informantes –entre otras razones, porque quedaría conmovida la certidumbre de tener cuanto se merecen.

⁷ Podríamos haber dividido esta categoría en dos modelos familiares añadiendo uno que narrase el paso de las viejas clase medias a las nuevas clases medias o a las clases altas. Para los efectos que nos interesan (la relación entre el habitus familiar y el mercado de trabajo y no la exploración de los variados aspectos de la cultura somática) hemos creído conveniente fusionar ambas pues no producían información, en este punto, distinta.

⁸ Toda categorización de clases depende de un interés teórico. El nuestro se basa en la cultura corporal y no se superpone exactamente con las categorías de clase utilizadas por el INE e incorporadas acríticamente en las encuestas de salud (Moreno Pestaña, 2010: 111-118).

⁹ Quizás con la excepción de E1, trabajadora que comienza con 14 años como aprendiz y que en 1968 soportó menor presión estética –por razones que enseguida presentaremos.

En segundo lugar, dos trayectorias procedentes de una familia de clase media alta pero cuyos prototipos corporales no resultaban coherentes con la cultura alimentaria. Las familias tenían profundas raíces rurales y su alimentación producía una corpulencia que el entorno de su hija estigmatizaba. La contradicción, dado que no existía coherencia entre el status ocupado y el modelo corporal, se salvó con trastornos alimentarios.

En tercer lugar, cuatro trayectorias de familias completamente coherentes y que incitaron tempranamente el autocontrol corporal de sus hijas. Ninguna de ellas ha sido diagnosticada con trastornos alimentarios, aunque una de ellas tiene una importante trayectoria terapéutica y reconoce restricciones corporales muy severas. Otra ha sido señalada como anoréxica por múltiples conocidos debido a que su vigilancia corporal es severa, sistemática y ocupa buena parte de su jornada. La coherencia estética puede producir fácilmente una pérdida de control. De hecho, en tales trayectorias las personas se mantienen siempre en el borde de lo que conocemos como trastornos alimentarios.

Modelos familiares y trayectorias laborales

<i>Familias centradas en la reproducción de la fuerza de trabajo</i>	<i>Status sin cuerpos</i>	<i>Familias demasiado coherentes</i>
E1, E2, E3, E4, E5, E7, E9, E10, E11	E6, E12	E12, E13, E14, E15, E16

¿Qué buscamos demostrar en este capítulo? En primer lugar, que ciertos nichos laborales contenían exigencias estéticas importantes y que estas se transmiten encarnadas en personas reales. En muchas ocasiones, o así lo queremos demostrar, los discursos al respecto están de más, dado que las

personas reconocen las exigencias implícitas sin necesidad de que nadie se las verbalice. Por medio del análisis de trayectorias intentaremos diferenciar dos periodos, aproximadamente antes y después de los años 90-2000. En segundo lugar, que tales cualificaciones estéticas imponen al menos dos tendencias. Para las personas con menos cuidado corporal, procedentes de clases populares y viejas clases medias, producen una revisión profunda de sus cuidados corporales. Aquellas que proceden de familias con fuerte tensión corporal, tales exigencias corporales intensifican lo aprendido. En tercer lugar, los cuidados estéticos se convierten así en una de las condiciones de acceso a ciertos empleos, pese a que las tareas encomendadas en cada uno de ellos puedan ser muy diferentes. En fin, buscaremos precisar cómo se conecta el capital erótico con los distintos modos de socialización familiar.

Una precisión antes de comenzar. La argumentación cualitativa exige la descripción pausada y la comparación y no puede resumir las propiedades en indicadores cuantitativos. Esa argumentación, sin embargo, puede llegar a ser completamente redundante a no ser que se trabaje con una escala de descripción (de dudosa utilidad sociológica aunque, quizá sí, literaria) cercana a lo que en cartografía se llama escala 1:1. Contar todos los casos, en todos los momentos y confrontarlos, dificulta la lectura -y con ello, la argumentación- sin introducir otra virtud que la exhibición de la musculatura etnográfica.

Huida del destino de clase

La inversión estética, y los nichos laborales que la requieren, pueden servir para huir de un destino proletario y rural. En tal caso, la situación se compone de una familia donde no aparece la inversión estética y una persona que decide

asumirla con los recursos a su alcance. Entre ellos, fundamentalmente, los físicos y los sociales. La conexión entre la cultura corporal y el puesto de trabajo resulta difícil. E1, nacida en 1954 y por ende una de las informantes de más edad, procede de una familia obrera y rural y su destino previsible era trabajar en una conservera. No le concedieron beca para estudiar el bachillerato y su repulsión sensorial por el trabajo era enorme: “Yo no quería ir a la fábrica, porque a mí el olor del tomate me ponía mala... Yo no quería trabajar en la conservera”. En dicho trabajo, en el que permanecerán sus dos hermanas, el cuerpo soporta el frío del agua al pelar y lavar las frutas y verduras. La presentación estética se reduce al mínimo (uniforme de trabajo y el pelo recogido). Además, se identifica ese trabajo con mujeres robustas, es decir, con el descuido estético. La huida a la ciudad permite además escapar de un círculo de relaciones juzgado estrecho y conservador. Muy joven, con 15 años (estamos en un medio donde la juventud estaba conectada al trabajo) y tutelada aún por su tío, firma un contrato de aprendizaje en una importante tienda de moda en la capital de provincia. Corría 1968 y la tienda, una empresa familiar, imponía una estética poco llamativa (el patrón era un hombre muy conservador) y valoraba fundamentalmente la sumisión:

[En el proceso de selección] tenían en cuenta el aspecto, pero se valoraba que las chicas de pueblo éramos educadas, formadas y no éramos alborotadoras.

Claro, me podías ver a mí: con mis gafitas y con una coletita aquí [coleta baja en la nuca]. Se valoraba que éramos chicas bien mandadas, de alguna manera.

Con todo, la entrada en la tienda supone una transformación estética:

Luego, ya cambias. Estás trabajando en una tienda...Cambias, claro. Ya te vas vistiendo a la moda, y el pelo...Me puse lentillas. Es que... no solo vas cambiando la estética. Tú date cuenta que nosotras fuimos educadas en nuestra personalidad en la tienda. Es que yo entré sin cumplir quince

años y dejé de trabajar con cincuenta y tres años. Ahí crecimos, ahí salimos con chicos, ahí nos casamos, algunas se divorciaron [risa]. Ahí tuvimos hijos, ¡algunas son abuelas ya! Hicimos todas nuestras amistades. También entre nosotras hicimos cuadrillas.

Me tenías que ver. Yo iba así [encoje los hombros y agacha la cabeza] y con unas gafillas horrorosas. Las primeras gafillas que me compraron cuando tenía once años. Aprendimos a maquillarnos, a vestirnos. Entre nosotras. Pero date cuenta que nosotras estábamos trabajando en moda. Lo último que se recibía [nos lo comprábamos]. Me acuerdo que un año se llevaba el rosa palo, y todas teníamos pantalones rosas palo y unas chaquetas de canalé pegaditas con rayas rosas.

Con tu primer sueldo te comprabas ropa. Eso está claro. Sí, sí, sí. Yo ganaba mil quinientas pesetas al mes. Y luego nos daban trescientas por puntualidad, que luego subieron a quinientas. Teníamos que estar a la hora en punto con el uniforme puesto en la sección. Entonces tenías que ir antes, fichar, ponerte el uniforme y estar en la sección cuando tocara el timbre. Y con esas quinientas pesetas, yo me acuerdo, [que me compré] una falda verde con unos pliegues [también se compró gafas nuevas].

Un desplazamiento lateral en el espacio social y su impacto estético

Condiciones como la de la entrevista anterior, no resultan muy comunes, ya que aúnan una cultura familiar muy centrada en oficios de fuerza y una trayectoria, muy disonante con el origen, de huida de semejante destino. Como se ha comprobado en la introducción teórica, ninguna de las categorías incluidas en los Trabajadores no cualificados en la Encuesta Nacional de Salud de 2006, arrojaba indicadores de trabajo estético relevante. Los procesos que contemplaremos a continuación describen entradas más recientes en el mercado de trabajo (a comienzos de los años 90) y las familias tienen una posición social más desahogada y más inclusiva respecto de la tensión estética. Suponen por tanto,

más que la movilidad social ascendente, el paso de una posición relativamente modesta a otra. Ese paso supone, sin embargo, la adquisición de un capital erótico al que no estaban habituadas.

Hija de un agricultor y una pequeña comerciante, E2 comenzó a trabajar en una tienda de ropa en 1990, tras abandonar los estudios al final del bachillerato. Identifica la llegada a la ciudad con una “crisis” en el mundo rural. Un buen número de chicas de pueblos o de barrios de la capital arribarán a la tienda en cuestión. Considera que comenzó a trabajar por necesidad económica y que dicha crisis fue también simbólica. De algún modo, el trabajo agrario dejó de ser deseable para los jóvenes y sobre todo las jóvenes de su generación. Sin embargo, su discurso sobre las condiciones de trabajo, notablemente crítico, se apoya en la posibilidad de retorno al medio que se abandonó. O, al menos, en su revalorización simbólica y en la independencia que proporciona el trabajo agrícola frente a los horarios de la tienda. Una vez abandonada la tienda, culminó, después de casarse y ser madre, estudios universitarios y dedica a dicho problema su tesis doctoral. En su discurso habla la aspirante a intelectual pero también la persona que conoce dos modelos de trabajo diferentes.

Los años que yo he trabajado en la ciudad, que yo no me arrepiento, he estado bien, he trabajado. Tampoco se puede decir que sea un trabajo... esclavo no, entre comillas, pero sí es esclavo en los años que vivimos ¿no?, yo alucinaba cuando la gente tenía un viernes por la tarde, ya al mediodía libre ¿no?, y yo estaba siempre pringada [en la tienda de moda]. Y sin embargo, si tú tienes tus tierras o puedes dedicarte a otra cosa en el ámbito rural, que te va a permitir... no tienes la seguridad, pero bueno, al final es acostumbrarse a las cosas, y puedes sembrar o puedes hacer un montón de cosas que es que ni se te ocurren, por esa cultura que tenemos en la ciudad. Y por lo menos allí te está dando el sol, y tienes un montón de días libres, te lo aseguro, cuando te dedicas a la tierra. También es verdad que como no llueva a su tiempo o como no... Y entonces esa es una cosa que yo me planteo mucho, pero que no le entra a la gente en la cabeza ¿no?, prefieren trabajar en una multinacional en la ciudad, sin valorar lo que pueden

llegar a tener. Si se organizara bien y se organizase de otra forma. Porque está claro que esas tierras están ahora mismo todas enfocadas a la multinacional, al monocultivo, pero hay otras formas de organizarse que ahora se están recuperando.

En el caso de la primera entrevista, los tratamientos estéticos eran comunes y todas usan cremas anti-arrugas y anti-envejecimiento. Sin embargo, los tratamientos quirúrgicos (bolsas de los ojos, pecho, orejas, nariz, labios...), siendo también habituales, se ocultaban. La intervención reparadora sobre el cuerpo estaba asumida, pero no la modificación del mismo. Aún en los 90, E2 quedó sorprendida de la cultura corporal que caracteriza a sus compañeras. Por un lado, que fueran no sólo trabajadoras sino, lo que es muy importante y síntoma de implicación en su tarea, grandes consumidoras de la ropa que vendían. Por otro lado, la intervención quirúrgica se encontraba normalizada entre ellas. Este último punto resulta esencial pues supone la concepción del cuerpo como una realidad susceptible de transformación artificial, no únicamente en su aspecto, también en su morfología.

Yo era de pueblo vamos, yo era un poquito más normalita. Había chicas más modernas, más a la moda, que gastaban medio sueldo en la tienda. Lo típico... una imagen, hacían cosas que a lo mejor ahora se ven normal, pero [entonces no]. Se quitaban la celulitis, o se operaban...vamos, conozco algunas compañeras que se operaron de la celulitis.

Tras veinte años de trabajo puede establecer un antes y un después en la sofisticación estética de las vendedoras:

Con los años, la presión de belleza ha sido cada vez mayor. Porque yo recuerdo que al principio, las niñas éramos jóvenes y eso, pero no veía yo tanta presión. En la primera tienda donde estuve, puedo decir que nunca he visto nada así, alarmante. Sin embargo, cuando yo ya me fui a la segunda tienda había un caso, que yo no sé si era anorexia o no, pero era una delgadez ya un poco exagerada... y era una encargada de tienda.

Una experiencia comparable conoció E3. Hija de pequeños comerciantes (dueños de una confitería) no se trasladó del campo a la ciudad, pero conoció la transformación de una ciudad industrial en una ciudad de servicios, cuyo símbolo fue el cierre de una factoría de automóviles y la llegada de una gran superficie comercial. La inversión estética de E3 -monitora de aeróbic- era muy superior a la de E2 aunque, y es un asunto fundamental, se defiende por motivos de salud y no de imagen. Esta censura para explicitar el cuidado del capital corporal forma parte de la economía moral de las clases populares, para las que la atención estética se asocia a la futilidad y a la pérdida del vigor necesario para trabajar:

Yo me saqué el título de monitora de aeróbic, estaba dando clases diarias de aeróbic. El desgaste físico mío era muy elevado, y tenía que preocuparme doblemente por mí, por mi desgaste físico, y aparte por el de mi pareja, porque... no se preocupaba por el trabajo doméstico.

Para hacer frente al trabajo doméstico recibió, como muchas mujeres de su generación y su grupo social, la transmisión de la cultura alimentaria de su familia (algo que también sucede en el caso de E2), lo que contrasta con costumbres, más extendidas en las clases altas, de privilegiar alimentos caros y que exigen poco tiempo. En ese sentido, representa una cultura doméstica peculiar dentro de las clases medias, amplificada en su caso por el oficio de sus padres: menos centrífuga frente al hogar y, por ende, vigilante de la educación doméstica de los hijos:

Soy muy diferente a mis amigas. En mi casa somos muy caseros. Tengo amigas que viven en el mismo barrio cuyos padres eran más de tirarse al ambiente social de la calle, más que de [centrarse] en la vida familiar. Eso lo he notado porque mis amigas comen peor. Decirte que una muchacha con 23 años se come un potito. Eso es lamentable. Yo veía eso y pensaba que la gente estaba loca.

Volvamos a los problemas de imagen. La persona adelgazó por su trabajo como monitora de aeróbic pero, entonces, no podía asumirlo como una modulación estética consciente. En cualquier caso, su adelgazamiento se produjo de manera general y nunca mediante el análisis y la concentración en las diferentes partes del cuerpo -lo que supone una menor inmersión en el cuidado estético.¹⁰ Además, como en las entrevistas anteriores, hay modos legítimos e ilegítimos de modificar el cuerpo: arreglarse es una cosa, modificar artificialmente tu cuerpo (privándote de comer, lo necesario para vivir y trabajar) es una locura:

Yo tuve problemas de peso, yo antes estaba más gordita, pero nunca me había importado. O sea, yo veo fotos ahora y digo: es verdad, pero es que no, o sea, no era algo que me importase. Y ahora no me importa. Es que me da igual. La imagen, bueno, pues, quizá un poco sí... Siempre la imagen sobre todo en la higiene y en lo que tú presentes. Pero luego en el peso pues no, porque una muchacha gordita, pues tiene muchos más valores que otras. La imagen la pueden modificar, yo que sé, su aspecto en pelo, en ropa, en... pero no por quitarte de comer, y privarte por tener una cadera más marcada... Eso es lamentable.

Tales serán las normas estéticas que encontrará en su trabajo. La sensación de llegar a un mundo regido por normas ajenas es idéntica a la de E2. En su caso, lo juzga como un compuesto de disparate moral (las chicas gorditas pueden ser guapas y tener valores), de derroche económico y de atentado contra la salud. Los lugares en los que se operan, para una persona habituada a la seguridad social pública, y a acudir a la misma por problemas de salud, despertaban poca confianza¹¹:

En el mundo laboral las muchachas se preocupaban mucho por eso de su físico.

¹⁰ Véase sobre las formas de aceptación matizada de la tensión corporal (Moreno Pestaña, 2010: 136).

¹¹ Comenzaba la extensión de clínicas por preocupaciones estéticas que, en aquel momento, le parecían completamente extravagantes.

-¿En qué sentido?

En hasta quererse operar por unas cartucheras. Yo tengo amigas que se han operado y han estado ahorrando 50.000 pesetas. Luego, por gusto de verlo, las he acompañado y se ha hecho aquí en una clínica, bueno, si se puede llamar clínica: un piso normal y corriente, de aquí. Lamentable, fue ver eso y decirle: pero tú estás loca.

-¿Qué partes de su cuerpo agobiaban más a la gente?

Sobre todo el culo y el pecho.

El impacto estético producido por la cultura estética dominante en las tiendas de moda se producía, todavía en los años 90, entre jóvenes procedentes de fracciones ligadas a las viejas clases medias. La torcedura del bastón estético se impondría a las nacidas más tarde, constituyendo un nuevo modo de generación de costumbres. Veámoslo.

La “torcedura estética del bastón” se extiende más allá de las elites

Pasemos ahora a una generación posterior. El concepto de generación sirve para agrupar experiencias compartidas por parte de individuos nacidos en una zona de fechas. Dicha experiencia no es la misma en todo el espacio social y debe ser precisada siempre. En nuestro caso, la generación define exigencias corporales diferentes en el mercado de trabajo, siempre en puestos donde la presentación corporal juega un papel de primer orden.

En ciertas familias de clases populares, la inmersión estética comienza a crecer de manera sistemática, al menos, a partir del año 2000. No hemos encontrado personas (con ese origen social) cuyo trabajo sobre el capital corporal

comenzase dentro del mundo familiar antes de esas fechas. Recuérdese los datos aportados, en la introducción teórica, procedentes de la Encuesta Nacional de Salud de 2006: existe una fractura estética en las clases populares entre ocupaciones de representación y atención al público -que han crecido con el ascenso de los servicios en España- y aquellas ligadas a trabajo técnico cualificado o no. En el caso de E1, su acceso al mercado de trabajo fue muy prematuro, algo impensable en generaciones para las que la permanencia en el sistema escolar fue obligatoria hasta los 14 o los 16 años. Las dos trabajadoras que hemos presentado después, ambas procedentes de las viejas clases medias, no conocieron presión estética explícita antes de su acceso al mercado de trabajo. A E2 le sorprendió la atención corporal de sus compañeras y E3 adelgazó aunque sin atribuirlo a otra cosa que al cuidado de su salud.

E4, hija de padres divorciados cuando tenía tres años, conoció una infancia modesta. Comenzó a jugar al baloncesto en el instituto y ya entonces escuchó allí conferencias sobre la pirámide alimentaria y sobre la prevención de la obesidad. Su preocupación estética comenzó muy pronto. Con 11 años, la torcedura de bastón estética había colonizado su entorno y desentonaba con el modelo alimentario en el hogar:

Mi madre a lo mejor lo pasaría mal, porque mi padre era un poco desastre para pasar la manutención, pero yo recuerdo que en mi casa nunca faltaba de comer, incluso recuerdo a los amigos del bloque, a los vecinos, tú sabes, los vecinillos que decían: “vamos a comer a casa de [su madre].”, porque la comida era importante. Para otras cosas pues no había, pero para comer siempre había. Claro, entonces yo no me veía, pero estaría muy bien criadilla y ya en la época que desarrollé, porque desarrollé pronto, con once añitos y ya va cambiando tu forma de ver... tu metabolismo, va cambiando tu forma de pensar, te vas viendo de otra manera, y bueno, a raíz de eso y que un chico se me metió entre los ojos, pues ya [mi objetivo] era estar delgadita.

En la actividad deportiva, comenzó a jerarquizar los cuerpos según su correspondencia con tal patrón estético. Cambiarse en el vestuario impone una exhibición corporal colectiva y permite una referencia para el propio control corporal. En ese momento, la distinción estética pasa a convertirse en el centro de las interacciones corporales:

[Mis compañeras] eran delgaditas. Había dos o tres más gruesas que eran las pivots, que eran las que se encargaban de dar leña, pero en general, con las que yo me sentía identificada eran delgadas. Las dos que yo veía más monas, eran las más delgadas. Eran las que yo decía: "Qué guapa es Ana", eran mis amigas Ana y Nuria, eran las dos con las que yo mejor me llevaba y sí, eran las más delgadas. Recuerdo una vez, que después de los partidos pues te cambias en los vestuarios y tal y sí que me dijeron: "Te has quedado más delgada, más canija", pero no le dieron más importancia, no me dijeron nada de porqué. Y yo, pues al revés, a mí me gustó, a mí me encantó. Porque claro, para mí, que en ese momento me dijiesen "te estás quedando más canija", pensaba: "Estoy llegando a donde quiero llegar", ¿no?, para mí fue al revés, es como si me dijiesen "qué guapa estás". En ese momento me llenó de gozo. Pero no recuerdo que nadie viniese nunca a decirme: "Oye, ¿qué te pasa?".

La compañera se convierte en su referencia y tras pasar un día ambas por la báscula, se sintió "como si pesara veinte kilos más que ella".

Yo me fijaba y decía: "¡Qué cuerpazo tiene!", además yo me llevaba muy bien con ella, y yo me miraba y me decía a mí misma: "¿Estoy más delgada, estoy más gorda que ella?". Para mí era como el prototipo: "Así quiero estar yo". Entonces, yo recuerdo que nos pesaron y yo pesaba unos tres o cuatro kilos más que ella. Éramos de la misma estatura y para mí esos tres o cuatro kilos eran como si yo pesara veinte kilos más.

En esa época tenías trece años me has dicho...

Sí, yo tendría eso, unos trece años. Entonces ya, ahí me di cuenta: "Yo tengo que perder esos kilos", "yo quiero estar como está ella". Porque ella pesaba 52 o 53 kilos y yo pesaba 55 o 56, pero para mí, pesar 56 kilos era "¡puf!, ¡madre mía"...

Pasa dos años en un barco de la Armada, donde la inactividad le hace coger peso. Comienza una formación como terapeuta, combinada con un trabajo en una tienda de perfumería. La formación y el posterior empleo le ayudan a controlar sus trastornos alimentarios. El trabajo como terapeuta -hemos visto como representantes de comercio y auxiliares de enfermería eran ocupaciones singularizadas por su autocontrol estético- le permite convertir el control corporal en una profesión, rodeándose además de personas que mantienen idéntica cultura corporal. Los auxiliares de enfermería y asimilados, recordemos, mostraban tendencias significativas a dietas no médicas y alcanzaban el 51,76% de delgadez.

*-Tus compañeras terapeutas, ¿son delgadas, son gordas?, en general...
Pues mira...no recuerdo ninguna gorda, la verdad.*

-En la academia, en los cursos...

No, que va...delgadas, no recuerdo ninguna gorda. Mira, para no mentirte, había una, que te puedo decir que pesaría los 70 y tanto o los 80 kilos y que era de mi estatura, o sea, gordita. Y esa era la más rarita, en el sentido de que siempre estaba la última, hablaba poco, era muy tímida. Siempre estaba sonriendo pero era muy tímida, muy introvertida, y esa chica era la que más peso tenía. También, siempre, no sé...no se arreglaba, iba siempre un poco, a lo mejor con un chándal o con un pantalón y con una camisa que no pegaba con nada... un poquito más desaliñada. Limpia pero un poco desaliñada.

Procedente de un medio social similar, E5 comienza sus trastornos alimentarios al independizarse, con su primer trabajo como camarera, del domicilio familiar. La historia es banal y se repite también en el caso de E6, con amplia experiencia en las tiendas de moda, que también burla la vigilancia doméstica y pierde más de 15 kilos cuando accede a su primer empleo. El entorno de las tiendas de moda ya lo conocemos: en el caso de las camareras, los trastornos alimentarios no sólo no despiertan alertas, sino todo lo contrario. La restricción, sin embargo, le impedía rendir en los estudios que compaginaba con su trabajo:

Al principio es todo muy divertido, porque todo el mundo te dice: “¡Qué guapa!”, “¡Qué delgada”. Entonces de alguna forma te fomentan el problema. Lo que sí es verdad es que a mí me costó mucho trabajo sacar la carrera, porque no tienes fuerzas. No tienes fuerzas... no tienes vitaminas en el cerebro.

La unidad del capital cultural y capital erótico llega a las clases medias y populares

Hasta ahora se han relatado trayectorias laborales de trabajadoras de tiendas de moda o de camareras, oficios con un componente de exhibición corporal permanente. En todos los casos se trataba de personas con entornos familiares de recursos económicos limitados y en los cuales no abundaba la presión estética.

Ascenderemos algo, a veces mucho, en el espacio social y trazaremos trayectorias de personas que acceden a trabajos con alta cualificación y que requieren diplomas universitarios (excepto en un caso, el de E6, cuya presencia en este apartado justificaremos). Nos concentraremos en cómo, junto a las exigencias culturales, los puestos ansiados inducían cierta morfología corporal. En todos los casos, las familias cultivaban el aspecto estético de sus hijas. Como ya se ha comprobado, la cultura somática de amplias fracciones de las viejas clases medias y de la clase trabajadora se calibraba en los años 90 con modelos de elite: la diferencia se mide por cuestiones de grado, a veces, difíciles de distinguir. Amplias fracciones de los empleados y de los trabajadores cualificados -menos en los semicualificados- arrojan porcentajes que delatan un importante cultivo corporal. Sin embargo, cuando nos referimos a generaciones anteriores (que entran en el mercado de trabajo antes o a principio de los 90), las diferencias son de cierta entidad. En las primeras tres trayectorias, el acceso al empleo produce un fuerte impacto estético. Las siguientes, por el contrario, mostraban una temprana inquietud

estética. No podía ser de otra manera: la publicidad, las tiendas de moda, los cuerpos socialmente apreciados y cada vez más próximos, menos ajenos, son agentes activos en el diseño de los criterios estéticos de franjas cada vez más amplias de la población.

¿Por qué hablar de modelos de elite? En buena medida, la imagen de la persona triunfadora empieza a ser indisoluble de la delgadez. E7, con 25 años, la persona más joven entrevistada, ha trabajado de camarera y tiene una titulación superior con la que prepara oposiciones mientras realiza su tesis doctoral. Su familia tuvo estudios medios y su madre, tras divorciarse de su padre, acumulaba una dieta tras otra, con la que moldear una estructura corporal rebelde a la esbeltez, y que despertaba sanciones continuas (era una mujer nacida a mitad de los 60):

Mi madre mide 1.65, es una persona ancha de caderas, ancha de huesos y fuerte, siempre ha tenido muchos problemas... mucho conflicto con su cuerpo, ella siempre se ha visto mal, cuando no lo ha estado. Porque desde pequeña siempre le han dicho: "¡Ay, la gordita!". Su hermana era muy canija, y ella tenía muchas curvas, mucha formita y entonces pues todo el mundo: "¡Ay, qué culo tienes, ay que culo!", y yo creo que eso ella pues lo tiene ahí marcado.

-¿Tú habías aprendido dietas en tu casa?

Claro, mi madre siempre ha estado con dietas. Desde que yo tengo uso de razón, ella siempre: "no, yo esto no lo como, esto tampoco, esto sí, esto no...".

En el colegio, conoce una chica que se convertirá en su referente y comenzará los trastornos alimentarios. En la familia de E7 había inquietudes artísticas, tanto por parte de su madre como por un tío, pese a que "a nivel cultural mi familia es bastante pobre. En mi casa no se sabe de pintores ni nada, yo lo que sé lo he aprendido después. Lo más que había, era una enciclopedia en casa de mi abuela, de esas antiguas...". Su compañera de escuela

contenía todo lo que en su casa faltaba: dinero, cultura y cuerpo legítimos y ya con once años técnicas para reducir la ingestión de alimentos:

La primera vez que yo tomé conciencia de restringir alimentos, fue con once años. Me lo dijo mi amiga Irene. Yo siempre la veía a ella muy delgadita, porque ella era rubia, con los ojos claros, monísima. A mí me gustaba mucho su forma de vivir porque sus padres, los dos trabajaban [mientras sus padres estaban desempleados], eran gente culta, vivía en un unifamiliar, tenía caballos y a mí me encantaban los caballos. Tenía caballos, era guapa... yo qué sé... la persona ideal.

Los efectos de los trastornos alimentarios, que comienzan, recordemos, a los once años, la dejan en 41 kilos. Su tratamiento durará hasta los 23 años. El efecto de la restricción alimentaria, sin embargo, le permite mantener una vigilancia corporal constante. Por un lado, ha acumulado cultura dietética (“lo único bueno es que he aprendido mucho de nutrición”), además, le permitió incrustar en su habitus la vigilancia (“la cosa de verte malamente, eso lo vas a tener siempre: “doy asco, ¡puaj!”, estoy blanducha”) y, para terminar, ha convertido el capital erótico en condición de su eficacia personal y su tranquilidad moral:

Verás, hay días en los que te levantas y estás muy bien y te crees que eres, súper...o sea, “hoy puedo todo”.

-O sea, que tú hay días que te ves muy guapa

Claro, hay días que me veo bien

-¿Cómo te vistes cuando te ves muy guapa?

Me visto más estrechita porque no me importa que la gente vea cómo estoy, porque lo he conseguido, “mira, qué barriga tan plana, lo he conseguido con esfuerzo y tesón”, entonces me gusta.

Más tarde, durante sus estudios, E7 comprenderá que la anorexia “se puede estudiar” e intentará convertirla, como tantas investigadoras, en un tema de trabajo. Con él puede convertirse en valor académico su propio sufrimiento y,

además, ayudarse a sí misma conociéndolo y desactivándolo. La acumulación de capital cultural no había terminado cuando hablamos con ella, la adquisición de las reglas corporales que suelen acompañarle, se encuentran completamente interiorizadas. Empezaron a ensayarse tempranamente.¹²

Pero, ¿es cierto que las profesiones universitarias y artísticas segregan un modelo corporal implícito? La Encuesta Nacional de Salud 2006 los muestra delgados (64,58% de normopeso o peso insuficiente). Por supuesto, esto no resulta independiente de una tensión corporal cada vez más extendida. Resulta difícil captar esa transmisión específica del oficio de artista o escritor en la experiencia de las personas y desligarla de una presión general hacia la delgadez característica del aumento del capital cultural. Pero ni mucho menos resulta imposible. En la entrevista anterior, las restricciones alimentarias procedían de la madre y podría considerarse que tal es la “variable fundamental” en la trayectoria referida. E8, sin embargo, no conoció impulso semejante en su hogar, donde “se comía normal, ni mucho ni poco” y formado por una pareja de titulados en Letras reconvertidos en pequeños agricultores: ella “chiquitita y menuda” y él “corpulento y con barriga cervecera”. Crecida en un pueblo pequeño, conoce a una amiga en el bachillerato con la que estudiará Bellas Artes y a la que imitará constantemente. La llegada a la facultad la zarandea en dos planos. En primer lugar, conoce un ambiente de competencia permanente donde “tienes que ser la mejor en todo”. En segundo lugar, y esto es fundamental, porque se trata de una tensión estética centrada en la exhibición corporal y en el aparente desaliño estético. En un ambiente de tensión estética explícita, las personas pueden escoger un camino racional, por costoso que pueda ser, para modificar su imagen. Cuando la distinción estética se deniega (usando ropa aparentemente barata, combinada de manera original y centrando la distinción en la exhibición corporal), la persona que

¹² Sobre el mercado cultural alrededor de los trastornos alimentarios (Moreno Pestaña, 2010: 222-236).

no se ha socializado entre elites se encuentra desarmada en tres planos. Carece del capital cultural para ir desaliñada con estilo, de los hábitos corporales necesarios para mantener las morfologías esqueléticas dominantes en los medios artísticos y, además, si quiere adquirirlo, siempre se arriesgará a pasar por vulgar (preocupándose por la apariencia ante gente que no necesita hacerlo para preocuparse) y delatar a la vez su carácter de outsider social.¹³

Me parece un momento bastante hipócrita, sobre todo porque hay muchísimos niños y niñas ricos, que dicen que no lo son y bueno, pues ya sabes, eso se refleja en el aspecto.

-¿Cómo suele ser la gente físicamente en bellas artes?, ¿qué aspecto tenían?, ¿estaban gordos, delgados?

Pues la mayoría eran niñas delgadas, así bastante hippy o punk y demás, pero sí, bastante delgaditas. Yo me sentía súper-fea, poco interesante. Vamos, minucia, que yo no destacaba y ellas sí [...]. Mis referentes eran chicas bastante delgaditas, sin pecho, sin cintura, con el culo escurrido, que cualquier cosa les quedaba bien. Con el pelo liso, largo.

En semejante contexto, el recurso a los trastornos alimentarios parece una opción racional si quiere conseguirse el modelo estético promovido sin parecer que se logra. Fue la opción seguida y parece que no fue una excepción:

-En esa facultad, ¿tú ves más gente que tenga anorexia?

Cuando voy a la psicóloga me dice que hay otras cinco chicas como yo, todas de Bellas Artes. Como que en esta carrera o en esta profesión es un problema bastante habitual.

-Vamos a centrarnos si quieres en eso. ¿Por qué crees tú que eso es así?

Pues yo lo tengo claro. Es porque es un trabajo, una profesión que te exige un montón de ti. No es algo que tú hagas mecánico ¿no?, un trabajo mecánico, sino que es estar expuesta todo el rato a querer hacerlo bien, a pintar bien, a esculpir bien. Pues un trabajo de exigencia, de exigencia personal. Y luego muy expuesto al público ¿no?, yo creo que casi todos los

¹³ Hay un retrato general de ese ambiente en Moreno Pestaña (2010: 102-110).

oficios o trabajos que se exponen ahí al público o que están valorados por la gente de fuera, te hacen tener una exigencia en ti misma muy grande, fuera de lo normal ¿no?, o sea, que traspasa ahí límites normales. Como que tienes que ser la mejor, porque si no eres la mejor no sobresales y si en ese trabajo no sobresales, pasas totalmente desapercibida, y a ti te gusta pintar y tu trabajo, que tú quieres...tú quieres ser la mejor, o al menos yo quería serlo.

-Pero la mejor, desde el punto de vista artístico... Pero ¿por qué desde el punto de vista físico? Porque entiendo que la mejor también incluye...

Ya, claro. Pues yo que sé, pues una vez que se triunfa en una cosa, quieres triunfar en todas ¿no?

El modelo corporal no se corresponde con las prácticas

E6, a la que ya nos hemos referido, trabaja como encargada de una tienda de moda y puede parecer extraño introducirla entre profesoras y diseñadoras. En realidad, se encuentra a mitad de camino entre ambas. De pequeña quería ser profesora aunque renunció tras emplearse en una tienda de moda. Se dedica en cuerpo y alma a su trabajo donde tiene importantes puestos de responsabilidad. Es, además, una propagandista práctica de su empresa y se considera, más que una empleada, una especialista en moda. Se encarga de la selección de personal. En su caso, la vocación por la moda y la cultura confluyen en que ambos permiten relacionarse con los demás y escapar de un destino que se le antojaba estrecho:

Yo siempre he querido ser profesora, pero a medida que he ido creciendo y cuando pusieron Zara, ya quería ser dependienta de Zara y yo estaba segura de que mi trabajo sería de cara al público, que yo quería estar con gente... y estoy en lo que me gusta. De hecho, cuando mi padre tenía la empresa, yo podía haber estado en la oficina y no, yo quería volar y trabajar en Zara, en Mango, donde fuera...

La familia vive en una importante ciudad y su familia tiene contacto, como antiguos empleados, con la aristocracia andaluza. E6 fue bautizada en honor a la antigua empleadora de su familia. La necesidad de modular el aspecto físico ha sido una inquietud permanente de los padres, situación normal de quienes han ascendido socialmente y han visto modificarse, con la vida ya avanzada, los patrones estéticos. Su padre mide 1.73 y llegó a pesar 120 kilos “por motivos de salud se propuso adelgazar y ahora pesa 88-89 kilos y se mantiene en ese peso”. Su madre también está a dieta y ha adelgazado más de 9 kilos en 7 meses. “No es mucho, la verdad, pero ella lo hace por su cuenta y con los productos que le dan en una farmacia”.

Con solo 23 años, recibe el encargo de dirigir una tienda. E6, como ya se refirió antes, abandona el domicilio familiar, adelgaza y consigue una figura que conservará en lo sucesivo. En el momento de la entrevista, E6, que se agrandó su pecho (del que presume ante sus compañeras) en una intervención quirúrgica, pesa 49 kilos y mide 1.63, pero llegó a pesar 43 kilos. En aquel momento, tuvo una baja por depresión y necesitó el apoyo familiar para mejorarse. El consumo de tranquilizantes le permite mantener la figura con escasas ingestas diarias. Incapaz de hacer deporte, pasa el día fumando y bebiendo refrescos bajos en calorías. Su familia cambió los hábitos tardíamente y no pudo o no supo transmitirlos a su hija.

Por razones diferentes, E12 tampoco pudo estar delgada sin esfuerzo. Procede de una familia de profesionales de clase alta vinculados a la izquierda - aunque sus abuelos fueron grandes propietarios agrícolas vinculados con el Régimen de Franco. Los padres, altos y esbeltos, criaron a su hija en guarderías y colegios progresistas y vivían en el cinturón rural de una capital de provincia.

Las comidas eran opíparas y no parece que mediase preocupación alguna por engordar:

Mi madre era de mucho cocinar, mi padre también. Entonces hacían platos bastante copiosos y demás. Y luego las meriendas, de las tortas, de la bollería y luego las cenas de papas fritas con huevo, o sea que se comía bastante. Y luego los desayunos eran tremendos, o sea, nos íbamos mi padre y yo a la panadería y nos traíamos croissant, bollitos, panes recién hechos... y nos tirábamos horas desayunando. Luego nos íbamos al campo, nos dábamos un paseo, eso los fines de semana ¿no?, y luego durante la semana, con tostadas, con ajo, con aceite, con tomate, con algo dulce, las tazas grandes de café... sí, además los disfrutábamos mucho, los desayunos.

Con 10 años (era 1990), una amiga de clase critica su olor a ajo (por las tostadas) y su corpulencia y comienza un trastorno alimentario: “De pequeña, yo estaba rolliza, rolliza, y ella era todo lo contrario. Era rubita, con pequillas, delgadita con el cuerpo súper atlético, era siempre la mimada de todos los sitios”. Comienza a controlar mediante flexiones el volumen de su barriga y, dado que almorzaba en el colegio, podía economizar las ingestas -algo que en su casa hubiera sido más difícil. Debido al divorcio de sus padres, y al trabajo de su madre, come a menudo sola en casa y gestiona las cantidades a su albur. Con más años, la cultura de las *raves* la coloca en mercados de exhibición corporal permanente. Desde muy pronto, siente una fuerte vocación intelectual y artística, coherente con los consumos de su familia:

Quería ser escritora. Quería ser escritora y durante una época estuve queriendo ser violinista, porque durante diez años yo toqué el violín, y durante una época estuve ahí, en el límite de dedicarme de forma un poco más profesional. Y me acuerdo que tenía un cuaderno en el que escribía todas las noches 100 veces o 200 veces: “Quiero ser violinista, quiero ser violinista”.

Con la vocación fijada, los referentes concretos comienzan a transmitir una cultura somática incoherente con las tostadas de ajo. Recién diagnosticada con

trastornos alimentarios, pasa unos días en el extranjero con una amiga de su madre, intelectual, y aprende que se puede estar un día entero caminando sin comer. Desde el colegio, E12 se concentra en aquellas profesoras con perfiles corporales ligados a la bohemia y la alta cultura. Veamos cómo narra el aspecto de sus profesoras preferidas y comprenderemos que su vocación intelectual no modere su tensión estética:

[En el colegio] me gustaba una mujer siempre con falda así de tubo a la rodilla ¿no?, delgada, alta, muy erguida, con el pelo corto. Y entonces así como un poco autoritaria, al mismo tiempo como esa imagen francesa rígida. Esa fue la primera. Luego claro, me decepcionó un poco porque cuando te va dando clase, me gustaba mucho pero ya le vas viendo como el lado más chabacanillo. Y luego en la facultad, una profesora que tuve fantástica, francesa, y que es como Jane Fonda pero a la francesa ¿no?, o sea, casi hacía aeróbic en clase. Se movía un montón, nos contó todo el mayo del 68... ¡Todo! Sus clases eran súper-abigarradas ¿no?, era información, información, información y... súper-desordenada y ella era pues eso, muy delgadita, chiquitina, con la naricita así de francesa, los pelos de esto de los rulos de por la noche, se los suelta y se quedan los pelos de leona. E iba siempre vestida del mismo color. O sea, no siempre del mismo color, iba entera del mismo color. Entonces por ejemplo, un día iba de rosa y llevaba hasta los ojos pintados de rosa, los pendientes rosas, la falda rosa, las botas rosa, todo. ¿De negro?, pues de negro. De repente así el rollo como secretaria, se ponía el moño ¿no? Y con la falda negra, y... y ella para mí ha sido como, como... me encantaba como profesora.

Un esfuerzo más: crece el capital erótico en la alta cultura

E15, nacida en 1970, comenzó en un conservatorio a los ocho años, hija de un empresario y una profesora y artista, procede de una familia de clase media-alta: la hija repetirá la profesión materna, estudiando en el mismo establecimiento donde trabaja su madre. Se habitúa a la competitividad del centro (redoblada por la presión de su madre) y responde con un rendimiento excelente. Con 15 años, un representante le ofreció por la calle a su madre la posibilidad

de que su hija fuese modelo en El Corte Inglés. Tras conseguir una plaza en la educación secundaria, termina como profesora universitaria. Compagina su trabajo con una carrera artística como modelo.

Consciente de que su presencia física jamás ha pasado desapercibida, se ha esforzado mucho por demostrar sus cualidades técnicas. Las alteraciones de la alimentación, coincidiendo con un embarazo, no fueron diagnosticadas como trastornos alimentarios, aunque siguen persistiendo. Llegó a pesar 49 kilos (mide 1.69) y mantiene una altísima actividad física (yoga, spinning, aeróbic) que la conservan en 51 kilos -considera que debería añadirse dos kilos. Una vez en la docencia, ha acompañado a sus alumnas a elegir ropa, que deseaban imitar el estilo de su profesora. Lo atribuye a dos procesos. Las nuevas tecnologías, es el primero, incrementan la reflexividad estética de los sujetos: “Lo que más me sorprende, es que mi sobrina, que ahora es un poquito mayor que yo en la época de la que hablamos [cuando le ofrecieron ser modelo], se hace unas fotos con el iPhone, que son poses exactas de modelo, de modelo de ropa”. Internet aumenta el autocontrol estético por medio de dos dinámicas: una fuerte exposición pública y la competencia en la red por medio del aspecto físico (Illouz, 2007: 176). ¿Podemos atribuirle a ese proceso general el incremento de la conciencia estética de sus estudiantes? Las modificaciones parecen ser internas a su propio espacio profesional y por tanto las preocupaciones físicas de sus alumnas son también inversiones profesionales:

En nuestro medio, se contrata a las artistas que sean guapas, además de que lo hagan bien. El físico se valora cada vez más, muchísimo.

-Quiere decirse que la competencia artística no es lo único que se valora ¿no?

No, y además hay una tendencia, sobre todo en determinadas artes, a las que se dedican mayoritariamente mis alumnas, a que si eres guapa y eres

joven, a ti te van a dar más papeles que a la gordita. La típica soprano que se hace en los dibujos ¿no?, que siempre se ha dibujado, la típica Montserrat Caballé, hoy no tendría mucho porvenir. Hoy en día, buscan las dos cosas [la belleza y la competencia técnica]

-¿Tienes gorditas en clase?

Sí, tengo gorditas.

-Y ¿cómo lo llevan?

Pues la verdad es que he tenido gorditas que lo han llevado genial y otras muy preocupadas por su carrera porque saben que es desfavorable.

-¿Y has conocido alguna chavala gordita que haya avanzado?

Sí, tengo una alumna que está ahora en Estados Unidos, pero Estados Unidos ya sabes que es un país donde a lo mejor no lo miran tanto porque tienen mucho problema con el sobrepeso, entonces, la verdad es que le está yendo bien.

-¿Es la única que conoces, ¿no?

No, he conocido más, pero luego ya no sé bien de sus trayectorias, porque ya se marchan y no he mantenido el contacto. ¿Gorditas...?, ahora las que tengo, la verdad es que son delgadas. Hay alguna que está más rellenita. [...] Cuando empecé, hace diez años, sí que tenía más.

Nacida el mismo año en una familia de la alta burocracia estatal, E16 fue modelo de lencería infantil. Llegó a España desde su país y compaginó la actividad artística con trabajos de camarera para, posteriormente, doctorarse e ingresar en la universidad. Nunca ha recibido un diagnóstico de trastornos alimentarios, pero los asume como una descripción de las dificultades psicológicas y físicas que soporta para mantener la línea. Profesora de ciencias sociales enseña en carreras ligadas al mundo de la moda. Al terminar su tesis, se planteó la posibilidad de trabajar en un museo, aunque su director lo acabó descartando: "Allí son todas rubias y pijitas, tendrías que cuidar más tu aspecto". Antes la

directora de departamento le recomendó que fuera a la lectura de tesis “muy guapa [...], así te sientes segura y bien contigo misma”. La variedad estética entre sus alumnos y sus compañeros es muy superior a la de E15, y considera que sería “impensable un modelo corporal atractivo sin la excelencia intelectual”.

La diferencia entre ambas trayectorias salta a la vista. Cuanto más se objetivan las exigencias intelectuales de acceso, más posibilidad tienen las personas de defenderse de las presiones estéticas. Por un lado, subjetivamente, pueden objetivarlas como presiones ajenas al empleo en cuestión y, por ende, como agresiones ilegítimas. Por otro lado, las presiones pasan a ser clandestinas y a expresarse con más eufemismos, lo que las hace menos eficaces y permite establecer juegos más complejos. Una profesora de 35 años presentó un libro y un colega de 55 años comentó: “Lo hizo muy bien porque estaba muy guapa”, a lo que la concernida respondió: “Claro, es que estaba muy contenta y me sentía muy segura con lo que presentaba porque conocía el tema”. La belleza no se niega, pero se asocia con la serenidad interior y se subordina a las cualidades intelectuales.

Conclusión

Hemos recorrido clases sociales y trabajos distintos y, en todos ellos, las cualificaciones profesionales y las estéticas marchan de la mano. A la vez, hemos comprobado que en los años 80 y 90 crecieron generaciones con más atención al capital erótico. Aunque la presión estética parece socialmente muy difundida, afecta más en aquellos empleos con criterios de acceso menos objetivados y, a personas nacidas en las nuevas clases medias y en las clases superiores -aunque dicha

presión se extiende progresivamente entre las viejas clases medias y las clases populares.

Las personas que trabajan en tiendas de moda o en oficios centrados en la interacción simbólica con objetivos mercantiles conciben su cuerpo como una extensión de su actividad productiva y, por tanto, se infringen mayores controles. Cuanto más crece la cualificación intelectual se produce un proceso ambivalente: los medios sociales se encuentran más poblados de personas de clases altas (con la irradiación estética concomitante) pero también resulta más extravagante la penalización por la desviación morfológica o estética.

Capítulo II. El requisito de belleza profesional y la dominación simbólica

En un influyente ensayo, la escritora Naomi Wolf definió un *requisito de belleza profesional* que se impondría a todas las trabajadoras. En los años sesenta, explica, muchas mujeres accedieron a empleos y “se produjo la promoción de una imagen comercial de la azafata, la modelo y la secretaria ejecutiva” (Wolf, 1991: 40). Ya en 1971, una camarera del Playboy Club de Nueva York fue expulsada por no ofrecer la imagen acorde con su empleo y que requería, entre otras cosas, una belleza sin tacha en la cara, la figura y el estilo y no perder la imagen de Conejita por su edad. La Corte de Apelaciones de Derechos Humanos falló en su contra, dando pábulo a la opinión del empresario de que la cesada había perdido dichas cualidades. El caso, sin duda, era extremo, pero Wolf aseguraba que “todas las profesiones en las que las mujeres ganan terreno están siendo rápidamente reclasificadas, en lo que a las mujeres se refiere, como profesiones de exhibición” (Wolf, 1991: 34), generándose un cada vez más explícito

requisito de belleza profesional. La tendencia se confirma cuando en 1983, Christine Craft, una presentadora de televisión, fue despedida por su escaso atractivo, su edad y sus conflictos con los hombres. Las mujeres estadounidenses aprendieron a utilizar su belleza para progresar en las organizaciones, fundamentalmente en los servicios. Todas ellas, explicaba Wolf, no ganan como las actrices y otras profesionales de la exhibición, pues la mitad de las trabajadoras recibe salarios reducidos en trabajos de oficina y la venta al por menor. El requisito de belleza les imponía, frente a sus colegas masculinos, un doble esfuerzo, sin proporcionarles retribuciones importantes.

Hasta entonces la belleza funcionaba como requisito más o menos exclusivo de las mentadas profesionales de la exhibición. Cuando la mujer se incorporó al mercado de trabajo, las revistas femeninas convirtieron a tales profesionales en el mínimo estético necesario de la mujer trabajadora. Fuera de ese mínimo, los estigmas simbólicos y las penalizaciones laborales, abiertas o de facto, se abatían sobre las trabajadoras. En general, dicho sistema de moda-belleza se apoyaba sobre tres supuestos (o “tres mentiras vitales” según Wolf): la belleza era una condición necesaria y legítima del acceso de las mujeres al poder, la belleza se encuentra al alcance de cualquier mujer y esa belleza debía consolidar estereotipos antifeministas, esto es, se impulsaba la belleza de las mujeres tal y como las define la mirada masculina.¹⁴ La nueva consigna para las trabajadoras es “ahora eres demasiado rica, pero nunca serás demasiado delgada” (Wolf, 1991: 34-36).

Publicado ocho años después del libro de Wolf, *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu proponía, tras una amplia revisión de los trabajos feministas, un modelo más complejo del lugar de la mujer en el sistema de ocupaciones.

¹⁴ La progresiva especialización de la moda en cualquier nicho de consumo desmiente la tesis de Wolf: hay una moda para todos los modelos imaginables de estética femenina y masculina.

Aislaba tres tendencias (susceptibles de excepciones más o menos amplias): primera, las ocupaciones de las mujeres prolongaban los servicios domésticos (cuidados, educación y enaltecimiento simbólico del grupo familiar y de las empresas), segunda, las mujeres no podían tener autoridad sobre los hombres y, tercera, la manipulación de los objetos técnicos quedaba reservada a los hombres. Centrándonos en la primera dimensión, la que aquí nos interesa, las mujeres asumían las tareas de representación (por ejemplo, azafatas, acompañantes, camareras) y, cada una de ellas, debía incorporar los modelos de belleza legítimos cuando participaban en la vida económica. Cualquier relación social supone la exposición del cuerpo en la interacción. En el caso de los hombres, según Bourdieu, se valoran las cualidades menos sensibles (el lenguaje, por ejemplo), mientras que en las mujeres se tasaba fundamentalmente el aspecto físico. Un índice sexual calibraba a las mujeres cuando trabajaban sea en las mentadas actividades de representación, de venta, en las actividades “femeninas” del Estado (asistencia social, enseñanza, cuidados de salud), en el campo de la cultura (escritoras, periodistas) y, fundamentalmente, en las actividades de presentación estética (peluqueras, manicuras, esteticistas). El esquema de Bourdieu resulta compatible con los datos estadísticos que se han presentado y que muestran una mayor tensión estética en los trabajos de cuidados (por ejemplo, sanitarios), venta y cultura

Los juegos estéticos en el trabajo

Wolf (1991: 38-39) ofreció una pista para comprender cómo las mujeres colaboran en la estetización de las profesiones. Dado que la mayoría de los empleos que se les ofrecían eran “monótonos y sin atractivo”, el requisito de belleza profesional ayudaba a introducir “creatividad, placer y orgullo” en el trabajo.

Y no sólo entre las clases medias, en las que se centra a menudo Wolf: “Las mujeres de la clase trabajadora han soportado una exploración brutal en su lugar de trabajo que quizá la belleza podría atemperar”. Desgraciadamente Wolf no explora esa pista que se podría haber conectado con una tesis sostenida por Michael Burawoy en su etnografía sobre el trabajo industrial.

Según el sociólogo norteamericano los trabajadores industriales gozan de cierta autonomía en su trabajo y que depende de la imposibilidad por parte de la dirección de prever todos los imprevistos. Progresivamente, además, la dirección promueve la autonomía de cada trabajador, relaja la cadena de mando y permite la introducción de novedades en el proceso productivo (Burawoy, 1989: 98). La relación empleador/empleo no deja de ser estructuralmente coactiva, pero empieza a funcionar en lo concreto de manera cada vez más cooperativa (Burawoy, 1989: 110). Se desarrolla una cultura de emulación entre los trabajadores, consistente en trabajar la incertidumbre en el trabajo (cada vez mayor, debido a la autonomía creciente) mejor que sus compañeros. Se genera así una cultura común a través de juegos de competencia entre los trabajadores que revalorizan la actividad productiva mediante conflictos (quién se las “arregla” mejor en el taller) entre los obreros. Esos juegos implican a los individuos en elecciones y les permiten medirse con los que tiene al lado. La individualización de las relaciones laborales y la competencia entre trabajadores surge de los juegos autónomos que se desarrollan en el taller. Burawoy considera que ese mecanismo permite mantener el consenso estructural mediante la exacerbación de una cultura competitiva para ver quién demuestra mayor iniciativa.

Cualquier juego, aclara Burawoy (1999: 114), solo puede interesar si queda al alcance de los implicados. Cuando las soluciones son muy difíciles, cuando, por el contrario, son muy fáciles o cuando los resultados dejan de interesar, la

implicación en el juego decae. A nivel macro, los juegos no afectan al sistema de poder en la empresa, pero a nivel micro permiten apasionarse en competiciones estratégicas.

Bourdieu (1997: 241-244) analizó un problema similar al de Burawoy en un breve texto donde recuerda que el trabajo se encuentra siempre entre dos límites: el primero es el trabajo forzado por la presión externa y el opuesto, el trabajo de creación surgido del deseo interior del artista o el intelectual. El juego representa una solución de compromiso entre estas dos formas de trabajo. Un espacio coactivo, debido a cierta cultura de gestión de la mano de obra, abre un espacio a la creatividad personal. Una actividad laboral puede percibirse desde fuera como explotación. Desde dentro, sin embargo, y cuanto más la domine el trabajador, puede experimentarse como un lugar para probarse a uno mismo frente a los demás y recomfortarse con la gratificación simbólica. Cuanto más se considera realizado el trabajador en su puesto, cuanto más se acomoda éste a su “vocación” (social y sexualmente condicionada, nos dice Bourdieu), más tendrá la impresión de trabajar para sí mismo y menos para el beneficio de su empleador.

No resulta difícil comprender cuán apasionantes pueden ser los juegos estéticos entre trabajadores y, específicamente, entre trabajadoras. Pero, ¿en qué consisten los juegos estéticos? ¿Qué dimensiones incorporan? Según *El País*, la Sociedad de Cirugía Plástica de Cataluña, recibe cada vez más demandas de personas que buscan avanzar en el mercado de trabajo (Mars, 2012). Pero, ¿imperan idénticas normas en todo el mercado de trabajo, sin diferencias por puestos o condiciones laborales? Veremos que no, aunque en primer lugar que si como titula el artículo referido “empresa busca guapo”, se impone aclarar qué significa sociológicamente ser guapo y qué tipo de modalidades de belleza imperan en cada puesto de trabajo.

Enrique Gil Calvo ordenó las dimensiones de los juegos estéticos en torno a tres ejes. Un primer eje, el del atractivo sexual, recoge todas las actividades destinadas a modelar el cuerpo (desde el deporte al peinado pasando por la cirugía estética). El segundo eje, normativo, muestra que la persona da una imagen adecuada, que va limpia, a la moda, que parece joven. En suma, que se arregla como corresponde a un determinado sistema de normas variable según espacios sociales y, específicamente, laborales. En tercer lugar, la persona debe expresar su estatus, su posición social y debe hacerlo de la manera más natural posible, es decir, debe incorporarlo, mostrándose poco artificiosa.

Gil Calvo (2000: 21-22) introduce en el segundo eje la delgadez, y no puede acertar más. La delgadez como norma cultural no tiene por qué corresponderse con el atractivo sexual y de hecho puede haber una disociación entre ambos. Cada eje puede influenciar a los otros pero no los determina completamente. Podemos imaginar que la juventud, presente en el segundo eje, puede ser requisito de cierta identidad social: por ejemplo, determinadas mujeres se consideran poco menos que degradadas en su identidad si no entran en una talla 38 -los diseñadores de las cadenas de moda, lo saben muy bien y lo promueven, como se comprobará. El atractivo sexual, del primer eje, condición de la hipergamia matrimonial, puede convertirse en requisito de la identidad social de ciertas esposas pertenecientes a ciertos grupos sociales. Pero, por ejemplo, una mujer exclusivamente guapa entre las clases altas, puede convertirse en ejemplo de una naturaleza indebidamente premiada, sobre la que recae la sospecha de ser una buscona sin facultades: debe por tanto, vestirse según su puesto y mostrarse natural en él, en suma, corregir la parte más "natural" de su belleza. Del mismo modo, una persona correcta, delgada, a la moda, sin ningún encanto natural, ofrece el poco estimable prototipo de la pequeñoburguesa esforzada.

Gil Calvo (2000: 43) considera que el eje de la identidad social (tercero) permite sintetizar el eje sexual y el eje de la corrección. La naturaleza (siempre sospechosa de aportar ventajas inmerecidas) y la corrección estética de la misma (susceptible de ser considerada esfuerzo sin verdadero brillo), deben, para funcionar sin desequilibrios, amoldarse en una manera de ser donde la persona se muestra como debe y de la manera en que debe, una mujer que elige como debe y que por tanto ha sido elegida con merecimiento: en suma, una mujer elegante. Podemos imaginar múltiples combinaciones y posibilidades que sólo adquieren sentido si se las refiere a contextos sociales concretos, y a los que aquí nos interesan, contextos laborales.

Pero recuperemos una pregunta que hemos abandonado y que antes ha sido enunciada: a través de esos juegos, ¿las mujeres están verdaderamente dominadas? Si imaginamos la dominación como una relación completamente asimétrica entre un agente y un paciente, evidentemente no. Las mujeres no sólo compiten con otras mujeres sino que, jugando con su imagen, pueden lograr determinados objetivos, por ejemplo, en el acceso y la promoción profesional -tal y como le sucedía a los trabajadores analizados por Burawoy.

El capital erótico y las formas de poder

En este punto, se impone evocar el trabajo reciente de Catherine Hakim (2012) que mantiene posiciones inversas a las defendidas por Naomi Wolf. Hakim defiende la existencia de un capital erótico que no puede ser reducido a otras formas de capital (en concreto, a las tres definidas por Bourdieu: económico, social y cultural). El capital erótico no puede ser adquirido con ningún otro tipo de capital, si bien el dinero, la cultura y las redes sociales pueden aumentar el

encanto de una persona. Pero puede ser, añade Hakim, que una persona completamente desposeída disponga de un enorme capital erótico.¹⁵ Para Hakim el patriarcado, apoyado inadvertidamente por cierto feminismo (por ejemplo, podríamos decir, el representado por Naomi Wolf), ha contribuido a estigmatizar la belleza femenina y el atractivo. De ese modo, han impedido que las mujeres hagan valer todo su poder y promuevan un reconocimiento explícito de su capital erótico. Los hombres son los grandes beneficiados porque disfrutan del atractivo femenino, manteniéndolo socialmente estigmatizado. El cultivo abierto del capital erótico, con el consiguiente reconocimiento salarial en el mercado de trabajo, permitiría la movilidad social ascendente de muchas mujeres. Pero antes habría que destruir todos los discursos despectivos sobre el cuerpo y animar a las mujeres a explotar sin rubor sus encantos: “En el siglo XXI, el valor del capital erótico de las mujeres equivale a grandes rasgos al de su capital humano como medio para vivir bien” (Hakim, 2012: 147). Lo que en Wolf y en Bourdieu era dominación -en la primera sin matices, mientras que en el segundo permitía acceso a una parte subordinada en la división sexual de la dominación- en Hakim se convierte en emancipación.

El debate surge desde posiciones filosóficas muy encontradas. El modelo de Wolf y el de Bourdieu es historicista y constructivista y, por ende, consideran que el interés femenino en la belleza depende de relaciones sociales de poder: en el primer caso, patriarcales mientras que en el de Bourdieu, también de clase. Hakim (2012: 78-79), por su parte, considera demostrado un déficit sexual masculino que requiere continuamente satisfacción erótica y que coloca a las mujeres en una situación de privilegio. El capital erótico de las mujeres se

¹⁵ Bourdieu (1979: 215) admitía también dicha posibilidad, aunque Hakim no lo reconozca: la herencia biológica, con su belleza “fatal”, podía trastornar las jerarquías sociales. Los ricos pueden ser bajos y feos y los pobres altos y guapos.

encuentra pues más revalorizado que el de los hombres y eso abre enormes posibilidades de negociación ante los hombres en el mercado de trabajo.

Un trabajo como el nuestro, centrado en el capital erótico en el trabajo, no tiene por qué tomar una u otra posición. Quizá baste con diferenciar entre un poder basado en recibir consideración en las relaciones cotidianas (en el que el atractivo juega un papel de primer orden) y un poder basado en la capacidad de conseguir los objetivos buscados. Esta diferencia nos permitirá organizar nuestro material, para intentar responder a la cuestión del poder, diferenciando entre el tipo de reconocimiento estético que permite, incita o reclama cada ámbito de trabajo (poder como deferencia) y el tipo de recursos que, en dichos entornos organizacionales, permite adquirir dicho poder (entendido como capacidad de alcanzar objetivos con su aspecto estético). Los juegos estéticos, por ejemplo, permiten reconocimiento situacional y pueden o no producir ascensos, mejores sueldos y mejor estatus social.

Lo veremos respecto de cada tipo de empleo. Exploraremos empleos de venta al público y en los que la imagen de la trabajadora puede jugar un papel relevante. No son empleos definidos por un cuerpo profesional que les adjudique tareas bien definidas. Se desarrollan en sectores con escasa o nula presencia sindical (excepto en un caso, que presentaremos al final) y con una fuerte individualización de las relaciones laborales. Semejante modelo de gestión empresarial condiciona la posibilidad misma de los juegos estéticos. Ordenaremos estos juegos teniendo en cuenta las tres dimensiones recogidas de Gil Calvo y veremos cómo interacciona la belleza corporal, la corrección estética y qué tipo de identidad permite mantener en cada tipo de empleo. Tendremos en cuenta la idea de Bourdieu de que las expectativas de las trabajadoras condicionan su tendencia a abrazar las posibilidades del puesto.

Evitar la reducción brutal al aspecto físico

La primera posibilidad que nos encontramos es la de trabajos que requiere escasas competencias técnicas y que no promueve los juegos estéticos. Evidentemente, estos pueden producirse en cualquier situación. Randall Collins (2004) insiste en que cualquier espacio de interacción permite juegos de dominación situacional en que el valor estético de un individuo puede acoger a otros de mayor status. Pero para que exista un mínimo de juego en el trabajo, que sea algo más que una experiencia efímera, los puestos de trabajo tienen que tener ciertas condiciones de estabilidad y el empleador acordar cierto valor a las trabajadoras. Cuando estas son tratadas como material intercambiable, sin consideración técnica o estética, los juegos no pueden emprenderse, ya que falta la mínima seguridad para el desarrollo de la competición: la incertidumbre, debido a la fragilidad del empleado, resulta demasiado alta para iniciarlos y, de acuerdo con Burawoy, el juego es imposible.

E7, estudiante universitaria, tiene una larga trayectoria en los trastornos alimentarios y presta una atención permanente tanto a su morfología corporal como a su indumentaria. Podría pensarse que cada interacción laboral, E7 tendería a definirla en términos de competencia estética, algo, por lo demás, que hace a menudo en otras áreas de su vida. De hecho, en coherencia con sus disposiciones, aprovechará su trabajo para saltarse comidas, al no tener ninguna vinculación afectiva ni sentirse presionada por la mirada de las compañeras. Fue reclutada por una Empresa de Trabajo Temporal para trabajar de manera estacional en un hotel. La ETT empleaba fuerza de trabajo sin cualificación en el oficio de camarera: tampoco con características estéticas relevantes. La empresa, por lo demás, solo pedía un mínimo de corrección formal y aseo. Por lo tanto, ni le interesaban las cualidades físicas de las trabajadoras ni le importaba

proporcionarles identidad alguna como empleadas de la empresa (más allá del mínimo de servicio al cliente) y tampoco aspiraba a brillar como una empresa que contrata trabajadoras con estilo o elegancia especial. La mínima seguridad laboral se compagina con la mínima corrección formal que, se impone, como corresponde a una relación laboral a corto plazo, de manera autoritaria:

Había gente de todo tipo. Gente gordita, gente fea, gente guapa. En la ETT, te llaman y no tienen en cuenta nada. Lo único, lo de quitarme los zarcillos, eso sí. Me acuerdo una vez en el hotel Barceló, que me dice el maître: "Esos pendientes te los quitas", y digo: "Ya, pero es que no puedo, es que los tengo atascados", "pues te los quitas", digo: "¿Tiene un alicate?, porque yo me los quito con el alicate cuando no puedo. "Qué, ¿te estás, cachondeando de mí?".

Ello no obsta, evidentemente, para que las personas no se sientan sometidas a evaluación estética. Cuanto más frágiles son las condiciones laborales de las trabajadoras, más aumenta la posibilidad de que se vean reducidas a su dimensión más física.¹⁶ El nivel de respuesta se encuentra muy limitado si se quiere conservar el empleo y los juegos que pueden establecerse son, exclusivamente, de evitación. Las relaciones estructurales de poder son tan fuertes que la capacidad de respuesta es muy débil. No hay un juego estético, lo único que existe es la posible reducción de la empleada a material disponible para la clientela. El "juego" consiste en escurrirse:

*-¿Tú crees que el físico juega algún papel en el trabajo de camarera?
Hombre, en el que yo estaba no. Más de una vez me han dicho cosas y me han cogido el culo. Me han dicho: "Qué buena estás", "qué culo tienes".
Y yo decirles: "¡Caballero, por Dios!"
-Eso los clientes...*

¹⁶ La referencia a la falta de respeto entre los clientes de la hostelería aparece también en un grupo de discusión.

Claro, los clientes. Lo del culo fue en una comida de empresa que hubo, que era un salón y estaban ya a gusto todos y ¡plas!, me dieron en el culo. "Me voy a callar, porque si no, la liamos".

En condiciones de máxima degradación laboral, sólo puede jugarse a evitar la reducción a objeto sexual. Poco puede sacarse de la exhibición física en empleos estacionales y sin continuidad. La acumulación de capital erótico -que requiere, como mínimo, un cierto tiempo- resulta imposible, máxime cuando los juegos que pueden establecerse con los clientes no resultan de interés para la propia trayectoria profesional.

E8 recordaba una experiencia menos traumática. También con trastornos alimentarios en aquel periodo, el trabajo en un bar era un simple lugar donde hacer dinero rápido y del cual extraer alguna gratificación estética, aunque escasa: la de atraer las miradas de los clientes, pero sin buscar (pues su proyecto era terminar los estudios de Bellas Artes) mayor implicación:

¿Dónde trabajas de camarera, cómo es el trabajo de camarera?

Pues trabajo en un bar de tapas, y es bastante estresante. Me pagan tres euros la hora, o sea súper-mal, súper-explotada, pero me siento bien porque es un trabajo que a mí no me hacía pensar absolutamente nada, un trabajo que llegas, lo haces, te vas a tu casa y ya está. No tienes que seguir pensando que tienes que entregar tal o que tienes que hacer cual. Entonces en esa época me siento bien, gano mi dinerillo, trabajo de camarera y punto.

¿Tiene algún efecto físico el estar detrás de la barra, el que la gente te mire y así?

Pues tiene un efecto, para mí placentero, porque a mí siempre me ha gustado que me miren y me ha gustado no pasar desapercibida

Naomi Wolf recordaba que el requisito de belleza profesional exigía de las trabajadoras cualificadas ponerse al nivel de las profesionales de la exhibición, sin

que eso supusiera anular sus otras competencias. En puestos no cualificados e inestables, las trabajadoras, a lo sumo, pueden verse reducidas a objeto sexual efímero. En tales intercambios fugaces y groseros, el único juego consiste en evitar las agresiones.

Los costes económicos y psicológicos de asimilarse al ambiente

Los dos empleos, descualificados, con rotación constante de trabajadores y bajos salarios, que acabamos de analizar no despertaban interés alguno en las implicadas. Trabajos similares pueden proponer oportunidades más interesantes. Procedentes una de la clase obrera (E5) y otra de la clase media alta (E12), fueron contratadas en sendos pubs y, en ambos casos, su aspecto físico fue la condición del reclutamiento. Accedemos entonces a un nivel de cualificación estética para un trabajo (poner copas) que requiere escaso aprendizaje técnico. Cuando accede al trabajo, E12 tiene una trayectoria de más de 10 años en los trastornos alimentarios, mientras que a E5 se le desencadenan en ese periodo. Según E12: “Me lo dijeron clarísimamente: “Te contrato porque estás buena”. Me lo dijo además un chaval del que yo luego me decepcioné muchísimo porque era todo hipismo, todo rastafari y luego al final pues primaba lo mismo para todo ¿no?”.

Con decepción o sin ella, reconoce sentirse admirada por los clientes y sentirse bien detrás de la barra. Porque mientras mantenga su cualificación estética (“estar buena”) y la persona se involucre en ella, el puesto de trabajo le pertenece. En esa época había adelgazado y comenzó a iniciarse en la cosmética: la corrección física y estética se acentúan. Idéntica experiencia tiene E5, gratificada también por la pérdida de peso y su inmersión completa en el ambiente nocturno,

en el que la otra entrevistada tenía mayor experiencia. El trabajo también aumenta su consumo estético:

-¿Cómo era el trabajo, qué hacías allí?

Ponía copas.

-¿Te gustaba?

Sí, me gustaba. Con 24 años pues te lo pasas bien. Pero eso yo y cualquiera. Ahora mismo no aguanto la hostelería ni muerta. Pero en ese momento fue divertido.

-Ese trabajo lo buscaste, ¿por qué razón?

Hombre, porque necesitaba dinero... lo encontré y ya entras en el círculo vicioso de que trabajas, de que ya tienes tu dinero, de que te compras tu ropita...y ya está.

-¿Cómo invertías ese dinero, en qué lo gastabas?

En tonterías, en tonterías. En ropa. Yo cuando terminé de trabajar no tenía ni el carnet de conducir.

-¿Te comprabas mucha ropa?

Sí, todo era un culto al cuerpo, era la hoguera de las vanidades.

La identidad estética se componía del modo siguiente. Físicamente, condición de entrada en el trabajo, las personas no son (como en el caso de E7) sujetos de interacciones fugaces, sino participantes de primer orden en la interacción. La corrección estética se impone y se incrementa y la referencia son los clientes: la obligación de las trabajadoras es animar la efervescencia colectiva. En ese contexto, los juegos estéticos con las otras trabajadoras son permanentes.

Sin asumir ese papel, no pueden continuar en su empleo. Participan así de la cultura de la parranda, que ofrece una identidad fuertemente individualizada y es uno de los lugares por excelencia de exhibición estética o erótica. La competencia estética, medida por su capacidad para impactar en un mercado abierto de cuerpos, puede alterar la distribución de recursos existente entre los individuos. Da igual que se sea obrero o juez, si no se sabe bailar bien, vestir con estilo o no se pueden marcar abdominales, el efecto causado en interacciones fugaces será escaso. Una situación informal, como la que se genera en un pub, privilegia la apariencia física y la energía. Ambas permiten convertirse en un centro de atención, en la medida que sea uno se imponga frente a posibles competidores (Collins, 2004: 274-275, 368-370). Así, valoriza la actividad empresarial y se valoriza a sí mismo ante ella. En esas coordenadas, el puesto de trabajo se convierte en lugar de acumulación de capital erótico susceptible de intercambiarse por mejores salarios y mejores condiciones laborales.

Reuniendo cualificación física, arreglándose *comme il faut* y proponiendo una identidad de marchosa, tales espacios pueden servir además de lugar de contacto con personas de status social más alto y en ese sentido favorecer la hipergamia relacional, ya sea sexual o matrimonial. Buena parte de la clase media y trabajadora asimila las clases dominantes a la vida de los famosos, profesionales bien pagados de la industria del espectáculo o del deporte. Pocos piensan en la elite financiera, en los grandes inversores o en los empresarios, individuos que pasan su tiempo implicados en su trabajo y con escasas y muy escogidas -pues en ellas se continúa haciendo negocios- ocasiones para el esparcimiento. La cultura de la parranda -con sus juegos de exhibición y su alto nivel de consumo- constituye una copia de esa vida. Copia, muy pálida, pues para mantenerla faltan los ingresos de los famosos y sus variadas redes de consejeros financieros, deportivos, estéticos (Collins, 2004: 266-267).

El poder situacional que conocieron nuestras dos entrevistadas no recompensan a largo plazo sin ciertas condiciones estructurales. Los salarios son escasos, los empleos precarios (a menudo sin contrato y, por ende, sin respeto alguno por los derechos de los trabajadores) y los gastos económicos muy altos de las trabajadoras (como se ha comprobado, mantener la apariencia estética exige convertirse en grandes consumidoras) para insertarse en el ambiente. Tampoco los costes psíquicos son magros. Según E5:

Me despedí yo porque estaba hasta las narices: yo no estaba bien. Yo tenía un problema de conciencia que me moría. Y eso, dejé de consumir... de consumir jueves, viernes, sábado y domingo. Pasé a decir: "ya no consumo más". Llegó un momento que dije que no iba a consumir nunca más, porque vamos, que no... Vamos, ni intenciones ni ganas.

-¿Qué consumías?

Cocaína

-¿A ti te parece que había alguna relación entre el consumo de cocaína y el dejar de comer?

Yo creo que hay un poco de relación (silencio) porque... en realidad la cocaína yo creo que te afecta psicológicamente un poco... algo tiene que afectar. Porque cuando tu vives en los mundos de Yuppi y te das cuenta pues no se, si antes has tenido depresiones, pues yo creo que algo afecta...

-Pero, ¿tú veías que tuviese algún efecto?, ¿te daba ganas de comer, te las quitaba?

Te las quitaba, a mí me las quitaba. Yo estaba de jueves a domingo de fiesta y decía: "Bueno pues así no como", ¿sabes?, ya era también un aliado. El no tener hambre te hace sentirte bien. Es que yo no comía en todo el fin de semana nada.

-Y eso, entre la gente con la que tu relacionabas...

Todo el mundo hacía lo mismo

-Nadie te decía: "Ten cuidado"...

Al contrario... todo el mundo hacía lo mismo.

La experiencia de E5 no varía un ápice: "Estuve pues todo un verano de desfase total, total, total, de muchísima droga hasta que un día prácticamente me caí". En su caso, además, obstaculizaba sus proyectos intelectuales. Y es que este tipo de empleo exige una implicación casi total de la persona: de su cuerpo, de su consumo, de sus horarios cotidianos (fuertemente condicionados por turnos y los efectos de la parranda). Una vez que se pierde la integración efusiva en el parrandeo, el empleo adquiere fácilmente los perfiles de la explotación.

Un lugar como especialista en la cadena de la moda

La literatura sociológica sobre el trabajo estético se refiere a una elite de trabajadores empleados en las tiendas de moda. Su cualificación estética se encuentra segmentada según la edad, el sexo y el estilo de vida del público con el que se relacionan. Las vías en las que se produce trabajo estético y el grado de sofisticación de éste dependen de las características del producto que venden y del grupo social al que se dedican (Pettinger, 2004: 178-179). En ese sentido, cualquier trabajadora puede concebirse como un eslabón en el mundo de la moda y, por tanto, el representante de un entorno especializado en el mundo de los profanos. La identidad que proporciona una tienda de moda puede ser muy valorada empezando por las propias relaciones cotidianas.

La trabajadora más antigua que hemos entrevistado (E1), hija de obreros rurales y que comenzó a trabajar en 1968, explica el prestigio que le proporcionó su trabajo en su medio cotidiano. Si comparamos su situación con la de una

modelo de alta costura puede parecer insignificante, pero las personas, so pena de hundirse en la depresión, no miran el mundo desde la visión de los privilegiados. Desde ellos, todo parece, como diría Bourdieu, *miseria de posición*. Pero también, y gracias al contacto con ellos, aunque sea en cadenas lejanas de interacción (las que hay entre un diseñador, una modelo y la persona que vende su ropa), las personas gozan de *privilegios de posición*¹⁷. Recordemos la diferencia estadística, en lo que a estética se refiere de los dependientes y los cajeros respecto de otros trabajos obreros. Una trabajadora en una tienda de moda es una profesional de la corrección estética y E1 asesoraba a todas las mujeres del barrio obrero donde vivía, recomendaba qué conjuntaba bien o no, informaba sobre y proponía oportunidades de hacerse con ropa exclusiva a buen precio. Ese capital simbólico, con el que E1 engrandecía a su empresa y se engrandecía ante sus vecinas, explica el interés por el proselitismo estético y sus compensaciones: había oportunidades para distinguirse ante las propias compañeras, ante las clientas, incluso entre el entorno cotidiano, transformado de ese modo en clientela, ante las trabajadoras de las tiendas de la competencia (su almacén local de moda acabó hundido en la justa con el grupo Inditex).

La corrección estética de E1 elevaba su belleza física: cuando salían de trabajar las compañeras de la tienda los sábados por la tarde, se formaba un pequeño alboroto de amigos y pretendientes. Esa corrección mejoraba su respetabilidad social. Habitual de las movilizaciones obreras y políticas de los años 70, la Guardia Civil y la Policía solían abrirla paso y saludarla impresionados por su donaire, lo que incrementaba además su prestigio entre sus compañeras y compañeros.

¹⁷ Sobre esta cuestión véase Grignon, Passeron (1989: 133-134).

Sin cierta cultura de empresa, dicha experiencia hubiera sido imposible. En primer lugar, su tienda tenía el monopolio de la moda en la ciudad donde vivía. En segundo lugar, a las trabajadoras se las reclutaba muy jóvenes (ella entró con 15 años), el empleo era estable y tenían una tarea especializada: E1 señala con orgullo que ella no cobraba, sólo vendía y que en su tienda “se enseñaba a vender” para que la clienta quedase satisfecha. El criterio estético con el que asesoraba a sus clientas choca con el que considera que hoy se impone como dominante:

Lo que ves ahora es a mucha chica imposible con minifalda.

-Y, eso antes no ocurría...

No sé, a mí me da la sensación de que no. De que antes se vestía con más gusto. Antes la gente se ponía lo que le iba bien a su cuerpo, no porque se lleve. Ahora, a mí me da la sensación de que, si se llevan legis, todo el mundo lleva legis. La de quince años, preciosa o la de quince anoréxica y la de sesenta como una foca. Creo que antes se cuidaba más la imagen, de ponerse lo que queda bien y no lo que se lleva. Yo trataré de ir vestida a la moda, pero lo que me quede bien. Si yo mido metro y medio, no me pondré esas camisetas largas que se llevan ahora, con una goma. Porque como que no. Me pondré un vestidito, o me pondré una camiseta a mi cuerpo. Que me quede bien. Yo sé que con la ropa al cuerpo, yo estoy mucho más mona. Porque con quince estaría graciosa, pero con cincuenta y ocho y metro y medio, pues no.

La corrección estética era más importante que la exhibición del físico y de ese modo se acercaba a lo que sucede en la alta costura. En ésta, la relación con el cliente determina completamente la ropa, frente a la dinámica de las tiendas de moda contemporáneas, en las que según E1, los clientes deben encajarse en los atuendos. La diferencia, sin embargo, es notable: la alta costura, con su relación personalizada, permite definir los tejidos, sus cualidades, en función de sus recursos económicos. Lo explica E21, diseñadora de alta costura:

Cuando hago un vestido de noche yo solo diseño para esa clienta, ella viene y yo le muestro mis telas, mis bordados, mi pedrería, y le diseño en base a ella y a sus necesidades. Ella me comunica lo que quiere, que es diferente ¿no? Por eso también se cobra mucho más caro, una cosa que se hace especialmente para uno que no lo va a tener otra persona. Cuando yo hago ropa pensando en un grupo yo la diseño y la pongo en una tienda o en tiendas multimarca para que se vendan y la gente va a venir y les va a gustar lo que yo hago porque yo se a quién estoy vendiendo.

Cuanto más se asimila la tarea a la creación personalizada (cúspide en el campo de la moda), E1 se siente con mayor cualificación profesional. La clave de las interacciones no se encuentra en las situaciones sino también en sus conexiones con modelos estructurales de diferenciación procedentes de un campo especializado (la alta costura). El juego estético y profesional consiste en, con las condiciones que se tienen, asimilarse a un trabajo de creación. La implicación aumenta con la introducción de pequeñas diferencias que tienen como ideal regulativo una actividad de elite.

En tercer lugar, el jefe, un hombre muy conservador, gestionaba la empresa como si fuera una familia permitiendo ciertas desviaciones (por ejemplo, políticas) siempre que se asegurase la lealtad a la empresa, algo garantizado porque la empresa había formado su fuerza de trabajo desde muy joven. La empresa fomentaba almuerzos en común de las trabajadoras. Esa medida tan sencilla imponía ritmos de alimentación compartidos -lo que cancelaba muchas condiciones de posibilidad de las desviaciones alimentarias- y fomentaba cierta cultura de ajuste físico común entre las empleadas. De hecho, las desviaciones alimentarias cuando surgieron fueron detectadas muy pronto y movilizaron el apoyo y el cuidado del conjunto de las compañeras

Teníamos hora de almuerzo de cuando entrábamos a las nueve. Nos comíamos cada bocata mortal. Y cuando hacíamos almuerzo de cumpleaños,

hasta arriba. Luego, el resto de días: manzana. Había alguna que no almorzaba. Pero en general, sí. Siempre teníamos almendras, pastas, bombones. Las clientas nos traían muchas cosas.

Aunque la emulación corporal estaba presente, la empresa de E1 fomentaba, sobre todo, juegos de corrección estética, que permitían a las trabajadoras prestigiarse ante las clientas y ante sus amistades. La inseguridad laboral era mínima (de hecho E1 saldrá de la tienda cuando esta cierre, 40 años después, por quiebra) y las innovaciones de las vendedoras, sus juegos, consistían en asimilar su actividad al modelo de la alta costura. Una vez asumida esa identidad, su capacidad de mejorar salarialmente pero también de revalorizarse simbólicamente en su labor era posible. El poder de impacto estético y el de especialización profesional a largo plazo florecían en esos marcos estables donde el patrón gestionaba la empresa como una familia.

Indeterminación de funciones y cualificación estética

La división de funciones dentro de la tienda proporcionó a E1 una identidad como trabajadora especializada que le otorga poder en las interacciones con los clientes. Los juegos de distinción estéticos quedaban garantizados estatutariamente por funciones reconocidas en la organización. Sigue siendo aún la experiencia de quienes trabajan en comercios familiares. E17, hija de un viajante de comercio y de la propietaria de la joyería en la que trabaja a media jornada, con estudios universitarios, compara su control sobre la clientela en la joyería con el que conoce en el bar donde trabaja el resto de la jornada:

Yo por ejemplo, en la joyería llegan los clientes y todo es ideal: "Aconséjame, y esto me queda bien, y esto me queda mal, y no sé qué", Vitorio y Lucchino soy ¿no? Luego por la tarde llego al bar, a mediodía, parece que

me transformo y bueno, te tratan: "a ver, el agua...que no sé qué...", te quedas así y dices: "Bueno, seré la misma, porque prácticamente todo es en el mismo barrio" (GD1).

El reclutamiento en las tiendas de moda prioriza hoy sin embargo la adaptación completa a las exigencias de la empresa pese a que la competencia estética se supone y la trabajadora debe adquirirla por su cuenta -lejos de la formación completa que recibió E1. E6, con amplia experiencia en el sector y responsable de la selección de personal en una importante cadena cosmética, rememora cómo fue seleccionada para explicar cuáles son sus actuales criterios de selección. En primer lugar, la competencia estética con las candidatas suponía cuidar su físico y presentarse ante los empleadores con un atuendo adecuado: capaz de transmitir la identidad de alguien sofisticado, sin exceder los marcos de las tareas para las que se le contrataba, pero a la vez discreto, esto es, elegante:

Siempre te fijas "¿iré mona?, ¿no iré mona?, ¿voy bien vestida?, ¿voy adecuada?, ¿me pinto poco?, ¿me pinto mucho?". Cuando llegas allí lo primero que haces es fijarte también en la gente que hay allí: por ejemplo "pues qué mona viene" ¿sabes? Siempre he intentado ponerme lo más acorde posible, discreta y eso, yo recuerdo siempre muchos nervios.

E1 fue reclutada muy joven y formada en la empresa. Por el contrario, E6 intenta demostrar a sus empleadores una biografía acorde con las necesidades del empleo. La persona tiene que saber lo que la empresa quiere en un espacio de competencia con múltiples concurrentes. El trabajo físico, vestimentario y el estilo de la candidata tiene que penetrar un habitus -la jerga neoliberal hoy expandida hablaría de capital humano- como el que la empresa necesita.

Sí yo iba a una entrevista pues una semana antes elegía la ropa y si no encontraba nada pues me iba de compras. Pero eso siempre, siempre mirando

el último detalle, eso yo personalmente. Me acuerdo que para H&M llevaba una camisa amarilla. Porque era primavera-verano, llevaba una camisa amarilla de manguitas cortas, con mi pantalón vaquero, mis zapatos amarillos y mi bolso vaquero de mano. Hombre y más para el mundo de la moda, porque no voy a ir en chándal, no va acorde.

E6 es una persona muy delgada, procedente de una familia de empresarios agrícolas medios y que conoció una alarmante pérdida de peso cuando entró a trabajar en una tienda de moda. Permanece desde entonces en vigilancia psiquiátrica y consume ansiolíticos. Viste siempre ropa muy ceñida y, según su propio testimonio, su entrega al trabajo hace que pueda pasar buena parte del día sin probar bocado.

Cuando comienza a hablar sobre cómo selecciona a las trabajadoras, nunca se le pregunta sobre si tiene en cuenta la corpulencia de las candidatas. Sin embargo, ella lo saca dos veces en su discurso, aunque sea para rubricar que entre el físico y la corrección estética, opta claramente por lo segundo. En cualquier caso, el límite máximo y mínimo lo indican dos exclusiones: por debajo de la 34 quizá solo esté ella y por encima de la 46 parece existir los cuerpos parecen prohibidos en su tienda:

Yo lo que exijo, no es tanto el aspecto físico, sino la higiene personal y el detalle. Porque no es lo mismo que yo vaya de una forma descuidada, el pelo mal o sin maquillar o en chándal, que si yo voy maquillada o peinada y voy acorde. Pero tengas una talla 34 o tengas una talla 46, da exactamente lo mismo.¹⁸

¹⁸ Según E2, en una tienda de moda, la que tenía una talla 40 se le acababa rajando el pantalón, ya que los pantalones proporcionados por la empresa eran muy prietos.

En su caso, las funciones estipuladas en contrato no definen el trabajo que realiza. Nunca se le ocurriría hacerlas valer porque sería un síntoma de falta de entrega a su empresa. Su empresa actual es la única que las ha fijado en contrato, el resto le enseñaba su trabajo en cursos de formación internos pero premiaban su versatilidad para hacerse cargo de cuanto se necesitase en la tienda. Remitirse a un contrato, ahora que se le especifican sus funciones, mostraría inconsciencia acerca del privilegio que se le ofrece.

¿En qué consiste el privilegio? La indeterminación de tareas permite negociar qué funciones extra se realizan, aunque siempre desde el supuesto de la entrega a la empresa: “Es un tira y afloja, tanto bien para ellos como mal para mí, como mal para ellos y bien para mí”.

Mi empresa actual es la única donde me han dado a firmar las funciones de una consejera, o funciones de una encargada. Eso es bueno para ti y para ellos, ¿por qué?, tú puedes decir que algo no lo haces porque no lo tienes firmado, que no creo que haya nadie [que lo haga siempre], porque si estás trabajando, por lo menos esa es mi mentalidad, tú tienes que preguntarte: “¿qué es lo que me está dando de comer?”. Yo por lo menos lo tomo como mío, si fuera mío yo haría cualquier cosa aunque no esté especificado en un papel.

Las antinomias del capital erótico y la degradación de la identidad como trabajadora

E2, nacida en una familia de agricultores, experimentó el impacto estético al entrar a trabajar en una tienda de Inditex. Las trabajadoras, a la vez grandes consumidoras, modulaban su cuerpo y, por tanto, se atenían al modelo demandado por la empresa tanto en lo físico como en lo estético. Tras 20 años de trabajo,

la delgadez de las trabajadoras aumentaba. Delgadez que representaba un estorbo para un trabajo que requería mucho vigor:

Bueno, el canon ha ido cambiando. Cuando yo entré se era más tolerante y había más variedad. Después se fue un poco más definiendo, era... estoy tratando de pensar en las... delgadas, pero tampoco, tampoco delgadez extrema, porque yo pienso que una persona con anorexia en Zara no sobreviviría, no sobrevive. Porque con el trabajo, el estrés y todo, yo pienso que no podría, o por lo menos al principio, o sea, que pudieran empezar allí el trastorno, vale, pero una vez que la enfermedad evolucionara no podrían estar.¹⁹ Pero bueno, sí es verdad que existe esta presión y este culto a la belleza. Pues eran chicas delgadas, guapas, pero más que guapas, cuidadas también ¿no? Cuidado del pelo, que les sienta bien la ropa, que lucen, sobre todo que lucen la ropa.

Vimos que el principal recurso estético de una vendedora consistía, como dice E6, en “vender imagen” de la firma en la que trabajas. Sucedió también en el comercio donde trabajaba E1 y comprobamos que, en éste, se apoyaba en la adjudicación de funciones específicas (“éramos vendedoras”, es decir, trabajadoras especializadas en el asesoramiento estético). También en una carrera laboral de futuro previsible que permitía amoldar el propio habitus al requerido por la empresa, hasta el punto en que la trabajadora se convirtiese en, términos de Bourdieu, constructora del capital simbólico de la empresa. La experiencia de trabajar en la moda ofrecía al público belleza física, sobre todo, corrección estética y, en conjunto, encarnación, en cada cuerpo, del estilo de la empresa.

E6 ha desmontado secciones sindicales en su empresa y considera dicha tarea acorde con la entrega absoluta al puesto que reclama. Sin control sindical y con la devoción hacia la empresa por condición, se inflan las obligaciones de cada trabajadora. El reclutamiento de personal parece fundado, de creer a E2, en la máxima capitalización estética y maleabilidad personal:

¹⁹ En el grupo de discusión 1, dos participantes narran la experiencia de personas que abandonan las tiendas de moda, incapaces de mantener el ritmo de trabajo, por trastornos alimentarios.

Yo he conocido casos de personas con mucha valía, que les han dicho claramente que no, que la estética no era la adecuada. Ya después de mucho insistir y no tener excusa, les han dicho que estéticamente no... que el perfil no es el que se espera, y no es precisamente porque a lo mejor fueran precisamente niñas más desaliñadas o más descuidadas, sino que no encajaban dentro de lo que era el perfil, pero no sólo estético, sino también el perfil de la mentalidad, del comportamiento. Yo recuerdo, por ejemplo, el caso de una chica que la era más tradicional, vestía más clásica, tenía sus formatos de pensamiento, las cosas muy claras, no se dejaba fácilmente manipular, entonces yo pienso que también hay un factor importante. Que formes parte de su código, de su...no sé cómo decirte...como algo religioso vamos, que ellos tienen como... no me sale ahora la palabra, como su Biblia ¿no?

¿Dónde se adquiere tal coyunda entre el requisito de belleza profesional y un indefinido estilo de empresa? En primer lugar, en la anticipación consciente de las trabajadoras a los requerimientos (como nos mostró E6). En segundo lugar, en el aprendizaje práctico adquirido en las empresas. En tercer lugar, en la cultura del parrandeo en la cual los cargos directivos de las empresas fortalecen sus hábitos comunes y evalúan las cualidades de cada empleada. En algunas empresas, según E33 (38 años, procedente de una familia de clase media, con más de 20 años de experiencia en el sector), se exige a las trabajadoras que luzcan la ropa de la empresa los fines de semana en los bares y discotecas de moda. En tales establecimientos se les invita a cuanto consumen y su presencia sirve para atraer clientes. La identidad de trabajadora guapa y delgada se concilia entonces con la identidad de potente consumidora. No son sólo las salidas diarias con los encargados, también las convivencias organizadas por las empresas donde -un muestrario de fotos en Internet permite comprobarlo- se refuerza la idea de vivir un estilo de vida ligado al mundo de la moda. E1 vio garantizada estatutariamente su cualificación estética. Con el nuevo modelo, la cualificación se produce por medio de dinámicas grupales e informales. Fuera, también, del horario de trabajo, lo que en el caso de E6 la lleva a renunciar a tener hijos y a

aceptar una vida conyugal muy menguada. Tras 20 años como vendedora, E2 - que ha estudiado, se ha casado y tiene un hijo- considera el mundo de sus superiores con la lejanía de una "secta". El poder estético es alto, pero el poder como capacidad de conseguir objetivos es nulo:

Tienes que asumir su canon, y tú te tienes que adaptar a lo que ellos te digan. Eso en las empresas privadas, y aún más en este tipo de empresas: no se trata de llegar a consensos, ni de opiniones, ni de nada. Ellos tienen marcados los objetivos y todo lo que es bueno para eso... Al final el objeto es el beneficio y hacen uso de las personas y tiene que adaptarse a lo que ellos desde arriba definen como sus líneas estratégicas o lo que sea. Es como una secta ¿no?, por decirlo de alguna forma. Y mientras más te adaptes a la dinámica de ellos, sobrepasa los límites del propio trabajo, porque la mayoría de gente que llegaban a ser encargadas eran los que se toman las cervecitas después fuera, y quedan y... van formando parte, de todo ese sistema, así, un poco mental, de forma de comportarte, de... Y al final, pues si vales y te adaptas, sigues. Aparte, la imagen, por supuesto. Las chicas que son encargadas casi todas tenían un perfil muy similar.

E2 tiene un estereotipo negativo de esas trabajadoras implicadas y que se parece mucho al desgaste enunciado por las dos trabajadoras de pubs. La presión estética que sufre una trabajadora sólo puede ampliarse en la cultura de la farra. El estilo de trabajadora implicada, consumidora y fiestera puede acabar poniéndote fuera de la circulación. Recuerda a una compañera de tienda:

Se trataba de una persona muy comprometidas con la empresa, con los encargados, con las salidas, desde ese punto de vista, era así, muy metida en lo que es la filosofía de la empresa, en cumplir con los objetivos, en todas las movidas de relacionarse fuera y dentro. Y en ese sentido, sí parecía marchar bien. Después, cuando hablabas con ella, sí notabas tú eso, el tema de la comida era como un poco raro. La suya era una delgadez exagerada.

El parrandeo no mejora el desgaste físico de la operaria multifunción. El modelo estético entra en contradicción con los efectos producidos por descargar los camiones, desembalar los productos, colocarlos y permanecer todo el día de pie

en jornadas de trabajo cada vez más largas. La primera pérdida de peso de E6, con 22 años, le permitió mantener la morfología física de la que presume ante sus compañeras y que complementó con una ampliación de pecho -que exhibe orgullosa en el vestuario: un cuerpo aún juvenil con un busto de talla 100. Revisando su experiencia actual, con 10 años más, cae en la cuenta de lo barato que se paga su trabajo y los cuidados de salud que requiere mantener, sin ayuda de la empresa, unas piernas sin varices:

¿Cuál es el problema nuestro? Pues circulación, varices. Porque varices tenemos todas, lo que pasa es que hay gente más propensa que otras, pero eso nos lo debería pagar un seguro, porque tarde o temprano la dependienta va tener varices. A lo mejor con veinte no, pero con treinta sí, y si no te salen con treinta, te salen con cuarenta, pero te van a salir. Luego las descargas de camión, nosotros no tenemos a nadie que nos descargue los camiones, los descargamos nosotras, y el colocar toda la mercancía, eso lo hacemos nosotras también. Entonces un día de camión tú terminas cansada, tú terminas reventada y agotada. ¿Un día que no haya camión?, también acabas agotada porque no paras de atender, moverte, porque tienes que hacer mil cosas aparte de vigilar para que no te roben y todo eso tu cuerpo cuando llegas a tu casa, a las diez y media o las once y te sientas en el sofá, pues ya... Hay mucho esfuerzo físico, eso es lo que no se ve desde fuera.

Las encargadas, que según E2, son las que ingresaron en “la secta”, se encuentran implicadas en los juegos estéticos. A estas alturas, podríamos decir que más de una le consagra el conjunto de su existencia. En primer lugar, acceden a los conjuntos más exclusivos y se convierten en referente del resto de sus compañeras. Además, su figura se convierte en centro de atención de las clientas más exclusivas. En ese momento, respiran empresa por su morfología corporal, su atuendo en la vanguardia de la moda y se convierten en el engarce de la firma, por una parte, con los juegos estéticos de las empleadas y, por otra, con las consumidoras:

El tema de la estética sí se habla abiertamente, si eres mona claro, si no eres mona pues se callan ¿no? Se habla si eres mona, si no, es tabú, no

se dice nada y ya está. A no ser que ella misma entre en la conversación. Y cuando te queda algo bien es como un premio ¿no?, se hace como cuando tienes guardada ropa ¿no?, y ahora te pruebas la ropa, si sabes que estás bien pues la enseñas para que todo el mundo te la vea: "Ay qué mona, ay qué bien, no sé qué", ¿sabes?. Después claro, la encargada yo pienso que es la más presionada, porque a ella le da la ropa la tienda pero la personaliza, ella puede elegir lo que quiera y puede cambiar, es el maniquí perfecto, entonces ahí sí que todo el mundo aspira a ser como ella, porque claro, la ropa que se pone la encargada todo el mundo se la compra, casi todo el mundo.

-¿Te refieres a las trabajadoras?

Sí, las trabajadoras. Le queda tan bien [a la encargada], que todo el mundo aspira a que le quede igual y si se compra...estoy pensando en una encargada a la que le quedaba todo monísimo. Pues esa encargada, lo que cogía se agotaba al día siguiente, pero se agotaba en la tienda, en la misma tienda, entre las trabajadoras. Y después los clientes igual, si a la encargada le quedaba algo bien, tenía que guardar cuatro prendas para sus mejores clientes.

Así, las trabajadoras y las clientas entran en conexión con los centros internacionales de diseño, situados en los distritos más exclusivos de Dubai, Los Ángeles, Nueva York, París o Tokio convertidos en escaparates del diseño. Ojeadores de las firmas los recorren y se inspiran en cuanto ven para producir conjuntos.²⁰ Los ojeadores importan no sólo un estilo de ropa, sino también un estilo corporal. Dependiendo de dónde están situadas sus tiendas, de la clientela típica de cada una, se proporciona una gama más o menos amplia y más o menos cara. Los juegos de distinción estética permiten ascender en dicho territorio y situarse cada vez más cerca de las clientelas más exclusivas y de las tiendas que ofrecen las gamas más en boga.

²⁰ Véase el documental Planeta Zara, de agosto de 2012.

Ese mundo roza mucho más la alta costura. Y, ¿con qué modelos corporales trabaja ésta? Como en el caso de E1, permite revalorizar el propio trabajo. Pero los rasgos de la alta costura no son homogéneos. De ellos, E1 admiraba la composición adaptada al cuerpo de la clienta. Puede retenerse por el contrario, y es el caso ahora, la capacidad de innovación permanente de modelos y el ajuste a cuerpos cada vez más exclusivos. E18 trabaja desde hace más de 20 años diseñando por encargo pero también realiza modelos en serie. El desgaste físico de sus clientas es enorme: “He tenido niñas que se me han desmayado aquí delante del espejo probándolas, y niñas que han ido a vomitar”. Lo achaca al patrón estético en boga a nivel internacional. Los criterios que se utilizan no tienen otra consideración que la pose ante la cámara y para ésta la talla 36 comienza a ser demasiado vulgar:

Los directores de agencias de modelos son tremendamente exigentes en ese sentido porque es una dinámica a nivel internacional. Esto es así en el mundo entero, no me preguntes por qué porque ni yo misma lo entiendo. O sea yo no puedo comprender que se vea a una niña escuálida y se le esté diciendo todavía que está gorda, como lo he visto en muchas ocasiones. Entonces eso es fomentar indiscutiblemente que esa niña si no tiene la cabeza lo suficientemente fuerte caiga en la depresión y caiga en la anorexia. Pero es una dinámica a nivel internacional.

¿Cabe decir, con Catherine Hakim (2012), que en ese juego aumentan su capital erótico y sus beneficios monetarios y simbólicos? Sí, sin duda, si nos cegamos ante dos realidades. La primera: los modelos de ropa y las morfologías corporales a los que se ajustan, importan estilos de vida en espacios sociales donde no se ajustan como un guante. Las tallas más restrictivas pueden amoldarse bien a una adolescente de *Beverly Hills* o a una broker de *La Défense* pero quizá resultan molestas en las culturas corporales de quienes se criaron en el medio rural. El precio de reajuste de los cuerpos, ya se ha visto, puede descarrilar por rutas mórbidas. La segunda: dicho reajuste debe congeniarse con

jornadas laborales fatigosas, frente a las cuales las empleadas solo pueden resistirse de una manera -si no quieren ser cesadas-: abrazándolas gozosamente como un destino anhelado. El poder de impacto en los rituales informales es muy alto, pero el poder de conseguir otros objetivos (desde una vida familiar soportable, hasta hacer algo más que descansar, restringir ingestas y/o hacer deporte) resulta muy bajo. Si se focaliza la atención en el primer tipo de poder, una se considera un eslabón en la moda. Si se concentra en el segundo, se descubre como el eslabón más débil de la cadena. La competencia lo sabe y por eso algunas eligen otros modelos de juegos estéticos y otras identidades. En suma, otros modelos de vivir.

Menos canon estético y más identidad laboral: el modelo de H&M

E6 trabajó en H&M y destaca ciertas dinámicas que singularizan a la cadena. En primer lugar, habilita una zona de descanso y un espacio para las comidas (que reúne cocina, microondas, frigorífico, máquina de agua, de refrescos, y de café gratuita) en los establecimientos y regula los horarios de las mismas. En ciertos aspectos recuerda a la promoción de las comidas conjuntas en la tienda familiar que empleó a E1.

En H&M sí teníamos marcado el horario de comida y también el del desayuno. Allí si trabajabas cuatro horas tenías derecho a un cuarto de hora de desayuno y no te lo quitaban después, y tu hora de comer también. Igual que aquí, si yo veo que alguien va a estar de 12 a 21 entonces si le pongo una hora o una hora y media, pero las niñas me dicen: "No, no, tú ponme lo mínimo. Porque ya que no puede irme a casa y tengo que estar en tienda [como en menos tiempo]", y así tienen más horas. De todas formas ellas se toman el que desean, porque a lo mejor primero se toman el café y luego comen, pero también yo soy consecuente y tengo que agradecerles que estén involucradas. Cómo les voy a quitar media hora si a lo mejor luego salimos a

las diez y media o a las once... entonces hay que darles una de cal y una de arena, todo no va a ser tirar para la empresa ¿sabes?

En otras cadenas, los horarios quedan abiertos a negociación y se permite la “libertad de elección” (no hace falta que digamos: fuertemente condicionada por empresas que valoran la “entrega”) de las trabajadoras y la negociación con las encargadas. Los señala E34, vendedora de 35 años casada y tres hijos, cuyo mayor miedo es engordar:

Moderador: antes os habéis referido al tema de la comidas, de si se saltan comidas, de... ¿cómo funciona eso?, la comida en el trabajo

E34: que no tenemos horario para comer, si tienes las ocho horas tienes que estar de corrido, si entras a las nueve o las diez, ya sales a las cuatro o las cinco y eso no es problema mío. Yo por ejemplo, ni almuerzo en mi trabajo ni meriendo, ya está también en mi encargada el decir, “niña, vete media hora que hay que ver que has entrado a tal hora y...”, pero me las quitan de mi jornal. Vamos a ver, yo no tengo ocho horas, yo no trabajo ocho horas, yo tengo seis horas. Pero hay veces, que yo estoy en la bolsa de trabajo, entonces hay días que tengo que echar más horas, tengo que echar ocho, y a lo mejor, como yo estoy en la bolsa de trabajo, si hay un día que hay mucho trabajo, yo no me voy a poner...ya está en mi encargada que es buena y me dice: “Niña, vete media hora”. Pero media hora, mientras que voy por la comida y me voy a comer, como corriendo, en cinco minutos, me tengo que bajar...que al final comes en cinco. Y luego el descontrol, que nunca es el mismo horario, que si yo quisiera hacer una dieta de comer mis cinco comidas, yo no puedo comer cinco veces, si a ti te llaman la atención por bajarte abajo, tienes que decir: “mira, voy al baño”, y a lo mejor te has ido a tomarte algo. Eso al final te afecta a tu salud, tu estómago, el estar siempre comiendo bocadillos eso también es un problema para tu salud, retén más agua porque nosotros nos tenemos que agachar para que el cliente no nos vea. Se te ponen las piernas así, tienes retención de agua, la circulación... y al final te afecta (GD1).

La presión patronal intenta recuperarse para el objetivo de adelgazar. La falta de tiempo hace que se recurra a restricciones poco reguladas y que la dominación

patronal se interiorice como una bendición La extensa transcripción que ofrecemos no necesita comentarios:

Moderador: vosotras pensáis, que todo esto que hemos hablado influye, por ejemplo, en enfermedades, qué sé yo, en depresiones, trastornos alimentarios... ¿cómo va eso?, me gustaría escucharos sobre eso

E33: Sí, sí, el estrés.

E32: Yo todo el mundo que hay a mi alrededor...todo el mundo

E33: Sí, sí, bueno, el estrés, depresiones... ¿por qué?, porque una mujer lleva trabajo, casa, familia, todo. Yo me levanto a las siete de la mañana y hasta la una no me acuesto, y yo es estrés...

E33: La alimentación

E32: La alimentación, no duermes porque te llevas tu trabajo a casa, insomnio...si te digo yo lo que yo tengo...

E33: Lo mismo, lo mismo tengo yo. Depresión, circulación...

E34: La circulación fatal, el pelo se cae

Moderador (se dirige a E33): Decías la alimentación

E33: Sí, porque como no tienes unos horarios para tú poder comer y un tiempo para tú poder comer variedad, pues es lo que dicen ellas, que siempre comes lo mismo y a deshora, entonces te trae problemas de que se te cae el pelo, de siempre el estómago tenerlo revuelto, siempre estás con hambre, estreñimiento

E34: es que parece que no comes por placer, comes por obligación, lo que sea y en el momento que puedes.

E32: yo me puedo llevar todo el día trabajando y no comer, ahora, en el momento que paro me lo como todo. Yo me he llevado trabajando y no he podido parar, a lo mejor un sábado porque he tenido que seguir, y yo no he comido

E34: es que no comes, una vez que tú sales de tus horas de comida, es que no comes. Tú sales a las cuatro de la tarde, y yo es que a las cuatro de la tarde no tengo hambre. Ahora, a lo mejor tú dices, me voy a sentar a cenar a las nueve de la noche y te comes una vaca

Moderador: y me preguntaba yo, ¿cómo se compagina el hecho de tener de estar delgada, existe una presión por estar delgadas, lo habéis comentado con diferencias en los diversos trabajos y así, con el hecho de comer mal?

E32: Dejar de comer, o comer todo a base de ensaladas...

E33: Yo que tengo estreñimiento, le pregunto a ella, "¿qué me tomo para ir al baño?", aparte sin comer, ¿qué parches para...?, y así...

E32: Es que aparte, por ejemplo, yo te digo que yo no tengo problemas en la alimentación porque es cuestión mía, si quiero comer o no quiero comer no puedo culpar a la empresa ¿no?, pero aparte sí que es verdad como dice ella, salgo a las cuatro y media, ha estado eso así, yo no tengo ganas de comer, de ver platos salir...no como, y por dentro digo: "bueno, no tengo hambre y además no como, pues eso que me ahorro y más delgadita me quedo", y es también por la cosa que tenemos también por dentro, que nadie me obliga, que no es la empresa la que me dice, "tú no puedes comer a tal hora", soy yo la que dice, "las cuatro y media, ya para qué voy a comer", ya es cosa mía, digo yo

E34: Pero aparte es que tú les ofreces, porque nosotras por ejemplo, compramos un paquete de galletas y lo tenemos escondido entre cuatro cajas y de vez en cuando dices: "toma una galleta", es como un insulto... "no, no, juy por favor!, no las tenías que sacar, yo no quiero ni verlas, yo no como" y luego te sientes mal si tú te has comido cuatro, te sientes fatal y ya empiezas con lo de: "anda ya, me siento culpable, coge una tú, venga ya..."

E33: Yo he comprado unas tortitas integrales, y de decirme la de enfrente, que va al gimnasio, tiene un tipazo, no sé qué, decirme: "no te puedes comer más de tres", y digo, "pues yo me he comido cinco", y ya me sentía mal y decía, "pues mira, cuando salga no como", "está noche una infusión", y ya te guías hasta de...

E32: pero yo creo que todas nos sentimos bien cuando no comemos.

E33: sí, yo creo que sí, tú sabes que tienes que tienes que comer, pero si por cualquier cosa, que te lo puedes saltar, que sales un momento fuera, ir un momento al servicio, tal, pero si pasas la prueba, ha pasado la hora de lo que tú planeabas hacer y no has comido dices: "Estupendo", y te miras y dices: "Ole"

E32: Es verdad, yo en una semana me veo estupenda

E33: Y la gente hace locuras, hace auténticas locuras, porque yo lo veo en la sección en la que trabajo y tú lo estás viendo, que están haciendo auténticas locuras pero te las piensas. Hay mucha gente con el sirope de savia, que se tira una semana bebiendo sólo el sirope de savia.

Podrían multiplicarse las citas, pero carece de sentido. Todo ello en contraste con H&M. Otros rasgos peculiares de la cadena. Se trabaja sin uniforme, es la menos exigente en términos de corrección estética ("te dan la plaquita y ya está") y se dan vales a las trabajadoras para que seleccionen sus propios

conjuntos en las tiendas: “Tú puedes ser punki, llevar piercing, llevar todo, allí te dejan todo” (E6). Tiene la gama de tallas más amplia y se dirige a un sector más urbano. Las secciones de la tienda no están secretamente segmentadas, como en Zara, en clases de edad: allí, las 38 de la sección *Trafaluc* no se corresponde con la talla de la sección *Basic*. De ese modo, los juegos estéticos no se reducen a tener una talla menor, sino a tenerla, a ser posible, de una determinada sección. Cada sección tiene su propio sistema de tallas, lo que aumenta la competición estética entre las trabajadoras. En cualquier caso, aunque H&M proporcione todas las tallas, debe de atenerse a las prácticas de distinción de las marcas: *Levys* o *Energy*, dice E21 (una vendedora de la cadena, estudios universitarios, responsable de tienda H&M y la encargada más gruesa con la que hemos hablado) “no tienen tallas hasta la 44 o la 46, no, no quieren que ese tipo de gente lleve su ropa”.

La variedad estética también es física. En un grupo de discusión, una trabajadora de una tienda de cosméticos, con estudios superiores y que reconoce fuertes restricciones corporales (E20), la pone como ejemplo de variedad corporal entre las dependientas y de promoción de otro modelo estético: “En H&M, que las chicas son de todas las formas, de todos los tamaños y todo tipo, cuando vas a comprar allí, vas a comprar de otra forma”. La misma jefa de compras de la cadena, según E21, se propone como ejemplo de los horizontes estéticos de la cadena

La jefa de compras de H&M, que es una mujer y que la ponen además en todas las fotos y en todos los sitios, y es así (hace un gesto para mostrar que es muy gorda), y eso no lo hace una empresa española, y ella es la que sale diciendo: “Yo he comprado la colección de H&M”.

La cadena, por último, no solo asume la pluralidad física y estética de sus trabajadoras -y con ellas de su público- sino también su identidad como trabajadoras, lo que significa reconocerlas como la parte más débil en el contrato de trabajo y asumir que éste sólo es legítimo en ciertas condiciones. En el grupo de discusión, una empleada de una empresa de cosméticos se queja del maltrato de algunos encargados. Éste se deriva de una cultura organizacional semejante a la defendida por E6: todas las trabajadoras se encuentran disponibles para cualquier tarea. La encargada de H&M las emplaza a utilizar su capacidad de respuesta y éstas se escudan en la inexistencia de organizaciones sindicales que no sean de la empresa. El mundo de la moda aparece así como una excepción a las libertades y derechos constitucionales: la libertad sindical se encuentra alterada por la cultura de una organización que promueve organizaciones sin autonomía con el empleador. Por el contrario, en H&M no impera el estado de excepción sindical, lo que es coherente con que tampoco impere física o estéticamente.

E20: Lo que yo no entiendo es que con lo que hace tu empresa porque eso llevará siendo de toda la vida, con todos los empleados ¿no se mueve nadie?, ¿todo el mundo se calla?

E19: Ten en cuenta que los únicos sindicatos que permite tener ECI a los trabajadores, son los de la empresa

E17: Induico [no sabe el nombre] y otro más ¿no?

E19: Fetico y...

Moderador: Y Fasga. Fasga y Fetico.

E20: pero que esos son de ellos, de ellos mismos [...].

E19: Yo he visto compañeras de ECI, limpiando de rodillas con jabón un mueble [...] A mí me parece humillante e indignante que venga un idiota, con perdón, que venga cualquiera que no sabe hacer la o con un canuto, a decirte que te pongas de rodillas a limpiar, y que haya clientela que te está viendo de rodillas limpiando y todavía te digan “¿es que no me vas a cobrar?”, “¿es que no te vas a mover?”. Yo siempre espero y siempre me quedo esperando, que haya alguien que vaya a un jefe y le diga: “Eso no lo quiero volver a ver en esta empresa”, eso todavía lo estoy esperando, pero no [...].

Moderador: En H&M por ejemplo, ¿hay sindicatos?

E20: Sí

Moderador: Los normales...

E20: CCOO y UGT

Moderador: Que no son sindicatos de empresa

E20: No, no, son exteriores totalmente

Moderador: ¿Y eso se nota en las relaciones laborales?

E20: Nosotros tenemos sindicatos, la tienda lleva ocho años y pico y tenemos sindicatos hace cuatro, la mitad del tiempo aproximadamente, y se notó el cambio. Porque normalmente, quien se mete en el sindicato de primeras es porque ha tenido un problema personal. Poca gente se mete de manera altruista, para mejorar. Entonces crea un clima de tensión al principio, pero ahora que está normalizado no es problemático, se han conseguido algunas cosas, ahora mismo está normalizado el clima, porque se entiende que el trabajador tiene unos derechos, y porque hay muy poca problemática... Es que el sindicato puede hacer poco, porque como está todo tan regido por ley y se saltan tan poco la ley, tú puedes conseguir poco. ¿Cosas que ha conseguido el sindicato? Que nos pongamos unos zapatos de seguridad cuando descargamos la mercancía, que no es ni por ley, sino por deferencia de la empresa, yo qué sé, cosas así, pero de lo legal no han podido rascar nada porque nosotros lo tenemos súper estipulado, tenemos más incluso, nos pagan los festivos y los recuperamos, cosas así. Lo único que yo veo que sigue pasando, es que de cinco tiendas que hay en la ciudad, me parece que son cuatro responsables hombres y yo de mujer, ya está, y de plantilla pues hay 90% mujeres y 10% hombres, ahí sigue fallando algo. Porque, por probabilidad, o sea... y en eso, los sindicatos sí que hacen, la ley de maternidad, que ha hecho mucho, que por ejemplo, en las mujeres eso ayuda a que no tengan estrés, o que por lo menos lo compaginen con su vida personal. Están todas adscritas al turno que quieren, entonces eso hace que el estrés que ella comenta de "llego, tengo...", tú lo puedes compaginar mejor.

Conclusión

Hemos analizado los juegos de distinción estéticos teniendo en cuenta tres componentes (físico, corrección estética e identidad posible) ante ambos. Para que se produzcan tales juegos en el trabajo deben de existir unas condiciones mínimas de posibilidad que exploramos en el cuarto epígrafe. Pero además los modelos de juego, una vez que se cumplen los mínimos (interés en el trabajo y cierta estabilidad) varían según la cultura de empresa: físicos y estéticos en los bares de copas, pero con costes económicos y psicológicos de entidad; estéticos y físicos según las cadenas de moda. En éstas, la combinación de individualización laboral y presión estética permite asimilarse, como en los bares, a la cultura de los famosos y tener la impresión de que se pertenece a un medio de elite. Esa creencia se refuerza con la asunción de un aspecto del mundo de la moda: renovación de colecciones y morfología física exclusiva. Los sueldos bajos y el agotamiento físico -que paradójicamente puede impulsar en un primer momento la gratificación simbólica- pueden quebrar la creencia y, en el desapego, considerar que se padece una explotación salvaje. Conscientes de ello, otras cadenas recuperan experiencias de las viejas tiendas de moda y cultivan la pluralidad estética de sus trabajadoras y de sus gamas, intentando además proporcionarles un empleo soportable a largo plazo y compatible con una vida familiar normal. Las trabajadoras pierden capacidad de impacto estético pero ganan en la posibilidad de plantearse objetivos a largo plazo y de conectarse con otro aspecto del mundo de la alta costura: proporcionar el máximo de atractivo a cada cuerpo, independientemente de la forma del mismo.

Los juegos estéticos son complejos y se practican de muchas maneras: en cada uno de ellos podemos distinguir los modelos estéticos legítimos y las

combinaciones de la creación en la moda pero, se olvida muy a menudo, también los modelos de relaciones laborales imperantes. Y son fundamentales.

Capítulo III: Cualificación técnica y cualificación corporal

Como muestran los datos estadísticos, los mayores casos de normopeso o peso insuficiente (calculado según el Índice de Masa Corporal) y de dietas no médicas se sitúan entre las profesiones incluidas dentro de las clases social I y II en la Clasificación Nacional de ocupaciones. Algunas de ellas, asociadas a la salud (médicos, odontólogos, veterinarios y farmacéuticos) y a titulaciones de segundo y tercer ciclo en ciencias naturales, presentan tasas de 66,99%. La estigmatización del sobrepeso juega sin duda un papel de primer orden en la morfología corporal predominante en este grupo, incluido en la clase social I.²¹ Le siguen de cerca, incluidos en la misma clase social, el grupo de la Clasificación Nacional de Ocupaciones (C.N.O.) formado, entre otros, por escritores y artistas y archiveros y bibliotecarios (64,58% de normopeso o peso insuficiente): en ese caso, la cultura sanitaria no puede explicar la delgadez. Como mostraremos en este capítulo, el modelo corporal artístico impone fuertes restricciones corporales. Lo mismo sucede con los profesionales del derecho (62,50% en su caso), que reúnen la pertenencia a las clases altas con una fuerte exposición corporal. Un 14,58% de este grupo declara seguir una dieta sin razones médicas, siendo la segunda categoría después de los participantes en el poder ejecutivo y legislativo y la alta dirección de empresas (23,33%). Siempre dentro de la clase social I, los profesionales en organización y administración de empresas, los sociólogos, filósofos o psicólogos pertenecen a una categoría del C.N.O que aporta cifras de un 60,39% de normopeso o peso insuficiente. Los profesores de universidad o de

²¹Directivos de la Administración Pública y de empresas de 10 o más asalariados. Profesiones asociadas a titulaciones de 2º y 3er ciclo universitario.

enseñanza secundaria, por su parte, pertenecen a un grupo que arroja un 57,05 de personas delgadas.

Ya dentro de la clase social II²², el grupo en el que se incluye a los sanitarios de primer ciclo arroja tasas de un 64,77%, seguidos con un 60,61 % por los Técnicos de educación infantil y de educación especial y con un 58,9 % por los profesores de enseñanza primaria, infantil y Formación profesional. En la clase social III²³ se incluye un porcentaje de 65,88% en una profesión de intermediación (consignatarios y agentes de contratación de la mano de obra, dedicados a publicidad, representación de artistas, toreros, deportistas, escritores): el 10,9% de entre ellos declara dietas por razones no médicas. Los administrativos de atención al público con un 60,47% y, con una tarea similar, los empleados de información y recepcionistas de agencias de viajes, arrojan un porcentaje del 58,99%. El grupo sanitario (sin estudios universitarios) dentro de los empleados destaca con un 59,86% de normopeso o peso insuficiente. Define un normopeso importante a los empleados administrativos: los profesionales de la administración alcanzan un 58,02% (un 9,65% declara dietas no médicas) y los taquígrafos y mecanógrafos un 57,89 %: en estos, un 10,53% declara dietas por razones no médicas.

¿Qué tienen en común todas estas categorías?, ¿En qué se parecen un actor y una encargada de hotel? En todos los casos se trata de profesiones con un trabajo donde la exposición corporal ocupa un papel de primer orden. Pero esa comunidad resulta demasiado evidente. Cada sector del mercado de trabajo tiene un concepto diferente del atractivo físico, la corrección estética y la manera

²² Directivos de empresas con menos de 10 asalariados. Profesiones asociadas a una titulación de 1^{er} ciclo universitario. Técnicos Superiores. Artistas y deportistas.

²³ Empleados de tipo administrativo y profesionales de apoyo a la gestión administrativa y financiera. Trabajadores de los servicios personales y de seguridad. Trabajadores por cuenta propia. Supervisores de trabajadores manuales.

de valorarlos (Hakim, 2012: 212-213). Códigos diferentes apuntan a modalidades diversas de presentación de la persona.

Sobre la relación entre profesiones sanitarias y trastornos alimentarios

Un caso particular lo representan las profesiones sanitarias. ¿Cabe atribuirles el normopeso por una intensa conciencia profesional, más allá de las inevitables consideraciones estéticas? Carecemos de información sobre si el bajo peso entre los sanitarios responde a prácticas restrictivas peligrosas o a un autocontrol para el que cuenta con todos los recursos que proporciona la profesión.

Según E7 -persona con diagnóstico de trastornos alimentarios, de clase obrera y con proyecto fracasado de convertirse en universitaria- algo habría de lo primero: los sanitarios forman parte del paisaje de las asociaciones de ayuda a la anorexia y a la bulimia, donde ella tiene una larga trayectoria como paciente.

- Cuando estabas en el tratamiento, ¿hablas con gente, que se esté tratando también?

Sí, en el centro hacíamos terapias dos veces al mes, cada quince días había terapia de grupo y hablábamos.

- ¿Cómo era la gente?, ¿me la puedes describir?

De todo tipo. Están los tipos de anoréxicas como yo digo, bueno de anoréxica o bulímica, que quieren ser súper-modelos, súper o sea, las que quieren ser andróginas.

- ¿Qué edad tiene la gente más o menos?

De todo, ya de todo. Al principio éramos gente más o menos de la misma edad, 18-30 años, ese rango, pero ahora ya...desde los 14. porque las llevan de los pelos los padres, hasta gente de 50.

- *¿En qué trabaja la gente mayor?*

¿La que está allí?

- *Sí*

Pues son, o profesoras o matronas.

- *¿O profesoras o matronas?*

Sí, profesoras, matronas y enfermeras, creo. Cosas de cuidados y cosas de esas.

- *Las que están con anorexia, con tratamiento*

Sí, las que estaban en el centro conmigo sí.

¿Cómo explicar este vínculo entre las profesiones de salud y las personas con restricciones alimentarias severas? El caso de E4 permite plantear una hipótesis. Veamos: hija de un comercial, trabajó en el ejército y en tiendas de perfumería hasta convertirse en terapeuta. Sus trastornos alimentarios se desencadenaron cuando tenía 14 años. Practicaba baloncesto y se aprestó a imitar la línea de una compañera - muy delgada y procedente de una clase social mucho más alta. Como militar profesional alcanzó peso debido a las restricciones que impone la vida en un buque: poca capacidad de movimientos y observación constante por parte de los camaradas. Ni podía seleccionar comida -que estaba impuesta por el régimen de vida- ni tampoco se confrontaba a un mercado corporal demasiado exigente: el resto de mujeres acumulaban más grasas que ella.

Posteriormente comienza una formación como terapeuta de medicinas alternativas. Esa formación le permitirá, por un lado, darse como objetivo de trabajo el control del cuerpo, con los beneficios que supone para una persona con

una trayectoria larga de anorexia. He aquí la primera ventaja de una profesión médica para quien se enrola en una carrera de control corporal permanente.²⁴ En segundo lugar, E4 siempre discutió con su entorno cómo comer y cuánto. En un medio de clase trabajadora donde se admiraba la abundancia, las cantidades y alimentos que ingería recibían críticas. Ahora puede legitimar sus opciones con discursos sanitarios. Tercera y última de las razones: en su nuevo entorno la gente es como ella y modula su cuerpo con los mismos objetivos, reforzando constantemente su compromiso de adelgazamiento.

- Estábamos hablando de tu trabajo con tus pacientes y yo te preguntaba si tú pensabas si tú apariencia era importante, y me decías que sí

Sí, es importante. Porque además yo creo que hay todo tipo de pacientes, es que no hay un perfil de paciente que yo tenga...para este tipo de tratamiento. Lo mismo te viene una paciente que es un poquito más hippie o que te viene el chico que es metro-sexual a darse un masaje y luego te viene un chico a lo mejor vestido en chándal, más distendido. Porque yo pienso que la imagen de una persona que trabaja sobre todo con el tema de salud y de...tiene que tener, tanto yo, como lo que es la consulta todo muy limpio, que las toallas se vean blancas, que todo se vea bien. Y en cuanto a si hay que estar más gorda o más delgadita, hombre...si por ejemplo hay una persona que viene a darse acupuntura para perder peso y yo peso 80 kilos, pues puede decir: "¿y tú dónde te has puesto la aguja?", ¿no?, ¿me entiendes?...pero, quitando eso, no sé, es como si la chavala que te peina está con trasquilones. Pero bueno, quitando eso, si a lo mejor hay una persona que viene a tratarse de depresión, no creo que le importe si yo peso 10 kilos más o menos, no sé...a no ser que venga a tratarse de obesidad.

- Tus compañeras terapeutas, ¿son delgadas, son gordas?, en general...

Pues mira...no recuerdo ninguna gorda, la verdad.

- En la academia, en los cursos...

²⁴ El lector puede encontrar dos casos similares (de una enfermera y una psicóloga) en Moreno Pestaña (2010:156-161)

No, que va...delgadas, no recuerdo ninguna gorda. Mira, para no mentirte, había una, que te puedo decir que pesaría los 70 y tanto o los 80 kilos y que era de mi estatura, o sea, gordita. Y esa era la más rarita, la más rarita en el sentido de que siempre estaba la última, hablaba poco, después tenía una voz muy...era muy tímida, no sé. Siempre estaba sonriendo pero era muy tímida, muy introvertida, y esa chica era la que más peso tenía. También, siempre, no sé...no pegaba con nada...un poquito más desaliñada. Limpia pero un poco desaliñada. Pero quitando esa excepción, que era excepción no sólo por eso, sino un poco por todo, porque era siempre la que... no sé, nunca preguntaba nada, no se le oía. Es más, un día salimos todos, era feria y entonces había un seminario que coincidía con el fin de semana de feria. Entonces, muchos compañeros se vinieron el viernes para estar en la feria y luego el sábado hacer el seminario, eso los que venían de fuera. Y recuerdo que ella venía de Chiclana, y entonces quedamos en la feria y ella se perdía, se iba por ahí sola, estábamos comiendo y ella decía que no comía, no sé...no sé lo que le pasaba.

- Y entre las pacientes, aunque ya me has dicho que no hay un perfil concreto, pero ¿tienes muchos pacientes gordos o gordas?

No, no... son delgados.

- Entonces si tuvieses que describirlos, tú dirías que la mayoría son delgados

Sí, sí, delgados. En general son, o como yo soy o más delgados. Es decir, entre un peso medio normal a delgados. Sobre todo las mujeres que vienen...sí, porque vienen todas con ansiedad. En realidad, quitando los tres casos de mujeres que vinieron por obesidad, el resto no son gordas, o más bien son delgadas.

La cualificación reduce el valor del atractivo

Cerca de los sanitarios, se encuentran las profesiones vinculadas al ejercicio del derecho. Nadie ignora cómo en todas las profesiones de relación la apariencia

corporal puede ser un valor. En este caso, no concurre la legitimación profesional de la delgadez que se encuentra al alcance de cualquier sanitario. Por tanto, las exigencias corporales provienen sea de la preocupación estética sea de factores implícitos en la actividad profesional.

En todo caso, cuanto más aumenta la cualificación requerida menos valor directo tiene la apariencia estética. Dicha constante aparecerá en el caso de las profesiones intelectuales y será también el caso de los altos puestos de gestión ligados a profesiones jurídicas. Según Catherine Hakim las candidatas atractivas para cargos directivos son menos afortunadas que sus colegas sin atractivo -lo contrario que en los hombres donde la belleza incrementa la cualificación. La excesiva personalidad que se atribuye a las mujeres atractivas impide, al parecer de la socióloga, que sean mejor consideradas.

Sin duda, existe un mejor control de la promoción en el sector público que en el privado. Eso hace, siguiendo con Hakim, que el valor del capital erótico sea inferior, algo que se constata por el menor aumento de ingresos de juristas considerados atractivos, pero que trabajan en lo público. El incremento de las exigencias técnicas y la provisión y gestión pública de las carreras funcionan como inhibidores -nunca absolutos- del valor erótico en el mercado trabajo. De todos modos, los estudios longitudinales muestran un aumento de los efectos eróticos entre los más jóvenes y siempre cabe preguntarse si se debe a un cambio generacional o al hecho de que, al estar en empleos con menos cualificación, el capital estético influye más.

Hakim (20012: 200) concluye que no existe ninguna discriminación por parte de los empleadores en razón del físico y que el valor erótico de un abogado

sólo se incrementa en como profesional libera, por ejemplo, debido a su mayor éxito en los tribunales.

Pocos ejemplos mejores que el de una diseñadora de alta costura para confirmar parte de la tesis de Hakim, aunque no por completo. E21, diseñadora de alta costura, vive en uno de los centros del turismo de elite donde se ha establecido tras una carrera con grandes diseñadores. Buena parte de sus clientes son personas de la élite empresarial y financiera internacional a los que hace ropa a medida. A su vez es hija de una diseñadora y un arquitecto pertenecientes a la alta burguesía. Con 29 años ha asistido a la imposición de patrones esqueléticos en el mundo de la moda y su progresiva extensión por las tiendas de moda.

En el mundo de la moda se habla de las tallas. El tema es que hay tantos problemas porque hay muchas mujeres que están muy, muy, muy delgadas y la verdad es que la ropa en un mujer delgada se ve mucho más vistosa que en las más gruesas, entonces también se empezaron a hacer tallas más pequeñas de las que había. Antes era la talla 36 que ya era muy pequeña y ahora hay talla 32 en las tiendas, en Bershka y en todas las demás de adolescentes hay la talla 32 que es como la talla de la nena de 10 años. Hay chicas de 18 años con cuerpos de nena de 10 años, pero eso es porque la moda las condujo a tener ese cuerpo y la moda se está proveyendo de ese producto también. Yo creo que si no existiera ese tallaje no habría chicas con ese cuerpo.

P: Y tú has notado un cambio en el tiempo en ese tema o desde que estás en el mundo de la moda siempre ha sido igual

F: No, yo vi un cambio muy grande porque... A ver, en los 90 no había esa presión. La mujer era, tenía... había otra visión sobre la mujer, con más pecho, con más curvas, tipo Claudia Schiffer que es una mujer con pecho y con un look saludable ¿no? En cambio en el 2000 empezó esta camada de chicas andróginas, enfermas, que cuanto más demacradas parecían más especiales y más famosas y tal y entonces sí hay un cambio muy grande. Entonces como puedes ver mujeres de más de 40 años, de las que vivieron en los 90, son mujeres como mucho más saludables. Y toda la generación que fueron

adolescentes en el 2000 es completamente distinta, hay un cambio muy grande. Por ejemplo mi madre siempre dice que ellas usaban los pantalones de tiro alto porque te hace mejor culo y te marca la cintura y tal. Pero claro, ahora qué pasa, ahora se usan los pantalones súper bajitos, que te aplastan el culo y que pareces dos palitos caminando ¿no? Entonces claro, ella no puede aceptar que eso es lindo. Ella dice “eso es asqueroso, no es lindo” y yo le digo, “bueno, es como cool”, y ella dice “no es horrible, es de enfermas, de tiradas”. Claro, la visión de una persona con un cuerpo saludable, en forma y bien alimentado es diferente a la que puede tener una chica de éstas y es muy difícil cambiar también esa mentalidad. Porque los que nos criamos con la mentalidad de que hay que estar siempre delgada y no se qué no estamos pensando en tener un cuerpo sano, por ejemplo en ir al gimnasio y comer sano, estamos pensando en no comer para ser más delgados y no para tener una vida más saludable. Entonces de ahí vienen todos los problemas me parece.²⁵

Considera que hay un campo comercial abierto para las “grandes tallas”, aunque el mundo de la moda sea poco receptivo. Ella, además, trabaja para personas gruesas y su propia morfología dista de ser muy esbelta. Pero puede ser la norma entre los grandes diseñadores quienes trabajan para prototipos corporales de los que ellos carecen.

P: Porque en el mundo de la moda ¿es más o menos todo el mundo delgado?

F: No, tenemos diseñadores por ejemplo el diseñador de la marca que todas las mujeres ricas del mundo quisieran tener, de París, el diseñador es un chico que es obeso, que va con una pajarita, no sé si lo vieron por acá. Después hay otra marca que se llama “que viste a todas las celebrities de Hollywood y son dos gorditas las que lo diseñan. La diseñadora de ahora, Alexandra Mcqueen, también es gordita. O sea, los diseñadores diseñan para gente muy delgada pero yo creo porque le dicta la moda eso

²⁵ La década de los 80 fue el momento en el que la presión estética hacia las mujeres se generalizó y se intensificó. Tal incremento de la preocupación por el peso y la apariencia sexual comenzó a extenderse a las niñas y a los niños dando lugar a un fenómeno conocido como el *backlash*, la torcedura de bastón tras la crítica feminista de los 60 y los 70 a la sexualización de la mujer (Chollet, 2012: 30).

Un gran modisto, pues, se libra de los patrones con los que trabaja, por su alta cualificación. Idéntico proceso sucede, salvando las distancias, entre dependientas de moda, que pueden ser gordas si demuestran una competencia profesional enorme. Ciertamente, las oportunidades para tapar tu físico con una buena cualificación descienden cuantas menores exigencias técnicas tiene un empleo y peor consideración social.

Sin embargo, no cabe decir que el valor erótico se encuentra ausente del empleo, incluso cuando éste procede de grandes organizaciones donde las competencias se encuentran reguladas y los profesionales se consideran técnicamente en la cúspide. Lo veremos con las profesoras universitarias, pero centrémonos antes en una profesional del derecho que trabaja en una cadena hotelera.

E22 procede de una familia de la alta burguesía e hizo estudios de Derecho. Durante estos trabajó como azafata de congresos. Para ese trabajo contaron, a su parecer, tres condiciones: la buena presencia, conocer idiomas y las redes familiares. Posteriormente entró en un departamento de contabilidad de un hotel lugar, en principio, alejado de la interacción cara a cara y en el que se requieren fundamentalmente capacidades de gestión financiera. Adquirirlas le obligó a completar la formación de su licenciatura. Acostumbrada a la selección de personal según cualidades que integran el aspecto físico, ha notado también la ayuda que el suyo proporciona en su trabajo. No lo hace sin embargo de manera abierta, aunque cuando los jefes recurren a ella para resolver algún problema, pueden solicitarle implícitamente que haga valer su belleza. Así, por ejemplo, cuando toca encargarse de clientes masculinos:

No, yo eso ¿sabes lo que pasa? Que lo notas, lo sabes, te lo tomas el decir, pues nada, vas, tú hablas, además el tío, el hombre es muy apañado ¿sabes lo que te quiero decir? Que consigues cobrar lo que cobras, pues ya está, pues nada más. Pero que lo notas en... en ciertas cosas, ciertas cosas que no son de tu competencia porque sabes, hacen que... te dicen "mira, necesitamos que vayas a tal sitio" o a ver si te puedes mirar bien este programa y tratar con este hombre este tema" ¿Por qué?, porque ese hombre: "¿Has visto cómo te mira? Entonces ¿qué pasa? Que cuando tienen algún problema te dicen: "¿Por qué no quedas tú con él?" o sea, te lo dicen abiertamente ¿sabes lo que te digo? Yo porque me lo tomo de otra manera, o sea, en el sentido de que me da igual. Pero los mismos compañeros me lo dicen "hay que ver que [manera de utilizar tu aspecto físico]".

La situación es distinta a la que encontrábamos entre las vendedoras. Por un lado, no existe ninguna presión generalizada hacia la delgadez sino hacia una más indeterminada buena presencia -que puede o no incluir la delgadez o ésta en grados variables. En segundo lugar, tampoco aparecen coacciones organizativas que conduzcan a un trabajo permanente sobre el cuerpo o la alimentación, ya sea porque los horarios impiden comer bien (caso de las vendedoras) o porque la escenificación corporal constante forme parte del empleo -caso de las camareras o de las vendedoras a las que se impulsa a salir. Semejante presión -la definición del empleo por la delgadez- y la escenificación constante aparece con niveles distintos en otras dos profesiones cualificadas: la de los intelectuales y profesores y los artistas.

Capital corporal e intelectual: universo de análisis y supuestos teóricos

El mundo del trabajo puede exigir un determinado capital estético si se dan las siguientes condiciones. En primer lugar, cuando existe un status ligado al valor

estético que permite el acceso al empleo e incentiva el progreso en el mismo. En segundo lugar, cuando los individuos interiorizan exigencias permanentes de autocontrol corporal debido a las sanciones permanentes de su entorno laboral. Tercero, cuando para sobrevivir en el empleo necesitan competir estética con sus concurrentes, no sólo de manera ocasional, sino a largo plazo.

En ese momento, ciertos sectores del mercado de trabajo se confunden con un espacio de competición corporal. Algo que puede comprobarse en una miríada de comportamientos que de este modo se vuelven inteligibles: las personas necesitan investigar cómo vestirse en las diferentes situaciones (para conseguir un trabajo, para convencer a los clientes, para salir de parranda con los jefes y sus compañeros), cómo utilizar la ropa para valorizar sus recursos corporales, cómo mantener el cuerpo con las formas que mandan los cánones (delgado, operado, con labios o pecho, etc., adecuados a su entorno) y cómo generar situaciones donde sus atributos estéticos resalten su prestigio y reafirmen su posición privilegiada (puede ser en una fiesta, puede ser en un vestuario de trabajo, puede ser por medio de comentarios sobre el grosor ajeno). La escena laboral y una escena erótica o erotizada comienzan a superponerse. Comportamientos de ese tipo se han constatado entre camareras y vendedoras, por lo cual, en ciertas condiciones, se consideró que hay presencia enorme del capital estético en su trabajo. Ni que decir tiene que las medidas de organización del trabajo provocan dicha fusión entre estética y empleo: seleccionando a las trabajadoras según ciertos prototipos corporales, impulsando la exhibición de ciertas trabajadoras (vendedoras, camareras) obligados por un sistema de tallas que imponen la delgadez, promocionando la exhibición de sus trabajadoras (caso de las vendedoras de ciertas tiendas de ropa, a las que se anima/coacciona para que salgan por la noche) en locales de moda y, en fin, con un sistema de organización del trabajo que promueve los desórdenes alimentarios: un trabajo muy duro, sin tiempo para

comer, que aboca a las trabajadoras al hambre. En esa situación abundan los consumos momentáneos -y casi clandestinos- hipercalóricos, las restricciones alimentarias salvajes así como formas diversas de degradación corporal y psíquica (mareos, debilidad, pero también recurso a la asistencia psicológica o psiquiátrica, etc.).

Veremos si tales condiciones aparecen en el mundo de las profesiones intelectuales y del arte. Este grupo incluye sectores heterogéneos que van desde la universidad a las modelos de pintores pasando por los estudiantes de arte dramático y las bailarinas. Nuestro universo recoge a una profesora de baile flamenco de origen obrero (E23), una profesora de danza hija de agricultor (E24), una estudiante de Bellas Artes procedente de clases medias rurales y que hoy trabaja como diseñadora gráfica (E8) y una estudiante de doctorado (E7) procedente de clase obrera. Todas ellas (excepto E23 que rechazó hablar del tema en la entrevista²⁶) sintieron una barrera de clase enorme cuando entraron en los espacios profesionales y tuvieron que cambiar su morfología corporal. En algún momento de sus trayectorias fueron catalogadas como anoréxicas o bulímicas. Lo explicamos en el primer capítulo. E12 (profesora de universidad) procede una familia de clase media-alta pero con fuertes vínculos rurales. Su alimentación, por tanto, no se concentraba en mantenerse delgada y tuvo que aprender a cambiarla muy pronto, en el colegio: desde entonces practica restricciones de alimentación que le han llevado a tratarse. E13 es profesora de universidad y procede de la alta burguesía: nunca ha sido tratada de trastornos alimentarios pero sigue terapia y reconoce una tensión corporal muy fuerte y agotadora. E15, profesora en un Conservatorio de Música, ha trabajado como modelo de pintores. Tiene múltiples problemas estomacales y un control estricto de su alimentación.

²⁶ Como se verá más adelante, también constata la estigmatización corporal en el mundo del flamenco.

Nuestra exposición se apoyará en una descripción de cómo influyen los puestos de trabajo a los que aspiran o en los que están en su autocontrol estético. Y, siguiendo a Enrique Gil Calvo (2000), en tres planos. En primer lugar, nos detendremos en cómo afectan los modelos laborales a su experiencia del cuerpo, esto es, a la dimensión más carnal de su apariencia física. Posteriormente, se analizarán las pautas de corrección estética (que incluyen el cómo vestirse, maquillarse o peinarse) asociadas al puesto de trabajo, ya sea por medios de sanciones implícitas o explícitas. Para terminar, estudiaremos cómo afecta su cuerpo a su identidad como trabajadora: qué status proporciona, en qué jerarquías, explícita o implícitamente reconocidas, sitúa a las personas.

Un paisaje de delgadez constante: la experiencia universitaria

Retomemos descripciones expuestas en el capítulo I. En el caso de las Facultades de Bellas Artes, la presión corporal acompaña ya la formación. E8 crece en un pueblo pequeño, en una familia de pequeños agricultores. La llegada a la facultad de Bellas Artes la zarandea con una fuerte exposición corporal apoyada en el desaliño estético. En un ambiente de tensión estética explícita, las personas pueden escoger un camino racional, por costoso que pueda ser, para modificar su imagen. Cuando la distinción estética se deniega (usando ropa aparentemente barata, combinada de manera original y centrando la distinción en la exhibición corporal), la persona que no se ha socializado entre elites se encuentra desarmada en tres planos. Carece del capital cultural para ir desaliñada con estilo, de los hábitos corporales necesarios para mantener las morfologías esqueléticas dominantes en los medios artísticos y, además, si quiere adquirirlo, siempre se arriesgará a pasar por vulgar (preocupándose por la apariencia ante

gente que no necesita hacerlo conscientemente) y delatar a la vez su carácter de outsider social.²⁷

Me parece un momento bastante hipócrita, sobre todo porque hay muchísimos niños y niñas ricos, que dicen que no lo son y bueno, pues ya sabes, eso se refleja en el aspecto.

-¿Cómo suele ser la gente físicamente en bellas artes?, ¿qué aspecto tenían?, ¿estaban gordos, delgados?

Pues la mayoría eran niñas delgadas, así bastante hippy o punk y demás, pero sí, bastante delgaditas. Yo me sentía súper-fea, poco interesante. Vamos, minucia, que yo no destacaba y ellas sí [...]. Mis referentes eran chicas bastante delgaditas, sin pecho, sin cintura, con el culo escurrido, que cualquier cosa les quedaba bien. Con el pelo liso, largo.

En semejante contexto, el recurso a los trastornos alimentarios parece una opción racional si quiere conseguirse el modelo estético promovido sin parecer que se logra. Fue la opción seguida y parece que no fue una excepción:

-En esa facultad, ¿tú ves más gente que tenga anorexia?

Cuando voy a la psicóloga me dice que hay otras cinco chicas como yo, todas de Bellas Artes. Como que en esta carrera o en esta profesión es un problema bastante habitual.

-Vamos a centrarnos si quieres en eso. ¿Por qué crees tú que eso es así?

Pues yo lo tengo claro. Es porque es un trabajo, una profesión que te exige un montón de ti. No es algo que tú hagas mecánico ¿no?, un trabajo mecánico, sino que es estar expuesta todo el rato a querer hacerlo bien, a pintar bien, a esculpir bien. Pues un trabajo de exigencia, de exigencia personal. Y luego muy expuesto al público ¿no?, yo creo que casi todos los oficios o trabajos que se exponen ahí al público o que están valorados por la gente de fuera, te hacen tener una exigencia en ti misma muy grande, fuera de lo normal ¿no?, o sea, que traspasa ahí límites normales. Como que tienes que ser la mejor, porque si no eres la mejor no sobresaes y si en ese trabajo no sobresaes, pasas totalmente desapercibida, y a ti te gusta pintar y

²⁷ Hay un retrato general de ese ambiente en Moreno Pestaña (2010: 102-110).

tu trabajo, que tú quieres...tú quieres ser la mejor, o al menos yo quería serlo.

-Pero la mejor, desde el punto de vista artístico... Pero ¿por qué desde el punto de vista físico? Porque entiendo que la mejor también incluye...

Ya, claro. Pues yo que sé, pues una vez que se triunfa en una cosa, quieres triunfar en todas ¿no?

Recapitemos sobre lo que esto significa en los tres niveles antes aludidos. Primero, la dimensión corporal se pone constantemente en juego, porque la ropa descubre la carne. La morfología exhibida debe ser imperativamente delgada. En segundo lugar, la incorrección estética es la norma y exige una combinación creativa. La investigación vestimentaria se impone a quien pretenda integrarse en el medio. En fin, el status que proporciona resulta difícil de objetivar. La delgadez permite identificarse con el control de uno mismo que caracteriza a las clases altas y con los modelos estéticos distribuidos por la industria de la moda. Por otra parte, permite diferenciarse de la corrección burguesa estándar mediante la adopción de un desaliño ostentoso -aunque muy calculado.

En todo caso, tal es la experiencia universitaria. Podríamos pensar que procede de la influencia del grupo de pares y de su cultura juvenil y/o de clase. Podríamos pensar también que procede de las representaciones que el mundo del arte transmite, pero que no se corresponde con las exigencias reales en el mismo. En fin, ciertamente, una vez que los estudiantes ocupasen los puestos de trabajo o bien impondrían sus hábitos y modificarían los modelos corporales imperantes o bien estarían obligados a modificarlos propios y adaptarse a otros distintos. Los datos de la Encuesta Nacional de Salud, referidos más arriba, apuntan a la segunda posibilidad: la extensión de una cultura estética muy tensa en el mundo de los artistas y, en menor medida, en todas las profesiones

intelectuales. Como veremos esa tensión está aumentando, en cierta medida, por el efecto de nuevas hornadas y en parte por transformaciones internas a los campos. Pasemos a las trayectorias específicamente profesionales.

Carne y trabajo: una relación conflictiva

E13 trabajó como actriz en un grupo de teatro local para posteriormente recuperar sus estudios y doctorarse. Posteriormente entró a trabajar en un departamento universitario de ciencias sociales científicamente vinculado al mundo de la moda. De todos modos, la primera forma de modulación corporal la comparte con todos los se exponen ante públicos. Podemos pensar, sin embargo, que dar clases sobre análisis crítico del arte y la moda, provoca una sensibilidad mayor que enseñar derivadas. Una sensación permanente de suscitar atención por su aspecto físico conduce a construirse un público de referencia que te evalúa no sólo profesionalmente sino también estéticamente:

Mi sensación es la de estar expuesta constantemente a la mirada de los alumnos y de los compañeros, aunque a estos últimos en menor medida. La ropa y el modelo corporal son parte inseparable de la exhibición intelectual. Lo mismo sucede en los Seminarios a los que asisto, o en los congresos. El espacio físico de formato teatral en el momento de presentarse frente a los otros eleva la tensión de la exigencia en la presentación. El momento escénico es un todo: gestos, manera de hablar, de caminar en la tarima, de mostrar la ropa, de ser ocurrente y divertida y de hacer efectiva la trasmisión de conocimiento. La seguridad física es parte de la identidad laboral, que depende en un grado altísimo de la mirada de los otros.

En lo que respecta al cuerpo, las sanciones son ambiguas. Así por ejemplo, el conserje de un edificio universitario le atribuye un cuerpo excesivamente juvenil. Le asesta: “¿Cuántos años tienes, 39? ¡No lo pareces, claro,

con el tipito que tienes!”. Parece un elogio estético pero también alude a la excepcionalidad de tal aspecto y, en ese sentido, la deja fuera de la norma corporal del entorno. Alguien con un aspecto tan joven puede violar la madurez que se requiere de un docente. En sentido contrario, se le reconviene para que cuide su aspecto: trabajar en cierta institución cultural requiere, según un responsable universitario, ser menos “dejada” físicamente, ya que en el lugar de marras todas son “rubias y pijitas”.

Algo similar refiere E15, procedente de una familia burguesa y que siempre fue delgada. Su aspecto físico llamó la atención de un ojeador de modelos juveniles. Posteriormente realizó estudios de música lo que le llevó, tras aprobar unas oposiciones, a dirigir un instituto de enseñanza media. Las relaciones con las autoridades locales y educativas provocan elogios envenenados: rubrican, a veces tras piropos, su apariencia juvenil e inapropiada para su cargo:

Ahí era eso, la típica rubita, y es que era vamos... Y además tenía que demostrarlo, por ejemplo el alcalde...yo tuve que hacer mucha labor para la compra de un piano, porque me tocó inaugurar un centro nuevo. Y era como que tenía que demostrarlo todo, hasta que ya por fin se dieron cuenta de que dirigía bien aquello. Pero claro, era la segunda mujer, pero la más joven y bueno, con un físico que a ellos... pues no sé, pues les agradaba. Entonces era: “Pues tienes que ver al alcalde”, y el alcalde te trataba como a una niñaata. Entre la juventud y el aspecto físico, era como... no tenerte en cuenta

- *¿En qué sentido te trataba como a una niñaata?*

Como una niñaata porque era la niña mona, entonces: “Sí, ¿a qué vienes?, ¿qué quieres?”, o sea, hasta que ya... tuve que demostrar todo ¿no?, pues que sabía llevar las cuentas, de hecho, también descubrí que se estaban también llevando dinero, o sea que fue...

- *Que alegría de gente ¿no?*

Sí. Pero claro, hasta que tú no demuestras que has descubierto... de hecho, eso te hago un comentario, pero de un inspector ¿eh?, que fue...fue vamos, que a mí eso me pareció muy machista ¿no?, aunque él, supuestamente pensaba que era hacía un halago. Pues yo descubrí que había cosas que no estaban bien, que había un dinero que no se había destinado bien, que no sabían dónde estaba, que no había control de cuentas, que no había control de nada, y lo descubrí yo. Ese Conservatorio llevaba mucho tiempo en marcha, y me tocó a mí descubrirlo, y claro, me dijo, cuando fui con el problema y un poco las soluciones, a ver cómo se hacía aquello, porque yo no quería firmar el ajuste de cuentas que correspondía al año, me dijo: "Sabíamos que lo íbamos a hacer bien, una mujer tan guapa, pero que descubrieras esto, que te dieras cuenta de esto, no nos lo podíamos imaginar, que lo hicieras tan bien", y entonces le dije yo, "qué pasa, que las cuentas son matemáticas y las matemáticas se entienden con números, y eso lo hacen igual los hombres que las mujeres", y él se rió ¿no?, pero eso, me llamó la atención que decían: "Sí, sabíamos que lo podías hacer bien", porque de hecho, era la única funcionaria de carrera, y se me eligió como directora porque en su momento era la única, pero claro, ellos no se esperaban que los demás no hubieran resuelto ese tema y que yo llegara... Claro, había sido también secretaria aquí en este centro, en Granada, en un centro mucho más grande, y cuando yo llegué y a mí no me salían las cuentas, pues yo era una mujer haciendo cuentas.

Pasemos ahora a otra forma de modulación laboral del grosor, esta vez por medio de sanciones explícitas. La experiencia de E13 estaba situada entre una determinada presión corporal general -donde la morfología corporal no se cincelaba específicamente- y alusiones a patrones corporales de elite -representado por quienes trabajaban en las instituciones culturales. A la vez, su delgadez violaba las clases de edad corporales que se le atribuyen a una profesora. En el caso de E15, semejante aspecto se transforma en dudas sobre su capacidad, formuladas de manera ambigua y mezcladas con elogios físicos. La segunda modificación de la morfología corporal posible incluye sanciones directas para estar delgada. Tales modificaciones no tienen relación alguna con la actividad técnica del puesto de trabajo y, de hecho, suponen una modificación de patrones corporales al uso en un pasado reciente.

Cuando E13 pasó a trabajar en un Conservatorio Superior conoció dicha presión. Hasta entonces la corpulencia no era un obstáculo para ser tenor: el símbolo de Montserrat Caballé habla por sí solo. Desde hace unos años, la “torcedura estética del bastón” ha llegado también al mundo de la música.²⁸ En Estados Unidos se impone con menos fuerza, dice E15 que estudió y enseñó allí, por lo gruesa que es una parte de la población americana. De hecho, la única alumna gorda que ha conseguido trabajar como tenor se trasladó a Estados Unidos. En Europa las normas no oficiales se encuentran ya muy definidas, aunque solo se expresan en privado:

Dicen: “Tú que tienes la suerte de tener estas condiciones”, o sea, a veces lo dicen más claro y otras veces más sutil, pero el comentario es que es cierto, o sea, no te están mintiendo. Entonces, alguien que físicamente destaca: “Pues aprovecha, que tienes esto, que tienes lo otro”, o sea, que realmente le están diciendo sus cualidades ¿no? Pero también es verdad, que ese profesional, a lo mejor ante otra chica, no le hace ese comentario, porque eso era en privado ¿no?, públicamente, a nivel de grupo, pues no va a decir: “pues los que tengáis un físico de tal manera, olvidaros”, no, eso creo que afortunadamente está cambiando ¿no?, aunque...

- *¿En qué sentido?*

Pues que afortunadamente, hombre, pues que hay profesores, como tú sabes, de todo tipo ¿no? Entonces hay profesores que son muy duros y que han sido muy duros, porque su técnica es ridiculizar al alumno, porque su metodología va ridiculizando al alumno, y otros que son más diplomáticos.

Pese a ser implícito, tales exigencias acaban siendo conocidas. El patrón de Ainhoa Arteta sustituye al de Caballé: “Yo creo que en cuanto empiezan a

²⁸ Las nuevas tecnologías contribuyen grandemente a ese proceso. No nos concentramos en ellas pues son relativamente ajenas a las exigencias del puesto. En el caso de E13 constata una cultura de pose permanente entre sus alumnas. Sobre los efectos de Internet en la hiperconciencia del físico, la conversión de este en un valor social en las redes y la generación de una cultura de competencia mediante la pose véase Illouz (2007: 174-175).

poner un pie en el conservatorio y buscan un poco de proyección artística, ya lo saben, se comenta, se habla abiertamente, o sea que...yo creo que tal y como funciona ahora, lo saben". No extraña que ella, dada su morfología, se convierta también en un icono estético para sus alumnos. Estos le piden consejo sobre cómo vestirse y a veces los acompaña de compras. En cualquier caso, la presión estética no se encuentra oficializada y si lo fuese impediría utilizar la historia compleja del puesto (con sus ejemplos de gordura y excelencia profesional para reivindicar la calidad técnica al margen de ser esbelta. Algo que permite recordar constantemente la arbitrariedad de la nueva imposición estética.

- ¿Y no sería mejor que se dijera públicamente?, te pregunto. Ya sé que suena mal, pero te lo pregunto como... no sería mejor que se dijera públicamente, pues no sé, igual que en la academia de Platón ponía "que no entre aquí el que no sepa matemáticas", pues "que no entre aquí quien no esté delgado"

Hombre, es que sería muy discriminatorio ¿no?, porque hay grandes voces y ha habido grandes voces a lo largo de la historia y hay que darle una oportunidad a todo el mundo, entonces yo creo que hacer eso público sería un error. Aunque de forma tácita, todo el mundo lo sabe, que eso funciona así. Pero también todo el mundo sabe que ha existido Pavarotti, que ha existido Montserrat Caballé, o sea, que el que cree en algo tiene que luchar por su sueño ¿no?, entonces limitar a una persona por su físico, yo no lo haría jamás.

Esta sanción es directa y su sentido es fácil de interpretar, lo que no sucedía entre los comentarios que recibían las profesoras. En la universidad, coherentemente, había una pluralidad morfológica mucho más amplia entre los alumnos: "A pesar de ser una escuela de diseño, los modelos corporales y la estética en general son asombrosamente diversos", explicaba E15.

Existe una tercera forma de sanción, en las cuales la ausencia de una complexión muy reducida se interioriza como una aberración. Sólo la hemos

encontrado en una profesora de danza. E24 procede de una familia de agricultores y rápidamente comenzó a sentirse gorda entre las bailarinas. La sensación de ilegitimidad se precisó en ciertas partes de su cuerpo, aquellas como el pecho y la complexión general que no podían modificarse fácilmente. Comenzó a vomitar y a comer poco y proyectó operarse el pecho para reducirse. Se le diagnosticaron trastornos alimentarios. Todas las sanciones procedían de su entorno profesional: no eran ambiguas como en el primer caso, tampoco permitían referirse al patrimonio común de la profesión (que incluía tenores gordas) como en el segundo caso. Las sanciones florecían mucho más explícitas y coherentes convirtiendo los cuerpos disonantes en ilegítimos. Tener pecho grande, dice E24, te saca del mundo de los humanos y te asemeja a las vacas. Dentro de semejante ambiente profesional, al parecer de E24, los trastornos alimentarios se encuentran extendidos hasta constituir una norma.

Conflictos entre la corrección y el capital estético

Hemos recorrido un camino entre una actividad donde la presión corporal era más velada hasta una en que era explícita y permanente. Cuando un puesto de trabajo se encuentra unido a competencias técnicas claras, la imposición de modelos corporales se torna más difícil, aunque no imposible. Cuando se produce, somete a los individuos a los clásicos procesos de “doble vínculo”: se les demandan con idéntica fuerza exigencias comportamientos difíciles de conciliar.

En la universidad, por ejemplo, y en carreras donde la exhibición corporal no es constante (como se ha visto describirlo en Bellas Artes), la corrección estética se somete a vigilancia. Por una parte, una ropa demasiado erotizada se considera fuera de lugar. E13 recuerda la escena siguiente:

“En un seminario en Madrid, una becaria extranjera apareció con unos modelos estilísticos claramente distintos a los españoles de medios universitarios: el primer día llevaba unos tacones muy altos. La organizadora la mira y le dice “wow”, de manera exagerada. En menos de una hora, se cambia de zapatos”.

Un sistema de vigilancia puede oponerse a la excesiva presencia del capital corporal en el puesto de trabajo. Un acto académico produce la siguiente conversación:

“Comentario de un profesor (55 años) en la presentación del libro de una profesora joven (37-38 años): “Lo hizo muy bien, estaba muy, muy guapa”. Respuesta de la profesora: “Claro, es que estaba muy contenta y me sentía muy segura con lo que presentaba porque conocía el tema”.

Sin embargo, otras sanciones apuntan en sentido contrario. “La directora del departamento, miembro del tribunal de lectura de tesis me aconseja: “Tienes que ir muy guapa a la defensa, así te sientes segura y bien contigo misma.” Todo el secreto consiste en comprender qué significa guapa pues los entornos profesionales modulan los criterios generales de belleza y atractivo. Por un lado, una persona bien vestida, de manera que le favorezca, y que le permite exponer en público su trabajo, sin que sobresalga su físico en sentido positivo ni negativo. Por otro lado, alguien capaz de afrontar la exposición intelectual relajadamente, como si hubiese un mínimo estético sin el cual dicha tarea fuese imposible.

La corrección estética se convierte en la clave de la presentación en público. Esta admite modalidades diversas. Las personas de origen social más humilde, al parecer de E13, cuidan mucho más su apariencia. En ese caso, la hipercorrección delata formas de ocupación del puesto menos desenvueltas. Las

personas de clase social alta, o con un mayor capital cultural, visten de manera más heterodoxa -semejantes, así, a lo que abunda en la Facultad de Bellas Artes.

E12, una profesora con una trayectoria larga de trastornos alimentarios, confirma esa impresión. Procedente de clase media, no se considera bien integrada en el entorno universitario. Previamente trabajó de camarera en un bar de copas, trabajo que le requeriría una exhibición corporal permanente -momento en el que se agudizaron sus problemas de salud. El trabajo universitario le induce a taparse físicamente y a mostrarse más vestida que desnuda. El capital estético erotizado se encuentra mal visto:

Yo lo que sí he tenido una tendencia los últimos años sobre todo desde que hago más deporte, una tendencia a tener más preocupación por la indumentaria antes que por lo que hay debajo. Como si mi cuerpo un poco fuese más mi ropa ¿no?, e intentar cuidar mi cuerpo como cuerpo que intentar ponerlo en valor a través de la ropa, eso sí.

Un cierto sentido de envejecimiento corporal marca la norma. Recordemos que E13 fue contravenida por su “tipito”. Las mujeres mayores del departamento universitario marcan la pauta a través de ropa con un alto nivel adquisitivo. Las sanciones negativas objetivan, cuenta E13, más la mala calidad de la ropa (y no lo olvidemos, de que ésta sea excesivamente provocativa) que la morfología física. Sobresalir demasiado estéticamente le cuesta caro a E12. De este modo explica la hostilidad de buena parte de sus compañeras hacia ella:

Pues las hay de todos los colores, tamaños... Bah, pues mujeres de ciudad pequeña, más tirando hacia el perfil marujilla así un poco, ¿no? Pues casi todas más entradillas en carnes, pues con unos cuarenta y tantos, cincuenta y tantos hasta sesenta años... Eh... no sé en un momento dado si pueden existir relaciones de rivalidad, eso no me extrañaría, las relaciones de rivalidad física entre mujeres. A lo mejor yo estaría más ahí, te quiero decir, eh... que se hayan podido... porque yo, cuando yo he entrado ahí, yo no tengo la

posibilidad de tener una relación de rivalidad física todavía. No sé si cuando tenga una relación de poder, podré o me saldrá hacerlo ¿no? Pero llegando en una relación de inferioridad de poder, tampoco voy a establecer una relación física... eso es lo último que se me ocurriría ¿no? No sé si en ese sentido sí que... se haya podido establecer para conmigo.

Esta demanda de corrección -todo un control colectivo contra las más atrevidas estéticamente- choca con la idea de sobresalir en todo que recordaba E8 de sus años universitarios. La presentación de sí incluye una mayor exposición física y carnal que se combina con el desaliño estético. La estética burguesa correcta se contrapone a la innovación artística y ésta se identifica con la necesidad de apostar fuerte en todos los planos, el profesional y el corporal. El envejecimiento corporal no puede compensarse con el consumo de ropa cara y la estigmatización de la exhibición física desaparece:

Es porque es un trabajo, una profesión que te exige un montón de ti. No es algo que tú hagas mecánico ¿no?, un trabajo mecánico, sino que es estar expuesta todo el rato a querer hacerlo bien, a pintar bien, a esculpir bien. Pues un trabajo de exigencia, de exigencia personal. Y luego muy expuesto al público ¿no?, yo creo que casi todos los oficios o trabajos que se exponen ahí al público o que están valorados por la gente de fuera, te hacen tener una exigencia en ti misma muy grande, fuera de lo normal ¿no?, o sea, que traspasa ahí límites normales. Como que tienes que ser la mejor, porque si no eres la mejor no sobresaes y si en ese trabajo no sobresaes, pasas totalmente desapercibida, y a ti te gusta pintar y tu trabajo, que tú quieres... tú quieres ser la mejor, o al menos yo quería serlo.

- Pero la mejor, desde el punto de vista artístico, pero ¿por qué desde el punto de vista físico? Porque entiendo que la mejor también incluye...

Ya, claro. Pues yo que sé, pues una vez que se triunfa en una cosa, quieres triunfar en todas ¿no?

La exposición física del estudiante de Bellas Artes acompaña un proceso general en el mundo del arte (Moreno Pestaña, 2010: 226-227): la valorización de la carne es cada vez mayor. Por un lado, se abren prácticas artísticas

consistentes en la presentación corporal (por ejemplo, el *Body Art*). Por otro lado, la presentación del propio artista incluye cada vez más su revalorización física. E25, hija de trabajadores, sin estudios, y propietaria de una academia de baile, constata tal doble transformación en su ámbito. La corrección estética consiste, precisamente, en la exposición física:

Mira, cuando yo empecé a bailar pues realmente era todo mucho más simple, no había tanta gente bailando, en el sentido de que, había como cuatro escuelas y cada escuela tenía su personalidad fuerte, el alumnado de cada escuela no se movía de ahí hasta que se hacía con un poquito de refuerzo y nadie se planteaba ir a un gimnasio, por lo menos yo nunca me lo he planteado. La gente se preparaba y estaba enfocado, el tiempo que empleaba en coger fondo o preparar su cuerpo, era mediante el baile, si era para ponerse fuerte de costillas, pues eran brazos, giros, o sea, que la preparación era mediante el baile. En el gimnasio, no había escuchado yo nunca y hoy en día, hay mucha gente que va al gimnasio, pero porque yo creo que la estética y la formación del individuo es otra a la de antes.

- *¿Se exhibía menos el cuerpo que ahora?*

Claro, se exhibía mucho menos

- *Y eso, ¿por qué?*

El porqué no lo sé, me imagino que por los cambios...

- *¿Eso eran los 80, finales de los 80, principios de los 90?, más o menos*

Claro, claro, claro, por ahí

- *Entonces, por ejemplo, ¿los bailarines iban menos desnudos?*

Sí, mucho menos, no bailaban con el torso fuera, a no ser que fuera una obra...no bailaban. Además, los había gorditos, las bailaoras las había con carnes, no entraba el problema de: "Uy, es que estoy gordita", ahora están todas muy preocupadas. Una bailaora gordita es muy sabrosa, las hay, pero la mayoría están todas planitas, con unos cuerpazos finísimos, es otro baile, da otra estética.

La corrección estética, por tanto, incluye la delgadez. La gordura o el envejecimiento no pueden cubrirse con la ropa, como en el caso de las profesoras. El capital económico debe invertirse, por tanto, en la remodelación del cuerpo: no admite, para sentirse estéticamente presentable, el atajo de la ropa cara y de calidad. Mientras que en el caso de las profesoras, el campo intelectual permite resistirse contra la erotización, en el caso de las prácticas artísticas son las exigencias del campo las que lo imponen. La restricción corporal se instala en el paisaje cotidiano. Según E25

- ¿Y tú has conocido a gente con problemas con la alimentación mientras has estado trabajando?, gente que no comiera, gente que...

Hay gente que no come, hay gente que no come, yo las conozco, vamos...que no comen por muchas tonterías que se les meten en la cabeza, y claro, se me marean en la clase, “¿tú has desayunado?”, “no”, es que no puedes venir a clase si no desayunas. O sea, no es que te hartes, pero te levantas temprano y haces un buen desayuno o un medio desayuno tienes que tener, de algo. Pero van con su estómago vacío. Comen regular.

El trabajo de convertirse en artista conlleva entonces más aprendizaje estético. E13, que mide 1.69 y pesa entre 49 y 52 kilos, se convierte en modelo a imitar para sus estudiantes de Conservatorio. E13, además, es modelo para pintores y es una persona acostumbrada a la exposición corporal y a vestir en las antípodas de la corrección burguesa:

- Y entre compañeras y compañeros, ¿hay competencia con respecto a eso?, te lo digo porque normalmente entre las mujeres, eso me sale en las entrevistas, entre las mujeres hay más competencia. Son las que dicen estás más gorda o estás más delgada

Bueno, hay gente, yo creo que en todos los trabajos, que te dicen si estás más gorda o si estás más delgada. También es cierto que hay alumnas que directamente dicen: “ay, yo quiero estar como tú, señor”.

- ¿Eso te lo han dicho?

Eso sí, muchas veces. Cuando daba clases, por ejemplo, a adolescentes quinceañeras, se vestían como yo, se cortaban el pelo como yo...que a mí me sorprendía ¿no? Y ahora, incluso con veintitantos años, dicen: “ay Pilar, ¿qué haces?, ¿tú qué haces?, ¿qué deporte haces?, ¿qué haces?”, es como...sí. Sigue siendo un referente, sin embargo, yo ahora mismo considero que estoy por debajo de mi peso, pero... tengo ahí algunas alumnas que lo manifiestan, vamos. Incluso me han pedido que me vaya de compras con ellas (risas). “Queremos ir de compras contigo porque queremos vestir como tú”, digo “pero si yo hay ropa que...”, quiero decir que yo la moda no la sigo, quizá por eso les parezca tan extraño ¿no?, o quieran imitar ese arquetipo o no sé, algo que ven diferente, no sé. Pero tengo en concreto dos, de un curso.

El capital erótico, la intimidad y la identidad profesional

¿Qué modelo de identidad laboral subyace entre las diferentes prácticas de valorización del cuerpo? En este punto iremos desde el espacio profesional donde la presión corporal es más ambigua y la corrección estética se soluciona con la inversión económica (caso del mundo de la universidad) hasta aquel, de las artistas, donde la exposición corporal acompaña una erotización permanente de las interacciones. Nuestra tesis general será que una mayor exposición física, con la consiguiente erotización de las relaciones humanas, produce una confusión constante sobre las fronteras de un individuo con los demás. El vínculo profesional deriva fácilmente en erótico y los planos de la intimidad y la exposición profesional se transitan continuamente.

“Sin excelencia profesional, el atractivo no funciona”, señala E13. Los mundos profesionales con recursos técnicos no pueden ser colonizados por el capital erótico, o sólo pueden serlo al precio de gravísimas distorsiones -causantes de escándalo y, por ende, de reprimenda pública. El poder del atractivo físico

puede subvertir las jerarquías sociales y culturales en la pista de baile de una discoteca. Conforme nos adentramos en campos especializados incluso el baile debe hacerse según ciertos códigos. E25, la profesora de flamenco, diferencia claramente el ambiente de las profanas (en este caso, las guiris) que vienen en busca de parranda, con riesgos físicos y psicológicos, y el de los profesionales, donde el trabajo corporal persigue la competencia profesional y no sólo destacar en la parranda. La adquisición intensiva, además, resulta imposible, ya que el flamenco requiere compromiso a largo plazo. La excelencia no puede ser asunto de pocos meses:

Hay muchas extranjeras que cogen, "bueno, me voy a España dos meses", y desde las 10 de la mañana hasta las 8 de la tarde o por ahí están bailando sin parar, no comen. Se comen una manzana... pero claro, caen malas. Nada más que por trabajo físico, que no están acostumbradas. Vienen dos meses y venga, pero eso no es sano. Pero vienen a por todas. A por todas, a reventarse en ese sentido, porque no saben lo que es un trabajo...tú no te puedes saturar, no están enfocadas creo yo. Yo se lo digo, a mí me viene bien porque vienen a mi clase y luego van a todas las clases, pero para mí no están bien enfocadas. Tú no puedes venir de una clase, con un montón de trabajo, de pies, de esto, de memoria, mañana tienes que llevarlo limpio, para tener una evolución ¿no? Porque luego tienes que irte a estudiar sola esa cosa, y luego te vas a estudiar conmigo, y tienes que irte luego a estudiar sola esa cosa. Tú te tienes que ir luego a estudiar sólo, como en cualquier carrera, te tienes que preparar y saber lo que has asimilado y saber...hacértelo personal para ti. Y se vuelven locas, caen desmayadas. Caen desmayadas y con lesiones en el cuerpo claro, es demasiado trabajo y no están acostumbradas. Yo tengo una chica que viene de trabajar en oficinas..."no, yo llevo doce años bailando en Chile", vale, y ahora lleva aquí cinco meses y los dos primeros meses cayó mala porque su cuerpo no...le entra tendinitis, le entran contracturas...les da por llorar, porque claro, no tienen capacidad para retener todo lo que ellas quieren, es que no pueden. A no ser que sea una persona que esté acostumbrada, poco a poco. Eso es como si ahora te encierras a...no sé, es que no puede ser, se machacan y no les sirve para nada.

- Eso antes no lo veías ¿no?

Eso no existía antes. Antes estudiabas un par de horitas, con tu escuela y luego tú le dedicabas otro par de horitas, unas más y otras menos, no se estudiaba tanto como ahora tampoco. Ahora hay que estudiar más, que el nivel está un poco alto y para poder trabajar y dedicarte a esto te piden ya muchas cosas

- Es básicamente no comer lo que has visto, ¿no?

Que no comen, pero que no comen por mal hábito, no porque no quieran... porque se levantan tarde y tienen la clase y van sin comer y enlazan y no comen, no son respetuosas con su alimentación. Y luego salen y comen en los bares, y en los bares no se come bien, la verdad, es que no se come bien. Entonces eso no es una alimentación para un trabajo físico, es que eres deportista, aunque sea por medio del baile, con esto terminas empapado

En los trabajos poco cualificados, o con escasos requisitos técnicos (por ejemplo, camarera de un bar de copas), el cuerpo constituía el recurso fundamental de acceso. Con la cualificación, incluso en trabajos donde el cuerpo juega un papel de primer orden, los requisitos técnicos imponen barreras permanentes a los profanos. El capital estético debe combinarse con el cultural. A veces incluso su presencia desata las alarmas y promueve la estigmatización de las demasiado guapas o las que se visten con más riesgo: en aquellos campos donde más arbitrario resulta. En otros, por el contrario, el capital estético se convierte en un componente de la competencia profesional. En ellos, la exhibición corporal es un fundamento de la actividad, pero, obviamente, no bastan para acreditar la competencia.

Los trabajos más codificados intelectualmente exigen más a la belleza y tienden a vaciarla de sus atributos más carnales. E13 lo explica bien: la belleza se encuentra unida a un estado de bienestar interior. Es un mínimo que permite exhibir mejor las competencias intelectuales pero que puede suscitar elogios

envenenados (que infantilizan al sujeto) o críticas abiertas -de incompetencia camuflada con la belleza.

La delgadez, sin embargo, tiene un papel particular en la identidad de los individuos. Además de un requisito de belleza, contiene una garantía moral. E8, que trabaja ahora como diseñadora, considera que ser la delgadez produce confianza en sus clientas, habitualmente responsables de las políticas públicas de mujer. La delgadez proporciona identidad de clase, capacidad de autocontrol y, con ello, separación de aquellos que no se distancian de su cuerpo: la delgadez advierte de la pertenencia a un tejido moral compartido. La experiencia resulta común con todas las profesiones liberales y puede servir como parte de la explicación de sus extendidos rigores corporales:

El modo de vestir afecta. Cómo te presentas de cara al público ¿no?, te presentas elegante o te presentas hecha una piltrafa o con chándal, pues eso habla de tu trabajo, por desgracia. Y el físico pues bueno, yo creo que a veces, o sea, no es que mi trabajo les guste porque yo sea de una manera u otra. Mi trabajo es bueno porque es bueno o malo porque es malo, pero si me ven una chica joven, así, medio guapita, delgada, que es diseñadora gráfica, le atribuyen un valor, a ese trabajo.

- *¿Más entre los hombres o entre las mujeres?*

[Silencio] No tengo casi ningún cliente hombre.

- *¿Son todas mujeres?*

Casi todas sí.

- *¿Cómo son?*

Pues son...las que son más mayores vienen de alguna administración, esto del instituto de la mujer y demás, pero son mujeres...pues de una edad de cincuenta y algo años o así, bastante modernas ellas, actuales y demás. Casi

todas dentro de un ámbito de trabajo del feminismo, y otras mujeres pues son más amigas, más jóvenes, cercanas.

En ese punto se confunde la relación profesional y la relación personal. Y, por tanto, deben negociarse las fronteras muy a menudo. Por un lado, porque la fusión entre ambas se impone y no necesariamente, como explica E8, con la forma de un intercambio sexual. Lo importante consiste en que el trabajo se desarrolla en escenas donde la identificación personal es un requisito y la intimidad casi una condición de satisfacción en la relación. La delgadez importa más que la belleza y se acaba objetivando como símbolo de salud física y mental -pese a que mantenerla cueste ambas a la gente.

Qué resulta o no susceptible de transacción, analizó Arlie Russell Hochschild (2008: 49-70) en su ensayo “La fronteras de la mercancía”, cambia con el tiempo y el espacio social. Hace un tiempo parecía inimaginable confiar ciertas funciones domésticas al mercado entre las clases medias y hoy es una norma. E12 se escandaliza de que alguien puede pensar que, para ascender en la universidad “le haya chupado la polla a alguien”, aunque reconoce que quizá su atractivo le ha facilitado ciertas relaciones. Esa palabra contiene la clave. Una relación no funciona si no tiene un plus que la separe de lo simplemente contractual. Incluso cuando se paga por ella -Freud lo teorizó en su teoría de la transferencia- sin la creencia de que hay algo más, no resulta creíble. Una vendedora lo señala claramente en un grupo de discusión: sin la complicidad, primero corporal y luego moral, la relación -y se trata de una relación episódica y menos constante que la existente en las relaciones de magisterio- con el cliente no funciona:

El público pide también un poquito de sinceridad, o sea, un poquito que tú le digas realmente lo que necesita y que tú demuestres que puede confiar en ti ¿vale? Evidentemente, hay una sensación hoy, que además yo lo noto mucho en la tienda, como que todo el mundo se siente estafado. Estafado en el

sentido de que todo lo que compra es carísimo y no es bueno. El otro día hablábamos de una marca, que además, todas vais a estar de acuerdo, Inditex, cuando empezó a inaugurar las tiendas de Zara, tú comprabas una prenda y yo todavía tengo guardadas prendas de Zara de esa inauguración. Me acuerdo perfectamente de una chaqueta, de un pantalón, de un jersey, pero es que además hoy, compras algo de Zara y a los tres lavados lo tienes que tirar. Entonces, la gente se siente estafada, tal. Entonces, el físico, volvemos un poco al tema del debate ¿no?, el físico es importante, el físico, la expresión corporal, el contacto visual, los gestos.

E15 conoce bien las dificultades morales que plantean las relaciones. Durante un tiempo ayudó a su padre en actividades comerciales y en alguna ocasión los compradores imaginaron que pagaban también su precio y que el sexo iba incluido en la compra. Más tarde, cuando estudió música tuvo que rechazar a varios profesores, que cayeron perdidamente enamorados. En fin, compagina su actividad docente con la condición de modelo, y ciertos galeristas también han reclamado a los pintores, si querían exponer, la presencia de la modelo. Al aparecer, E15 se encontró con problemas similares a los que conoció con su padre.

A veces me tenía que esconder en exposiciones donde había sido modelo. Porque yo me sentía observada y sabía que él iba a por mí, porque lo sabía ¿no?, entonces claro, vas incómoda ¿no?, y al final castigarme por eso. Eso, y por ejemplo, con galeristas, porque no me he acostado con ellos, suspenderle exposiciones y no pagarle cuadros a pintores con los que he posado.

- ¿Te entraban a ti?

Ya te he dicho, por ser modelo o por posar desnuda, por detrás entrarte y como dices que no, a partir de ahí, pin, pin, pin, y llegar a decirme que todo el mundo tiene un precio. Eso me lo han dicho en la cara. Y con profesores, eso, al ser las clases individuales, a veces hay... acosos bastante fuertes, porque bueno, es tu profesor ¿no?, entonces empiezan con las bromitas, con las bromitas y a veces ya no sabes cómo actuar, porque dices, si entro en la broma malo y si no entro, a por mí. Y sí he tenido muchos casos de profesores que como no ha sido lo que ellos han querido, bueno,

muchos casos, siempre, porque como no he acabado nunca con nadie, pero claro... eso es el hándicap.

La inversión corporal de E15 es masiva y en todos los planos: deporte intenso que comenzó a practicar muy joven, técnicas de autocontrol oriental en las que se ha convertido en una especialista, elaboración cuidadosa y planificada de los alimentos. Todo ello no le ha evitado un rosario permanente de problemas corporales, a su parecer, porque está más delgada de lo que desea. En el caso de otras personas, los trastornos alimentarios se han integrado en la existencia cotidiana, configurando lo que se ha llamado en otro lugar cronicidad dulce o integración de la experiencia clínica y terapéutica en la vida cotidiana (Moreno Pestaña, 2010: 253-278). Todo menos renunciar a la sobrepuja corporal. E12 proporciona un ejemplo banal: en su vida el cuerpo y sus diferentes partes requieren atención constante, su exposición preocupa en cada acción cotidiana y se utilizan medios lo más objetivados posibles para medir avances y recaídas. Sin apoyo profesional, tal dinámica sería insoportable pues las prácticas de purgación se incrustan en el quehacer diario:

Sí, laxantes sí utilizo. Laxantes sí e incluso a día de hoy aún sigo tomando... y a lo mejor es como muy avezado decir esto ¿no?, pero me da la sensación que quien ha sido anoréxico o quien ha tenido un problema lo sigue teniendo toda la vida. O sea, toda la vida sigue... teniendo cosas, como de clicks en la cabeza que hacen que, o que te controles por un lado o que de repente pues te descontroles completamente por otro o algo ¿no? Entonces, yo por ejemplo desde que empecé a hacer deporte, porque yo soy por naturaleza... vamos, no sé si se es por naturaleza o no, pero yo desde pequeñita era muy comilona ¿no? Y lo sigo siendo, entonces desde que yo descubrí que haciendo deporte todos los días comía con más tranquilidad y que incluso me sienta mejor, porque yo tengo también el intestino perezoso de este ¿no?, que se me acumula mucho gas y demás, entonces hago las digestiones muy lentas y muy pesadas. Y haciendo deporte, pues no sé si es una cuestión de metabolismo, de... que yo pues, después como y me siento mejor ¿no?, además es como que ya tienes los deberes hechos, ahora ya puedes ¿no? (risas), esa, esa... dinámica siempre la mantengo ¿no? Eh... ¿y

qué te decía?, ah, si de los laxantes. Laxantes por ejemplo cuando estuve en Quebec, que eso más de una vez lo he pensado, porque tuvo que ser hasta peligroso, como además, yo estaba en una residencia universitaria y los baños estaban en el pasillo. Entonces yo siempre he tenido una tendencia al estreñimiento y... hasta que aprendí que fumando, el tabaco y el cigarro, o sea, el cigarro y el café era como... ahí se iba mejor ¿no? Entonces, en Quebec, como no podía ni fumar, ni... y encima los cuartos de baño estaban en el pasillo, tenías que salir, las puertas estaban abiertas, te veía todo el mundo... si una amiga mía se ponía taponos para tirarse pedos porque decía: "así si no me escucho yo, me creo que no me oye nadie", claro, pero te veían las zapatillas por debajo de la puerta ¿no? Y ahí pues, vendían unas tabletas de chocolate, que estaban además buenísimas, parecían una golosina y decía: "advertencia, esto no es una golosina, tenga cuidado con su consumo porque es un medicamento, y tuve una época... Boff, que tomaba prácticamente todos los días.

Conclusión

¿Existe un vínculo entre la presión corporal y el mercado de trabajo cualificado -esto es, que exige estudios superiores? Ciertos oficios, por ejemplo, las profesiones sanitarias, resultan atractivos para quienes desean controlar su cuerpo de manera permanente. Pero es un caso excepcional y cabe decir, en líneas generales, que a mayor capital cultural menor presión erótica, si consideramos exclusivamente la influencia del puesto de trabajo. Porque, ciertamente, la presión existe, pero procede otro lugar: se confunde con una presión generalizada en cuanto ascendemos socialmente: las capas más altas de la sociedad se mantienen con menos peso que las bajas y la delgadez se convierte en un signo de crédito, no sólo estético, sino también moral. Por lo demás, esa presión puede contrarrestarse cuanto más capital cultural exige un empleo. En tales casos, los sujetos pueden verse de halagados a estigmatizados, descendiendo el valor de cambio de sus atributos físicos. La corrección estética -ropa cara y apropiada-

sustituye las barreras corporales por las de clase, aunque nunca completamente. La presión corporal continúa pero nunca de modo coherente y constante.

Eso solo ocurre en profesiones dependientes de campos culturales han sufrido transformaciones que afectan a la morfología física. En el mundo del arte, los constatamos en el canto, la danza clásica y flamenca y en la actividad artística *tout court* -en la cual la valorización del cuerpo del artista juega un papel de primer orden. La historia de ningún campo es homogénea y los sujetos pueden reivindicar sus competencias técnicas sin acomodarse a la homogeneización morfológica. Tal es el caso del flamenco o el canto, aunque parece difícil en la danza.

Además, la presión estética aumenta cuando la actividad profesional requiere escenas con una cierta intimidad, lo que unifica la experiencia de una vendedora, una abogada, una estudiante (que se integra en una experiencia de formación personal a largo plazo) o una modelo. La calidad estética aumenta el rendimiento de la interacción, aunque aumentan también las confusiones sobre qué es lo que se ofrece en la interacción.

En las dos últimas situaciones (transformación de un campo y dependencia de interacciones estrechas en la actividad profesional) tal es nuestra hipótesis, los trastornos alimentarios se encuentran muy extendidos, si la persona quiere mantener los rendimientos que le otorga su capital estético.

Capítulo IV. Salidas del control corporal

Ahora bien, también existen formas de resistencia y creemos que conocerlas puede ser una guía útil para la acción política, ya la protagonicen los poderes públicos, ya los movimientos sociales. Recogemos aquí los resultados de una investigación de 28 entrevistas en profundidad y tres grupos de discusión, completados con otros trabajos anteriores (Moreno Pestaña, 2010). Hasta ahora, en la mayoría de los estudios sobre desviación, se contempla sobre todo los procesos de consolidación de carreras desviantes pero se analiza poco cómo la gente puede descomprometerse de las mismas.

La palabra resistencia se encuentra cargada de connotaciones sociopolíticas. Evidentemente, no se utiliza aquí en ese sentido. Presentamos aquí procesos más o menos conscientes y coherentes de las exigencias impuestas por el capital estético en el mercado de trabajo. La crítica política, cuando aparece, lo hace como una especie dentro del género de rechazos, mucho más amplios y ambiguos, a los efectos que las exigencias estéticas tienen en las condiciones laborales y biográficas de los sujetos.

Comenzaremos reconstruyendo brevemente qué produce el apoyo profesional. Mostraremos algo que ya se ha explicado con más extensión: las terapias pueden compaginarse con una cronificación a largo plazo. Posteriormente, nos referiremos a una experiencia íntima de objetivación, la representada por el amor. En fin aunque nuestro centro de preocupación se encuentra en el trabajo, sin cambios en la experiencia íntima sería imposible separarse de la interpelación que produce el capital erótico. Posteriormente nos concentraremos en el trabajo y veremos varias posibilidades. La primera consiste en perseguir trabajos que permitan el autocontrol

corporal de manera racional. La segunda consiste en cuestionar la necesidad del capital erótico en el mercado de trabajo, insistiendo en la revalorización técnica de la actividad. Para terminar, ya fuera de las relaciones laborales, el individuo puede asumir su cuerpo independientemente de su cotización en mercado alguno. Lo relevante es poder vivir con él y, en ese sentido, exigir a quienes le rodean que lo acepten como lo acepta él.

La acción terapéutica

Una manera de controlar los trastornos alimentarios consiste en ponerse en manos de un terapeuta. Ese control puede conllevar o no el deseo de superarlos. En el segundo caso, el individuo tiene que rehacer completamente sus hábitos mientras que en el primer caso, basta con contener los efectos más destructivos de la anorexia o la bulimia, sin cambiar las disposiciones que promueven la obsesión corporal. Nos encontramos aquí en el caso de la cronificación dulce, un proceso por el cual el sujeto integra los trastornos alimentarios y los consejos terapéuticos en su vida cotidiana. Las prácticas de restricción siguen inalteradas. Esto último sólo puede llamarse salida de los trastornos alimentarios de manera muy torcida. Requiere condiciones económicas y culturales altas, susceptibles de permitir al individuo recurrir al mercado terapéutico según la gravedad de sus síntomas. En fin, el individuo puede desear en ciertos momentos abandonar los trastornos alimentarios pero, habitualmente, prefiere conservar los beneficios derivados de las restricciones. La relación con las terapias es oportunista: elige una u otra, por ejemplo, psiquiátrica o psicológica según su pérdida de control sobre sí. La explicación de su conducta también tiende a la irresponsabilidad: a veces considera que tiene una enfermedad como el cáncer, contra la que nada o

muy poco puede hacer, en ocasiones considera que los trastornos alimentarios son fruto de su singularidad. También en el menú de explicaciones existentes el individuo se conduce como un actor inestable en todas sus preferencias excepto en una: mantenerse delgado sea como sea

Pero, ¿qué efecto tiene sobre el sujeto la terapia? La reordenación de la experiencia con la acción profesional permite apaciguar los rituales de interacción corporal más compulsivos. El uso de fármacos puede ser de gran ayuda al respecto. Lo que conocemos como enfermedad se manifiesta, en ocasiones, como una interminable compulsión a la repetición de comportamientos, sin consideración alguna de momento y lugar. Así lo describe E8, con estudios de Bellas Artes y procedente de una familia de agricultores:

Pues estaba asustada, estaba cansada, o sea, la mente súpercansada, porque notaba que no tenía espacio para pensar en nada más. Ten en cuenta que son, todos los minutos de tu vida, durante ocho años, pensando en la comida. Tengas altos, tengas bajos pero la comida es... te ocupa ¿no?, completamente. Entonces estaba pues eso, asustada, cansada. Cansada porque me daba cuenta de que no estaba viviendo mi vida universitaria, ni estaba aprovechando, que siempre que salía pues me sentía menos ¿no? Mis habilidades sociales, si no era con alcohol, que también el alcohol ha sido un referente presente en mi vida, pues no, no conocía gente ni me atrevía a hablar ni a entablar relaciones ni, pues eso, estaba como harta ya ¿no?, como desesperada. O sea, en el momento que yo acepto las ayudas es como si: "haced conmigo lo que queráis porque ya soy un saquito" ¿no?

En dichas condiciones, el sujeto debe abandonar su empleo. La restricción corporal se impone sobre cualquier otra consideración y la fatiga acaba incapacitando al individuo. Sólo cuando se disfruta de tiempo para no trabajar - algo al alcance de adolescentes y burgueses- el individuo puede pasarse el día sin ingestión y evitando el consumo energético. En el caso de E7 (camarera y

estudiante de origen obrero), la terapia permite una apertura cognitiva, condición de su inserción en el mundo.

- Y, ¿cómo empiezas tú a notar que empiezas a salir?

¿Del tema?

- Sí

Cuando dejo de medir calorías.

Las dos carecían de capital cultural en su familia que les permitiera adelgazar. La terapia les ayudó a adquirirlo de manera racional y organizada. Fue según E8 y como suele suceder, el papel del nutricionista.

Adoraba a la nutricionista, o sea, para mí lo más importante de alguien que tenga esta enfermedad, es que se vaya a una nutricionista directamente. Porque es una persona, de pronto, en la que tú más confías. Es una médica o un médico que te está dando datos exactos, con números y porcentajes de lo que tú puedes engordar, de lo que no. Te pesa, te hace dietas. Yo toda la confianza la tenía en ella.

Por tanto, la acción profesional permite suavizar las compulsiones de los hábitos adquiridos durante la enfermedad y racionalizarlos. Por otra parte, la terapia proporciona un capital cultural necesario para regular la alimentación con el doble objetivo de mantenerse delgada y no desfallecer. Pero la terapia, como puede verse en las palabras de E8, puede reforzar visiones del cuerpo solidarias con la anorexia y la bulimia. El cuerpo se define como un elemento susceptible de control racional, con un objetivo fundamental: compensar ingestas y gastos. La racionalización de ello no corrige los hábitos mórbidos. Al sofisticarlos los refuerza.

La experiencia amorosa

Un segundo modo de objetivación crítica de la obsesión estética lo constituye paradójicamente la experiencia amorosa. Decimos paradójicamente pues pocos espacios de la vida humana han sido tan colonizados por la industria de consumo como el amor. En principio, ha sido la publicidad quien ha puesto en la posición soberana los deseos del individuo, deseos que ninguna regla puede, ni debe, contrariar. La exposición corporal se convierte en condición de la pasión, al menos desde que los bailes sustituyeron a los cortejos familiares. Además, poco a poco, fue el cuerpo quien revelaba la esencia de la pasión y no como en otros momentos la palabra o la escritura. El desplazamiento de lo escrito a la imagen constituye uno de los cambios fundamentales de la vivencia del amor. Según Eva Illouz (2009: 99-101) fue una coalición de la cultura obrera y la cultura de la vanguardia artística la que abatió las restricciones victorianas. La publicidad acompañó ese proceso presentando los bienes de consumo como condición del romance, un romance que requería el cuidado físico constante y la búsqueda de experiencias que enciendan la pasión. El cuerpo junto con la búsqueda constante de aventura garantiza no sólo la experiencia erótica sino también el matrimonio. Éste no se funda ya en la amistad sino en la emoción compartida en la esfera del ocio.

¿Qué parte de la experiencia amorosa puede desconectar de la esfera del ocio y de la búsqueda del impacto visual? La industria de consumo nos proporciona patrones estandarizados pero también la exigencia de que seamos auténticos y protagonistas de nuestro propio destino. En ese sentido, nos ofrece un espacio ideológico complejo, donde se nos pide a la vez imitar y ser auténtico, vivir la pasión en el consumo y fundar el amor en la entrega desinteresada (Illouz, 2011: 28).

E8 se enroló en los trastornos alimentarios imitando a una amiga -rubia, delgada y de clase social más alta- con la que compartió estudios medios y de Bellas Artes. Durante ese tiempo vivió una existencia vicaria, con un cuerpo que imitaba un cuerpo ajeno. En el marco de una relación entre dos, la imitación obsesiva de E8 (banal en la sintomatología de trastornos alimentarios) reproduce una colonización del imaginario propio por el ajeno. Interpelada por su amiga, E8 abandona todo contacto con ella y comienza una inserción intensa en el mercado sexual y en la anorexia:

- Era ligar más que nada por el impacto físico y ya está ¿no?

Sí, sí, sí.

- ¿Tú pensabas que eso tenía algo que ver con la anorexia?

¿Lo de ligar así por el impacto físico o lo de ligar por ligar?

- Sí

A ver, yo creo que todo eso era un proceso un poco de, autodestructivo ¿no?, entonces pues la época mala, si es verdad que a mi lo único que me importaba era... pues yo que sé, conocer gente, follar y, y tener algo que contar al día siguiente. Luego, conforme yo voy estando mejor, pues ya me preocupa más conocer a alguien más, quedar a tomarte un café, no tener que irte a la cama directamente. Y...pues bueno, pues sí, era el mismo proceso, yo no comía casi nada, bebía mucho y quería, quería ligar, o sea, formaba todo parte de lo mismo.

E7 recuerda vivencias similares: la autoconciencia corporal y el rigorismo dietético intensifican su libido, que solo la medicación consigue relajarle. Pese a su libido alta, la conciencia rigorista de sus defectos corporales la volvía incapaz de experiencia erótica:

La vida sexual es distinta con la medicación, porque mientras que no tengo medicación, la libido en mi caso es muy alta. Pero cuanto las estoy tomando, la libido se te va, no tienes ganas de nada.

- ¿La libido es alta en épocas de mucho trastorno?

No, al revés, en mi caso es al revés. Cuando estoy más obsesionada con la comida estoy más obsesionada con mi cuerpo, entonces me da vergüenza desnudarme frente al otro, entonces, como no me siento... no me gusta, no me siento deseada, y si no me siento deseada... no hay nada que hacer.

A E8, la psicóloga le prohíbe el alcohol lo que la obliga a frecuentar otros lugares y mantener relaciones más reflexivas. Pronto conoce a una chica con la que comienza una relación, saliendo definitivamente de la rutina de exhibición e impacto. Las comidas se hacen en común y la individualización de la existencia se relaja. Individualización no significa falta de compañía. Una persona puede estar en lugares públicos y tejer relaciones fugaces o, como le ocurría a E8, imitar secretamente a una amiga. Lo nuevo fue compartir una vida entre dos -con todas las rutinas diarias y con la imposibilidad de alimentarse según criterios privados.

Debemos retener un aspecto. Pese a dominar el imaginario del individuo y las estructura de buena parte de sus deseos, la experiencia erótica del individuo no se encuentra exclusivamente definida por el mercado sexual. La cabeza de E8, pero también su cuerpo, comenzó a tener nuevas ideas sobre qué era una relación erótica: se apoya en una narrativa compartida y en la comunicación verbal. La palabra, como si reactualizásemos briznas de experiencia amorosa otrora hegemónicas, se impone a la imagen:

Claro. Supongo que ya empiezan a caber más cosas en mi cabeza que no son el físico ¿no?, como las cualidades personales, el divertirme con esa persona, que me aporte cosas interesantes, como la crítica, la política y muchas cosas más.

- *Es cuando tú comienzas a pedir que te hagan disfrutar, eso viene después*

Sí, sí, viene con ella sobre todo. Es una chica que me ayuda bastante a pedir lo que quiero ¿no?, digamos que dinamiza conmigo esa...pues ese momento sexual de decir qué es lo que quieres, qué no y de exigir.

Una confirmación de esta disociación entre mercado erótico y sexual la proporcionan las parejas inesperadas. E26 reúne un hambre atroz con un disgusto enorme por su corpulencia. Su nueva pareja, sin embargo, le permite mantenerse como es, pese a que su apariencia y sus gustos se encuentran en las antípodas:

Mi novio, por ejemplo, es súpersano. Mi novio no toma nada que lleve el E-320, el E ciento no sé cuánto... no come nada que lleve aceite de palma, yo ya me sé todo eso y no le puedo comprar nada porque dice que lo estoy matando. Él es obsesivo totalmente, y pesa, el otro día fue al reconocimiento médico, 58 kilos, ¿me entiendes?, y está super obsesionado con el culto al cuerpo, el punto y la i... Él se compra salvado de avena, cuando vamos al Carrefour y yo me compro chocolate, pero bueno...

El autocontrol se convierte en actividad

Recuperemos algo que narramos en el capítulo anterior, pero que tiene relevancia en este. Como recordamos, las profesiones sanitarias registran, en la Encuesta Nacional de Salud de 2006, las tasas más altas normopeso o peso insuficiente ¿Cabe atribuirles el normopeso por una intensa conciencia profesional, más allá de las inevitables consideraciones estéticas? Carecemos de información sobre si el bajo peso entre los sanitarios responde a prácticas restrictivas peligrosas o a un autocontrol para el que cuenta con todos los recursos que proporciona la profesión.

Según E7 los sanitarios forman parte del paisaje de las asociaciones de ayuda a la anorexia y a la bulimia, donde ella tiene una larga trayectoria como paciente.

- *Cuando estabas en el tratamiento, ¿hablas con gente, que se esté tratando también?*

Sí, en el centro hacíamos terapias dos veces al mes, cada quince días había terapia de grupo y hablábamos.

- *¿Cómo era la gente?, ¿me la puedes describir?*

De todo tipo. Están los tipos de anoréxicas como yo digo, bueno de anoréxica o bulímica, que quieren ser súper-modelos, súper o sea, las que quieren ser andróginas.

- *¿Qué edad tiene la gente más o menos?*

De todo, ya de todo. Al principio éramos gente más o menos de la misma edad, 18-30 años, ese rango, pero ahora ya...desde los 14. porque las llevan de los pelos los padres, hasta gente de 50.

- *¿En qué trabaja la gente mayor?*

¿La que está allí?

- *Sí*

Pues son, o profesoras o matronas.

- *¿O profesoras o matronas?*

Sí, profesoras, matronas y enfermeras, creo. Cosas de cuidados y cosas de esas.

- *Las que están con anorexia, con tratamiento*

Sí, las que estaban en el centro conmigo sí.

¿Cómo explicar este vínculo entre las profesiones de salud y las personas con restricciones alimentarias severas? El caso de E4 permite plantear una hipótesis, reforzada por otros dos casos (analizados y presentados en Moreno Pestaña, 2010: 156-161) Los trastornos alimentarios de E4 se desencadenaron cuando tenía 14 años. Practicaba baloncesto y se aprestó a imitar la línea de una compañera - muy delgada y procedente de una clase social mucho más alta. Como militar profesional alcanzó peso debido a las restricciones que impone la vida en un buque: poca capacidad de movimientos y observación constante por parte de las camaradas. Ni podía seleccionar comida -que estaba impuesta por el régimen de vida- ni tampoco se confrontaba a un mercado corporal demasiado exigente: el resto de mujeres acumulaban más grasas que ella.

Posteriormente comienza una formación como terapeuta de medicinas alternativas. Esa formación le permitirá, por un lado, darse como objetivo de trabajo el control del cuerpo, con los beneficios que supone para una persona con una trayectoria larga de anorexia. He aquí la primera ventaja de una profesión médica para quien se enrola en una carrera de control corporal permanente. El control y la evaluación de las comidas y quedan integrados en sus rutinas:

Sí, yo siempre ya me cuido, siempre me cuido. Me cuido pero no hago dieta, sino que si tengo un paciente a las diez de la mañana pues a las nueve ya estoy desayunando o ya desayunada para que no me pille el toro. Además procuro tomar mi kefi (sic), mis cosas... cosas que me den energías porque después no sé si voy a poder tener descanso o no. Afortunadamente hay días, hay mañanas que no descanso y hay días que sólo tengo un paciente. Pero sí, las comidas sí. Procuro dejar organizadas las comidas por la noche para que no me den las tres y pico o las cuatro para comer. O sea, yo eso lo tengo bien organizado, porque yo creo que si tienes hambre, no estás en lo que tienes que estar. Yo con el estómago vacío soy incapaz de pensar, estoy como... yo creo que se me va un poco la mente si no como, porque alguna vez he estado con algún paciente hasta más tarde y ¡uf! No podía con mi alma.

En segundo lugar, E4 siempre discutió con su entorno cómo comer y cuánto. En un medio de clase trabajadora donde se admiraba la abundancia, las cantidades y alimentos que ingería recibían críticas. Ahora puede legitimar sus opciones con discursos sanitarios. Tercera y última de las razones: en su nuevo entorno la gente es como ella y modula su cuerpo con los mismos objetivos, reforzando constantemente su compromiso de adelgazamiento.

- *Estábamos hablando de tu trabajo con tus pacientes y yo te preguntaba si tú pensabas si tu apariencia era importante, y me decías que sí*

Sí, es importante. Porque además yo creo que hay todo tipo de pacientes, es que no hay un perfil de paciente que yo tenga...para este tipo de tratamiento. Lo mismo te viene una paciente que es un poquito más hippie o que te viene el chico que es metro-sexual a darse un masaje y luego te viene un chico a lo mejor vestido en chándal, más distendido. Porque yo pienso que la imagen de una persona que trabaja sobre todo con el tema de salud y de...tiene que tener, tanto yo, como lo que es la consulta todo muy limpio, que las toallas se vean blancas, que todo se vea bien. Y en cuanto a si hay que estar más gorda o más delgadita, hombre...si por ejemplo hay una persona que viene a darse acupuntura para perder peso y yo peso 80 kilos, pues puede decir: "¿y tú dónde te has puesto la aguja?", ¿no?, ¿me entiendes?...pero, quitando eso, no sé, es como si la chavala que te peina está con trasquilones. Pero bueno, quitando eso, si a lo mejor hay una persona que viene a tratarse de depresión, no creo que le importe si yo peso 10 kilos más o menos, no sé...a no ser que venga a tratarse de obesidad.

- *Tus compañeras terapeutas, ¿son delgadas, son gordas?, en general...*

Pues mira...no recuerdo ninguna gorda, la verdad.

- *En la academia, en los cursos...*

No, que va...delgadas, no recuerdo ninguna gorda. Mira, para no mentirte, había una, que te puedo decir que pesaría los 70 y tanto o los 80 kilos y que era de mi estatura, o sea, gordita. Y esa era la más rarita, la más rarita en el sentido de que siempre estaba la última, hablaba poco,

después tenía una voz muy...era muy tímida, no sé. Siempre estaba sonriendo pero era muy tímida, muy introvertida, y esa chica era la que más peso tenía. También, siempre, no sé...no pegaba con nada...un poquito más desaliñada. Limpia pero un poco desaliñada. Pero quitando esa excepción, que era excepción no sólo por eso, sino un poco por todo, porque era siempre la que... no sé, nunca preguntaba nada, no se le oía. Es más, un día salimos todos, era feria y entonces había un seminario que coincidía con el fin de semana de feria. Entonces, muchos compañeros se vinieron el viernes para estar en la feria y luego el sábado hacer el seminario, eso los que venían de fuera. Y recuerdo que ella venía de Chiclana, y entonces quedamos en la feria y ella se perdía, se iba por ahí sola, estábamos comiendo y ella decía que no comía, no sé...no sé lo que le pasaba.

- Y entre las pacientes, aunque ya me has dicho que no hay un perfil concreto, pero ¿tienes muchos pacientes gordos o gordas?

No, no... son delgados.

- Entonces si tuvieses que describirlos, tú dirías que la mayoría son delgados

Sí, sí, delgados. En general son, o como yo soy o más delgados. Es decir, entre un peso medio normal a delgados. Sobre todo las mujeres que vienen...sí, porque vienen todas con ansiedad. En realidad, quitando los tres casos de mujeres que vinieron por obesidad, el resto no son gordas, o más bien son delgadas.

Otra posibilidad consiste en convertir la propia experiencia en credencial de acceso al mundo universitario y/o cultural. Caso, por ejemplo, de E7, quien llegó a la conclusión de que se podía vivir de estudiar los trastornos alimentarios. La expansión de un estilo, en las ciencias humanas, de relato en primera persona, muy ligado a ciertas corrientes de la etnografía y los estudios culturales, permite apoyarse en el capital de experiencia para revalorizar el propio discurso. En fin, estudio y la consideración de problemas corporales puede ayudar a no perder la tensión respecto de los mismos, lo que reproduciría en las ciencias humanas y

sociales una dinámica idéntica a la detectada entre los sanitarios: para evitar que el control corporal interfiera en tu trabajo, nada mejor que dedicarlo a ello, entre gente que también lo hace y que, por tanto, comprende que cualquier actividad compartida (comer, salir de copas) debe incluir entre sus previos el cincelado del cuerpo.²⁹

Liberar el trabajo del capital estético

Todo trabajo tiene componentes estéticos y técnicos. Puede darse la situación de que los primeros acogoten a los segundos y los reduzcan a la mínima relevancia. E12, así, fue contratada en un pub por “estar buena” y cuando se lo anunciaron sabía cuáles serían las condiciones para permanecer. Mantenerse incluso mejorarse físicamente y utilizar su atractivo para atraer y mantener a los clientes. Resulta difícil pensar cómo E12 hubiera podido reformular su empleo para hacerlo menos dependiente de su capital estético.

El trabajo de vendedora en una tienda de moda ofrece más posibilidades. E1, trabajadora de una tienda y la más antigua entre nuestras entrevistas, recuerda la diferencia entre aconsejar ropa que siente bien y vender. Para lo primero, se necesitan competencias similares a la de un modisto: no en fabricar la ropa, pero sí en elegir entre las posibilidades disponibles qué sienta mejor. Vender consiste, según ella, en imponer una ropa: unos colores, un modelo, una talla, sin preocuparte de cómo se encarna en cuerpos concretos. Aparece aquí una revalorización técnica del trabajo de vendedora que, en el caso de E1, se combinaba con prácticas de control de la desviación. Una compañera bulímica recibió apoyo constante: por ejemplo, evitando que fuese al baño sola e intentando que compartiera la comida común.

²⁹ Se ha dedicado una extensa nota a la cuestión en Moreno Pestaña (2010: 222-236).

Con menos claridad, el discurso de E1 reaparece entre las trabajadoras más mayores. En un grupo de discusión E27 (casada con un ordenanza y con estudios de EGB) reclama su competencia como vendedora pese a desentonar estéticamente.

Yo llevo 25 años vendiendo y nunca he mentado en mi trabajo, y he vendido pequeños electrodomésticos, que es un tema un poco, verás... yo en perfumería llevo dos años y no he tenido ningún problema. Yo no tengo un físico despampanante y yo no tengo ningún problema, yo tengo experiencia en ventas. En los años que llevo trabajando, mi físico nunca ha sido un obstáculo. Yo siempre he sido lo que veis, yo tengo 50 años ya, ya he batallado... También he tenido otras tallas, he tenido, en fin, debido a ciertos problemas cuando se llega a ciertas edades, es que engordas.

Ciertamente, solo resulta posible en ciertos sectores de la venta, como el de E22: el producto que vende no invita a la emulación estética y su público no persigue los mejores diseños para realzar su figura. Como le recuerda E28 (con 28 años, estudios de grado medio) y dependienta su apuesta exige cerrarse a ciertas oportunidades de empleo. Si eso cambia, observa lúcidamente y quizá sobreinterpretando ciertos acontecimientos, será porque las conexiones entre los empleos y la moda de elite transmitan otros prototipos corporales. La resistencia al capital estético es muy difícil porque para comprender la lógica de cuanto se vende en una tienda (los tejidos, los colores, las tallas distintas según secciones) necesitamos trasladarnos a muchos kilómetros de distancia y a espacios sociales exclusivos. Son ellos quienes imponen el patrón:

Verás, es que ya hemos cambiado un poco de tercio. Yo he tenido trabajos en los que me han cogido por ser rubia ¿vale?, en los que el requisito era ser rubia. Antes cogían a chicas más delgadas, que tú las veías y... hombre, yo nunca he sido gorda, pero sí una chica con curvas, y tú ibas a un Berska o a un Stradivarius y te deprimías, yo salía de allí medio deprimida. Pero es que eso también ha cambiado porque

culturalmente hemos cambiado, porque antes también ibas a las tiendas de belleza, de cosmética y todo lo que había eran muchachas jóvenes que te intentaban vender unas cremas que ellas no necesitaban, y te las ponían como ejemplo. Pero es que ahora, culturalmente hemos cambiado bastante, en el sentido de que también venimos ahora de la moda de Hollywood, antes, en los 90, en el principio de los 2000, estaban modelos como Claudia Schiffer, Kate Moss, andróginas, era lo que se llevaba, chicas súper delgadas, súper escuálidas... de hecho, llegó un tiempo que iban maquilladas de forma que se les viera mal aspecto, hubo una época que se llevaba eso, el ir como con los ojos cansados y... entonces, lo que tú veías era eso. Pero ahora, ¿qué es lo que tenemos?, ahora tenemos chicas como Scarlett Johansson, que vienen con sus curvas, tenemos a mayores que promocionan cremas anti-edad, antes no lo teníamos. También eso, culturalmente, ha hecho que cambie la mentalidad, a la hora de ver a las personas que representan. Ahora ves a chicas como la actriz Christina Hendricks, una talla 44-46, que ahora está considerada como una de las mujeres más sexys del mundo, ¿eso cuándo lo hemos visto?, pues ahora las tiendas también quieren representar esa mezcla.

E29, de 35 años y que trabaja en un stand de cosmética, recuerda en la conversación que los requisitos estéticos son fundamentales para las empresas - cuestión que podría rubricarse con abundantes declaraciones. La resistencia, en el mundo de la moda, nunca puede ser individual. Las condiciones de trabajo de E1 -una firma de nivel local que trabajaba en condiciones de casi monopolio, una dirección paternalista, una fuerte solidaridad entre trabajadoras y una cierta politización- existían durante la Transición española, pero no hoy:

Yo he tenido otro caso reciente, de una compañera nuestra, en una firma que no voy a dar el nombre. Había una compañera que era buenísima, muy trabajadora, estaba rellenita, muy simpática, y además, vendía muchísimo. Y llegó un día el jefe, el jefe de la firma, porque allí, sus compañeras de ECI estaban muy contentas con ella porque era muy trabajadora, era una trabajadora nata, vamos, para mí, incluso me gustaba muchísimo, de hecho si algún día hiciera falta para mi firma, yo la recomendaría. Entonces, llegó un día el jefe, el que está por encima que nunca ve nada, y nada, se reunió con las compañeras y les dijo que a

esa chica, como estaba gordita no la quería y al día siguiente dejó de ir. Y era, una de las mejores trabajadoras que he visto yo por ahí. Entonces sí que sigue influyendo bastante. De hecho, hoy está colocada en oro sitio, no de lo suyo, pero está colocada. Vamos, que el físico afecta de cara al jefe, no de los trabajadores.

El control patronal aporta una parte de la presión, la otra procede de las propias trabajadoras. Las tiendas, sobre todo las más juveniles y exclusivas, promueven una elite estética que compensa simbólicamente los sueldos reducidos y las extensas jornadas laborales. Las trabajadoras acceden a los diseños más en boga, participan de una cultura de la parranda que permite el contacto con los chicos y chicas más guapos de su edad, acceden y consumen gratuitamente en ciertos locales y, sobre todo, su trabajo les aporta un capital cultural que las convierte en centro de buena parte de sus relaciones: a veces con clientas de mucha alcurnia de quienes se convierten en consejeras y proveedoras estéticas. La investigación constata continuos juegos estéticos de competencia horizontal entre trabajadoras aprovechando los más variados entornos (vestuarios, trabajo, calle). No resulta extraño que, en la situación de un grupo de discusión, y entre trabajadoras menos jóvenes, hubiera que esperar casi hasta la hora para que el sentimiento de cierre simbólico se expresara. Pero lo hizo pese a la resistencia del conjunto, significado sobre todo por E31, delegada sindical en Carrefour, y que defiende las competencias técnicas. Esas cualidades relacionales funcionan en su centro de trabajo en el que ella misma, antes, se le ha quitado a los uniformes todo glamour. No en el marco al que se refiere E30:

E30: Yo personalmente, y no soy hipócrita, yo realmente, que ya digo, que después voy a valorar muchos más aspectos pero lo primero...yo, no voy a meter a una persona gorda, a ver, lo digo y yo creo que cada una lo haría

E31: No

E30: Yo tengo un negocio personal...

E31: No hables por las demás

E30: A ver, si fuera tu negocio...

E31: No

E30: Si fuera tu negocio, depende del negocio, ¡joj!, depende el negocio

E31: De venta al público, de cara al público, de ropa, de lo que tú quieras. No, yo no me siento hipócrita y te lo digo porque lo dije al comenzar la reunión, es que para mí no es lo más importante. Yo quiero que sea trabajadora, que no se escaquee, amable, simpática...

E30: Pero perdona, ¿me has escuchado lo que he dicho al principio?, he dicho que hay muchos aspectos, que no es solamente el aspecto físico, que por supuesto...pero lo primero, lo primero como a todo el mundo, tú entras en un establecimiento y lo que te llama la atención...a todos, a todos

E31: Yo te digo que no, lo siento hija, no

El resto de las participantes comienzan a negociar hasta donde la dirección puede imponer buena presencia, desatando el fantasma de maniqués serviciales cercanos a la prostitución. E32, dueña de una tienda de premamá y de 53 años, acude al prototipo de una mujer esclavizada, sin lograr que E30 ceda. Posteriormente, E32 logra imponer una versión más ligera del capital estético: sólo exigiría lo que ella, ya no como empresaria sino como consumidora, desearía ver en una tienda. En ese momento hasta E30 le concede razón:

E32: En Emiratos Árabes, labios rojos y uñas rojas y a partir de ahí las miden, las...pero es que, es que... en ese aspecto, la presencia física es, no lo primero, sino lo anterior a lo primero [...].

E31: Es que cada empresa pone sus pautas, sus normas, es que hay que respetar, porque a lo mejor yo tengo un negocio y digo "bueno, pues lo a las chicas que quiero tienen que ser morenas y que midan 1,70", ¿no?, pues eso es lo que yo quiero en mi empresa. [...]

E32: Pero el aspecto físico es el flash principal, para mí, porque vamos, aparte de ser yo vendedora también soy consumidora. Porque yo tengo hijos de veintitantos años y si yo entro en una tienda para comprarles algo a alguno de mis hijos, miro a la persona a ver cómo va vestida. Y muchas veces le digo: "mi hijo lo que quiere son zapatos como los que tú tienes"

E30: Sí, o que te llegan y dicen: "¡ay, qué me encantan la falda que tú tienes!, ¿dónde la has comprado?"... "Pues quilla, vé arriba que está en la segunda planta"

Otros grupos de discusión, compuestos por trabajadoras más jóvenes de una ciudad más grande, no imponían tantas censuras. E32, a la que todo el grupo alaba su excelente físico, dispone de la mayor titulación y procede de la clase social más alta. Puede decir sin que nadie lo conteste:

Luego sí, nos ponemos todas muy finas, todas queremos que estén embarazadas en todos lados... pero cuando entras a un sitio, tú vas a comprar algo que tú quieres, tu deseo. Entonces, si tú vas a una tienda, tú no quieres ver gente gorda ni quieres ver ropa de gente gorda.

La gordura, tal es la cultura entre las trabajadoras, excluye naturalmente de trabajos como los suyos. Trabajos en los que se satisfacen deseos, imposibles de modelar por lo políticamente correcto.

Conforme aumenta la cualificación profesional, acudir a los requisitos técnicos se vuelve más fácil y legítimo. Ciertos puestos de trabajo se encuentran monopolizados por ciertos prototipos estéticos. Trabajar en cierto museo requiere - aconseja el director de tesis a una profesora- ser rubia y sofisticada. A la vez existen continuas sanciones a quien no se cuida. Pero cuidarse quiere decir algo distinto entre vendedoras de moda y universitarias. Si las segundas asumiesen la presentación estética de las primeras alguien las pondría en su sitio: un capital estético muy valorizado en síntoma de inmadurez o, aún peor, de que consiguió

el puesto con recursos equivocados. Cuidarse, fundamentalmente, consiste en ir arreglado, esto es, no en exhibir la carne sino la ropa.

El mundo del arte ha visto crecer también las exigencias estéticas. En la ópera o en el flamenco (por no hablar del siempre exigente mundo de la danza), la gordura cotiza tan bajo como en las tiendas. Dado que son sanciones informales (en la danza son públicas y formalizadas), las personas pueden remitirse a la historia de su campo (donde la excelencia y la corpulencia se daban la mano hasta hace muy poco) para reivindicar sus cualidades técnicas.

La crítica política

Por último, existe la posibilidad de una crítica política de la imposición del capital estético. Política puesto que relaciona éste con relaciones de poder arbitrarias, susceptibles de modificación y escoge criticarlas desde repertorios críticos compartidos. El discurso sobre el poder, cuando se une a la idea de que cualquiera de las formas de éste son inevitables -o todas valen lo mismo: exigir que estés delgada para vender pantalones o para bailar- o se confronta desde las estrategias individuales carece de relevancia política.

Ésta puede aparecer, en el mundo del trabajo, cuando se ha interiorizado la crítica técnica, en suma, la persona se convence de que su apariencia física solo es un añadido insustancial a su labor. Cabe decir que no se encuentra muy extendido. Entre las vendedoras apareció tímidamente en E31 (representante sindical) pero fue incapaz, como se ha visto, de resistir las acometidas del resto de las participantes.

Más intenso fue en E33, que procede de clase media y trabaja como gestora cultural. De hecho, ser vendedora le sirve para mantenerse económicamente mientras pelea por sacar adelante una empresa cultural. Denunció en el grupo de discusión las exigencias más invasivas de las tiendas -cierto que cuando este llegó al final y tras continuas promesas de respetar el anonimato-: la incitación a salir por la noche de fiesta para exhibir los modelos y captar clientela y la falta de tiempo para comer, especialmente lesivo para trabajadoras con salarios casi mileuristas, jornadas laborales agotadores y obligadas, además, a mantenerse esbeltas -lo cual requiere o bien condiciones económicas para comer sano o bien tiempo para preparar tu condumio. Ya, en una entrevista individual, habló con más tranquilidad aunque cada una de sus frases se encuentra quebrada por el miedo. Así y todo su compromiso es excepcional y depende, en parte, de que E33 dispone de redes sociales más amplias y fuertemente distanciadas de sus compañeras. El mundo de la cultura no solo le provee un futuro laboral alternativo sino también marcos ideológicos distintos. Sólo en condiciones similares resulta factible afiliarse a un sindicato y enfrentarse a los ataques de las compañeras y la dirección:

- *Tú te afiliaste a un sindicato*

Yo me afilié

- *¿Cuándo y por qué?*

Hace poco, hace pocos años. Hombre, porque estoy hasta los cojones de que me tomen el pelo, y como veo que con las compañeras no se puede hablar porque lo aprovechan para darte una puñalada.

Bueno, yo de hecho lo comenté en la tienda que estábamos y...luego dije, "lo callaré hasta la muerte, no he dicho nada". Bueno, mi jefe, me acuerdo que no sé qué ocurrió con los festivos y tal y le dije: "bueno, me gustaría preguntarlo a tal" y bueno, ya eso me lo repitió veinte veces: "tú puedes preguntar al sindicato, no sé qué, no sé cuánto...", ya era, cada conversación, como que yo era una rebelde ¿entiendes?

- *Los sindicatos allí son la peste ¿no?*

No, no. Es que yo no he trabajado en ninguna empresa que tuviera sindicatos. Tiene Inditex, en aquel entonces, que yo ni sabía que tenía, y luego en las demás empresas que yo he trabajado, no tenía ninguna un sindicato. Es que tú no puedes...es que yo digo... yo entro en un trabajo ahora nueva, y digo: "oye, ¿por qué no creamos un sindicato?", y es que estoy en la calle. Habría que hacerlo por detrás y tal, y como están las cosas, yo lucho por mis derechos, pero es que yo necesito también trabajar, José Luis, ¿cómo coño lo hago?

- *Que sí, que sí*

Pues me afilio yo a mi bola, pregunto yo a mi bola y he aprendido la lección en este último trabajo, que cuando me digan: "¿Tú estás afiliada?", y yo diré: "No".

El feminismo proporciona otro recurso de crítica política. Por supuesto aparece entre intelectuales y artistas. Sin embargo, no va de suyo que contribuya a la crítica del capital estético porque puede no contemplarse como algo arbitrario. Por tres razones: en esos medios, la elaboración discursiva ayuda a presentar la delgadez como asunto de salud o de estilo; además, los trastornos alimentarios tienden a concebirse como una rebelión feminista, desconectados de cualquier preocupación estética: se admite, a lo sumo, que existe un trastorno vulgar centrado en la moda que no es el de ellas, las intelectuales. En fin, entre las clases medias y altas, los datos estadísticos lo rubrican, el peso insuficiente se encuentra muy extendido. E8, con estudios de Bellas Artes y diseñadora gráfica, considera que en su trabajo con las instituciones le sirve ser guapa y delgada. Habla con mujeres, feministas a las que eso les da confianza. La delgadez es casi una puerta de entrada a ciertas clases y aunque se permiten las excepciones, también se penalizan:

El modo de vestir afecta. Cómo te presentas de cara al público ¿no?, te presentas elegante o te presentas hecha una piltrafa o con chándal, pues eso

habla de tu trabajo, por desgracia. Y el físico pues bueno, yo creo que a veces, o sea, no es que mi trabajo les guste porque yo sea de una manera u otra. Mi trabajo es bueno porque es bueno o malo porque es malo, pero si me ven una chica joven, así, medio guapita, delgada, que es diseñadora gráfica, le atribuyen un valor, a ese trabajo.

- *¿Más entre los hombres o entre las mujeres?*

[Silencio] No tengo casi ningún cliente hombre.

- *¿Son todas mujeres?*

Casi todas sí.

- *¿Cómo son?*

Pues son...las que son más mayores vienen de alguna administración, esto del instituto de la mujer y demás, pero son mujeres...pues de una edad de cincuenta y algo años o así, bastante modernas ellas, actuales y demás. Casi todas dentro de un ámbito de trabajo del feminismo, y otras mujeres pues son más amigas, más jóvenes, cercanas.

Falta aquí aquello que permitía la revuelta de E33: la conciencia de que el capital estético es una imposición improcedente en sociedades libres, sin ninguna aportación respetable -las tiene, pero son discriminatorias con las mujeres y obligan a un cuidado mórbido de la línea- en el trabajo o en la vida.

Conclusión

Acción profesional, amor y, en condiciones específicas, el trabajo proporcionan herramientas críticas contra la presión corporal. La primera permite distanciarse de la compulsión repetitiva característica de hábitos contruidos con el objetivo, en cualquier tiempo y momento, de adelgazar. La segunda ayuda a construir en común aspectos íntimos de la existencia y, además, permite comprobar

la distancia -nunca muy grande- entre el cuerpo placentero y merecedor de amor y deseo y el construido por la norma comercial. El trabajo, en fin, sobre todo en tiendas de moda, puede también conocer objetivaciones de la presión estética: se oponen a ella el despotismo patronal y la complicidad activa de muchas trabajadoras, atrapadas por el miedo pero también por los privilegios de pertenecer a una elite estética, con sueldos y horarios proletarios sí, pero elite al fin y al cabo.

No hay misterio en saber cómo puede actuarse contra el despotismo patronal. Basta con cumplir la ley. Sucede que nuestras sociedades, como escribió Foucault, se apoyan en una gestión diferencial de las ilegalidades: unas se persiguen y otros no. Pero intentemos en esta conclusión responder a una pregunta más difícil. ¿Podría el Estado modificar los criterios de definición del capital estético?

La definición del capital corporal no es ajena, por acción o por omisión, al Estado. Para aclararnos sobre el Estado, insiste Bourdieu (2012), debemos romper con la idea de que es una entidad separada de la sociedad civil. En realidad, por un lado, hay diferencias entre grupos con más o menos acceso a los recursos públicos según su posición en el espacio social. Por otro lado, hay procesos más o menos importantes de control por parte del Estado de los diferentes recursos que hay en un país. Cuando, en mayor o menor medida, los recursos públicos son controlados por cuerpos de especialistas -controlados constitucionalmente- que actúan emitiendo leyes con pretensión universal, el Estado resulta más fuerte, hay más Estado en el sentido de servicio público. En segundo lugar, cuando las leyes del Estado pretenden y pueden controlar mejor las relaciones entre las diversas configuraciones sociales -familia, arte, economía,

ciencia- el Estado se convierte en un ordenador de las relaciones que los diversos espacios sociales pueden mantener entre sí.

El análisis de las comisiones de expertos, su composición, las resoluciones que adoptan, la fuerza que tienen éstas es una de las claves para comprender efectivamente qué es el Estado y quién lo compone. En primer lugar, quienes son los grupos con mayores accesos a los recursos públicos. En segundo lugar, qué poder tienen esas instancias públicas para dominar la vida social, es decir, cómo son capaces de imponer o no reglas de control de una parte del espacio social sobre otras. Recordemos qué sucedió respecto de las tallas con una comisión de expertos.

El 23 de enero de 2007 el Ministerio de Sanidad y Consumo firmó un acuerdo con las diferentes cadenas textiles para unificar las tallas de ropa en España. Sin duda, las asociaciones de enfermos de anorexia, con su capacidad de influencia de las mismas (algo que tiene que ver con sus recursos económicos y culturales), alertó acerca de la diferencia entre tallas no solo entre las diferentes cadenas textiles, sino incluso dentro de las propias tiendas. Evidentemente, eso produce malestar en las mujeres, siempre y cuando supongamos que no pueden dejar de comprar ropa o ir con ropa ancha. Es decir: siempre y cuando supongamos, es la *doxa*, que la exhibición corporal y vestimentaria es una ley fundamental de la autoestima (podría ser conocer la tabla periódica de los elementos, o discurrir sobre Calixto y Melibea). El gobierno, supuesto coordinador de las diferentes especies de capital, existentes, convocó a los diversos sectores y propuso, por que tal es el formato de la acción del Estado, un estudio científico sobre las tallas. La ciencia antropométrica se vio investida de la misión de decir la verdad sobre el mundo social, es decir, de definir qué capital corporal debe tenerse para sentirse bien con la ropa que uno se compra. El estudio, fechado el

7 de febrero de 2008, establecía tres morfotipos corporales y los definía según clases de edad. A partir de tales morfotipos se propuso un sistema de tallaje que las marcas se comprometieron a respetar. El metacapital estatal intenta controlar el mercado de la moda para proteger el campo familiar (o al menos a algunos de los portavoces del mundo de la familia) y para ello recurre al campo universal por antonomasia: el campo científico.

El resultado se conoce. Las marcas no respetaron el acuerdo por la sencilla razón de que sabían que el mismo se apoyaba en un supuesto que hacía imposible respetarlo. Es éste: la competencia corporal es una de las condiciones de la jerarquización cotidiana en nuestras sociedades. Esa competencia se basa en la distinción, la sobrepuja y la jerarquía, y quienes reivindican marcas más científicas, tallas más amables, quieren jugar el juego reduciendo su dureza pero no renuncian al juego mismo. El Estado no hizo nada para imponerse porque su control sobre las diferentes especies de capital es cada vez menor: el capital corporal lo definen las élites y no el Estado neoliberal porque este solo actúa favoreciendo al capital financiero y cada vez menos a las familias. Se trata de un Estado que renuncia a modificar las jerarquías entre las diversas especies de capital y a imponer un control público y científico sobre el capital corporal. Y las elites piensan que quienes se quejan de las tallas “son envidiosas, son las típicas madres gordas que se sientan en el sofá y todo el día están comiendo patatas fritas” (Karl Lagerfeld).

Sin embargo, existen recursos y tan sencillos como los consistentes en apoyarse en una fracción del mundo de la moda. Una diseñadora entrevistada insiste en el escándalo que causa la obsesión por las tallas reducidas, también entre los diseñadores y como todo ello favorece la anorexia y la bulimia.

Efectivamente, estuvimos en un estudio también en el que nos reunieron a un sector de la moda de aquí de Sevilla y la preocupación sigue siendo esa, o sea sigue siendo que la salud forma parte de... desgraciadamente tiene una relación directa para mal en este caso con el mundo de a moda, ¿no?, porque toda esa exigencia que hay por parte de las agencia de modelos, por los profesionales que forman a las modelos, siempre es “qué gordas estáis, qué gordas estáis”, aunque estén delgadas ¿no?. Entonces eso llega un momento en que ya te decía, que si la chica no tiene la cabeza bien amueblada pues puede caer en ese exceso de delgadez y convertirse desgraciadamente en una enfermedad como la que padecen muchas.

Además, como bien dice, el sector de la moda necesita de la administración para sobrevivir, para publicitarse.

Hubo una época en la que nos sentimos un poquito más apoyaos por medio precisamente de la Junta y de los organismos oficiales, que en definitiva son los que te pueden ayudar con subvenciones o ayudándote de alguna forma para poder llevar a cabo este tipo de pasarelas que oye, que en cualquier lugar de España hay alguna pasarela reconocida, ¿por qué Andalucía no puede tener una pasarela como dios manda, no? Por eso estamos luchando, por eso yo como representante de la moda andaluza cada vez que tengo oportunidad pido y reivindico esa ayuda que necesitamos los profesionales.

Otra diseñadora, más joven, insiste en que hay un mercado potencial enorme para tallas grandes, susceptible de ser promocionado por medio de incentivos públicos:

Hay un sector, por ejemplo el de las tallas grandes de mujer, que es un sector que está poco explotado y mucha gente no quiere diseñar porque no es lindo diseñar para una chica gorda porque las proporciones son bastante deformadas y estéticamente no se ve igual de bonito pero a nivel de negocio es un negocio muy bueno. Porque si tú te vas por ejemplo a un barrio mayorista aquí en Andalucía, Barcelona o Madrid del total de los negocios que hay puede haber solo 2 o 3 de 100 que sean de tallas grandes, o sea no

es nada la proporción, o sea que el negocio existe para hacerlo. Pero claro, a nadie le gusta trabajar con tallas grandes.

P: Entre los diseñadores ¿a nadie le interesa las tallas grandes?

F: Mira ni Zara tiene tallas grandes, ¿sabes? Acá yo hice un estudio de tallas grandes porque quería hacer una empresa pero al final no pude confeccionarla, pero tallas grandes aquí en España... Mira, tenemos una tienda en el hotel Incosol que es un hotel que va la gente a adelgazar aquí en Marbella y tenemos una tienda dentro del hotel que teníamos tallas grandes para gente que viniera gordita. Le comprábamos a una marca que se llama Latementa que era italiana y después a Marinali que también es italiana y después se compra por Internet. Porque aquí en España hay muy poco y lo que hay no es bonito, es como una carpa así... blusón estampado de flores grandes, pero no están haciendo un diseño... y ningún diseñador español o que viva en España que yo sepa hace tallas grandes. Podemos encontrar por ejemplo en H&M, en Top Shop, pero porque son marcas que vienen de países escandinavos e Inglaterra que la gente es más grande ¿no? pero es un mercado que en España quedó un poco apartado y hay mucha gente obesa acá.

P: ¿Y tú intentaste meterte... hiciste un proyecto para eso?

F: Hice un proyecto y también compré un estudio que... Hay una página en Internet que es increíble para el mundo del diseño que se llama BBGSN que tiene todo sobre moda, tendencias, estudios de marketing, de comercios, hasta de cómo tienes que poner la luz para vender más, es una página muy completa que es muy cara. Cada año hay que pagar como miles de miles de euros. En una de las empresas que trabajé tenían esto y tenían un estudio sobre tallas grandes que me lo quedé. Lo estuve analizando y me pareció increíble y decían que hay muchas marcas que están empezando, sobre todo en Italia y en Inglaterra, a explotar esto porque es un mercado "floreciente" digamos. Entonces yo empecé a hacer un plan de marketing, de hecho lo iba a presentar en Barcelona, en el "Barcelona Activa" pero al final no me fui a Barcelona y no llevé a cabo el proyecto. Pero sí está en stand by, igual ya tengo clientas de las que les hago los vestidos, son clientas gorditas, bastante, por ejemplo ahora le acabo de entregar uno a una cantante de ópera que es muy gorda, pero claro yo veo su cuerpo y... un cuerpo tan grande no es proporcional y es muy difícil hacer tallas, porque cuando uno engorda mucho engorda de diferentes partes no es que... entonces para diseñar una línea así como masiva para tallas grandes es más difícil, es mucho más complicado

porque unas tienen mucha panza, otras tienen muchas caderas, otras tienen los brazos gigantes o el diámetro del cuello... es mucho más complicado.

Conclusión general: el mercado de trabajo y los trastornos alimentarios

¿Podemos atribuir vínculos causales entre las exigencias de ciertas ocupaciones y los trastornos alimentarios? Sí, rotundamente, en algunos casos. Tales son las conclusiones de este estudio encargado por la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía y que se ha realizado con 28 entrevistas y tres grupos de discusión.

Veamos los trabajos uno a uno. La primera de ellas tiene escasas exigencias técnicas y muy altas estéticas. El trabajo de camarera en discotecas y pubs suele exigir aspecto físico que atraiga a la clientela y que pueda focalizar las interacciones. La delgadez suele ser un requisito. Dado que las personas convierten su cuerpo en centro de la vinculación con el público -cuya atención tratan de captar- la atención corporal puede devenir mórbida. Además la efusividad en la cultura de la parranda suele ir acompañada de una alimentación escasa y mala, en ocasiones recurriendo a drogas (necesarias para mantener efusiva la parranda) que disminuyen el apetito. Los trastornos alimentarios son habituales, aunque, como suele ser habitual, los reconocen las personas que han salido de ellos y de semejante ambiente.

El segundo reclama mayor cualificación. Las vendedoras en las tiendas de moda, sobre toda las de las secciones más juveniles y las encargadas, suelen reclutarse entre personas muy delgadas. La apariencia física requiere imbuirse en tallas de ropa muy estrictas, solo al acceso de personas de complexión muy delgada o que dediquen mucho tiempo y esfuerzo a modelarse. Además, ciertas casas comerciales impulsan que sus vendedoras valoricen su capital estético en los

lugares de moda, algo que les otorga a las susodichas la sensación de pertenecer a una elite estética, normalmente muy mal pagada. En fin, muchas de ellas se consideran un eslabón de la cadena del mundo de la moda y unas privilegiadas por conocer y utilizar los modelos que se estilan en las zonas más sofisticadas de Los Ángeles, Tokio, París o Nueva York. La concentración en el cuerpo resulta constante: comer poco, realizar mucho deporte y, de manera habitual, recurrir a la cirugía estética. Debido a que los salarios son tan magros como los prototipos corporales y a que dichas tiendas carecen de sindicatos (con la excepción de ciertas cadenas, que los permiten), la tensión entre compañeras incrementa la concentración corporal y al tendencia a establecer juegos de competencia estética horizontales (unidos a relaciones de sumisión verticales, con la dirección) coloniza buena parte de las interacciones: cualquier lugar es bueno para confrontarse con el juicio del otro mostrando el tamaño del pecho o la planicie del vientre. Para terminar, las jornadas de trabajo suelen ser muy intensas y en muchos lugares no se tiene tiempo para comer -ya que los sindicatos se encuentran proscritos. Las personas comen cuando no pueden más, a veces en los baños, y no es raro que engullan alimentos muy calóricos. Rápidamente, estos entran en contradicción con el objetivo de permanecer esbelta y, en fin, se recurren a purgas. Los trastornos alimentarios, en ese paisaje, son habituales.

La tercera ocupación en la que puede establecerse un nexo entre las condiciones del empleo y los trastornos alimentarios son ciertas ocupaciones artísticas. En muchas de ellas, ya desde la universidad, la exposición corporal de los aspirantes a creadores resulta evidente. Pero lo más importante es la transformación de ciertos campos artísticos: por ejemplo, en el flamenco y el canto el grosor, de manera más o menos velada, se encuentra estigmatizado, con lo cual la competencia técnica requiere ciertos presupuestos estéticos. En la danza, la “estética de campo de concentración” hace tiempo que evacuó completamente a

personas con un mínimo de corpulencia. Las personas que no tienen un organismo magro, que no se autocontrolan porque proceden de medios donde la disciplina alimentaria no existe, suelen recurrir a métodos de purga no siempre ortodoxos y se instalan en una vigilancia del peso que les impide desarrollarse en otros planos. Que tengan o no diagnóstico médico importa poco. La cosa existe, las palabras pueden que no. El uso de terapias -que permiten sobrellevar más o menos el desgaste psicológico- es casi una norma.

En fin, en un medio de clases altas, además, la delgadez se convierte en condición de la pertenencia al grupo -al menos en las fracciones más feminizadas y juveniles- y en testimonio de la calidad moral del individuo -alguien capaz de autocontrol. En fin, esa cultura de clase aparece también entre los escritores y los profesores universitarios, si bien de manera menos clara. La belleza puede convertirse también en estigma, y la exhibición de capital estético encontrarse fuertemente penalizada: los requisitos corporales son completamente arbitrarios en la enseñanza o en la escritura y pueden despertar sospechas de colar recursos ilegítimos en el oficio. Aunque en ese medio pueden existir trastornos alimentarios, la vinculación con las exigencias del puesto no resulta evidente y procede más de una cultura femenina de clases medias/altas que ha convertido la corpulencia en símbolo de degradación de estatus.

Bibliografía

- Aristóteles (2004): *Política*, Madrid, Gredos.
- Bourdieu, Pierre (1974): «Avenir de classe et causalité du probable», *Revue Française de Sociologie*, nº 15/1, pp. 3-42.
- Bourdieu, Pierre (1979): *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1997): *Méditations pascaliennes*, París, Seuil.
- Bourdieu, Pierre (1998): *La domination masculine*, París, Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2012): *Sur l'État. Cours au Collège de France 1989-1992*, París, Seuil.
- Burawoy, Michael (1989): *El consentimiento en la producción. Los cambios en el proceso productivo en el capitalismo monopolista*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Chollet, Mona (2012): *Beauté fatale. Les nouveaux visages de l'alienation féminine*, París, La Découverte.
- Collins, Randall (2004): *Interaction Ritual Chains*, Princeton, Princeton University Press.
- Gil Calvo, Enrique (2000): *Medias miradas. Una imagen cultural de la imagen femenina*, Barcelona, Anagrama.
- Grignon, Claude, Passeron, Jean-Claude (1989): *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*, París, Gallimard-Seuil.
- Hakim, Catherine (2012): *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, Barcelona, Debate.
- Harvey, David (2007): *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal.
- Illouz, Eva (2007): *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz.
- Illouz, Eva (2011): *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires, Katz.

Mars, Amanda (2012): "Empresa busca guapo", *El País*, 4 de agosto,

http://sociedad.elpais.com/sociedad/2012/08/04/actualidad/1344095401_265942.html

Moreno Pestaña, J. L. (2010): *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, CIS.

Pettinger L (2004) "Brand culture and branded workers: Service work and aesthetic labour in fashion retail", *Consumption, Markets and Culture* 7(2), pp. 165-184.

Platón (2008): *La República*, Madrid, Alianza.

Russell Hochschild, Arlie (2008): *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Buenos Aires, Katz.

Wolf, Naomi (1991): *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé Editores.

Apéndice metodológico

Entrevista/Grupo de Discusión	Empleo	Año de entrada en el mercado de trabajo	Trastornos alimentarios	Origen social
E1	Tienda de moda	1968	No	Clase obrera rural
E2	Tienda de moda	1990	No	Pequeño propietario agrícola y pequeña comerciante
E3	Tienda de moda	1990	No	Hija de pequeños comerciantes ciudad media
E4	Tienda de perfumería, terapeuta	2000	Sí	Hija de comercial
E5	Camarera, secretaria	2003	Sí	Clase obrera
E6	Tienda de moda	2000	Sí	Empresario agrícola
E7	Camarera, estudiante	2006	Sí	Clase obrera
E8	Diseñadora gráfica	2008	Sí	Pequeños propietarios agrícolas
E9	Pequeño comercio	2000	Sí	Empleado
E10	Profesora universitaria	1995	Sí	Empleado
E11	Artista	1995	Sí	Agricultor
E12	Camarera, Profesora	2009	Sí	Profesionales

E13	Profesora	2000	Sí	Alta burguesía
E14	Cuadro de la hostelería	1990	No	Profesional
E15	Profesora/ Artista	1995	Sí	Empresario
E16	Diseñadora de moda	2009	No	Alta burguesía
E17 (GD1)	Camarera, dependienta de una joyería familiar	1999	No	Comercial y propietaria de la joyería donde trabaja a media jornada
E18	Diseñadora de alta costura	1970	No	Diseñadores de alta costura
E19 (GD1)	Vendedora de cosméticos	2000	No (sin diagnóstico)	Técnicos medios
E20 (GD1)	Responsable de tienda H&M	1999	No	Clase obrera
E21	Diseñadora de alta costura	2005	No	Arquitecto, diseñadora y empresaria de moda
E22	Dirección de hotel (antes azafata de congresos)	1994	Sí	Empresario
E23	Profesora de baile flamenco	1995	No	Clase obrera
E24	Profesora	1990	No	Agricultor

	de danza en un conservatorio			
E25	Bailaora flamenca	1985	No	Clase obrera
E26	Hostelera	1990	Sí	Empleados de clase media
E27	Vendedora	1985	No	Pequeños empresarios modestos
E28	Vendedora	2001	No	Clase obrera
E29	Vendedora	1995	No	Clase obrera
E30	Auxiliar de ayuda a domicilio, Vendedora	2004	No	Funcionario de ayuntamiento
E31	Vendedora, sindicalista	1982	No	Clase obrera
E32	Cosméticos, Licenciada en Ciencias Naturales	2000	No (refiere alta tensión corporal)	Ingeniero
E33	Tiendas de moda, gestora cultural	1998	No (refiere alta tensión corporal)	Trabajadores cualificados de clase media
E34	Trabaja en una joyería	1999	No	Clase obrera, camarero
E35	Tiendas de moda, gestora cultural	1998	No (refiere alta tensión corporal)	Trabajadores cualificados de clase media

